

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

VIDAS EJEMPLARES

S. MILLÁN – 2020

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

San Damián de Veuster.

Raúl Follereau.

a) Recuerdos. b) El abrazo a los leprosos.

Albert Schweitzer.

Tom Dooley.

Beata Madre Esperanza de Jesús.

a) Multiplicación de alimentos y dinero milagroso.

b) Curaciones. c) Segunda guerra mundial.

Giuseppe Ambrosoli.

a) Últimos días. b) Ha llegado la hora.

María Satoko Kitahara.

a) Navidad en Arinomachi.

b) María de Arinomachi. c) Madre de todos.

Marcelo Candia.

Madre Teresa de Calcuta.

a) El Nirmal Hriday. b) Shishu Bavan.

c) Los leprosos. d) Enfermos del Sida.

Padre Ignacio María Doñoro de los Ríos.

a) Los tres niños. b) David. c) Tarek.

d) Escudos humanos. e) Señor, que me muera amando.

f) Un niño por 26 dólares. g) María.

h) Pedro. i) Charlie. j) Nicolás.

Padre Giovanni Salerno.

a) Medalla milagrosa. b) Caído del caballo.

c) Un corderito en los brazos de Teodosia.

d) ¡Se están burlando de mí! e) Los presos.

f) Amenaza de atentados.

g) El sagrado corazón de un terrorista.

h) Más allá de las fronteras iniciales.

CONCLUSIÓN

INTRODUCCIÓN

En este libro deseo presentar la vida de algunas personas que fueron ejemplares en cuanto que dedicaron su vida al servicio de los demás. Algunos han sido santos, pero todos han tenido una dimensión social de ayudar a los más pobres, enfermos o necesitados. Este es el común denominador.

Por supuesto que los santos en mi opinión han sido las personas más importantes de la humanidad y el efecto de su vida, de sus oraciones y sufrimientos, ha sido los más provechoso para el bien de todos. Pero en este libro me voy a dedicar expresamente en quienes han realizado obras visibles de acción social y que son un ejemplo viviente para tantas personas que no hacen nada por los demás, o bien porque creen que no pueden hacer nada ante la inmensidad de las necesidades o porque no se atreven o simplemente porque prefieren vivir tranquilos sin complicaciones o, peor aún, si están felices de poder aprovecharse de las necesidades ajenas para poder obtener grandes beneficios de riquezas y placeres personales.

Cada una de estas personas podemos decir que ha sido y será un ejemplo a seguir para cuantos desean hacer algo importante en favor de los más pobres y necesitados.

SAN DAMIÁN DE VEUSTER (1840-1889)

Fue el gran apóstol de los leprosos. Durante los 16 años que permaneció en la isla de Molokai (islas Hawái) atendió a 4.100 leprosos. Trabajaba día y noche con lluvia o sin ella. Él atendía a los enfermos, pues no había ningún médico residente. Alguno venía en alguna ocasión, pero el padre Damián tenía que curarles las heridas y preocuparse de la construcción de capillas y casas para ellos. Al igual que los otros habitantes de la isla, él también padecía sarna, y sufría por las pulgas y los chinches. Hacía de todo, lo mismo de carpintero que de albañil, panadero, granjero, médico y enfermero.

Cuando llegó en 1873 encontró que los leprosos vivían como ovejas sin pastor. Se pasaban el tiempo durmiendo o bebiendo licor y jugando a las cartas. Muy pocos trabajaban en el campo, pero poco a poco consiguió que se multiplicaran en la isla los caballos para el trabajo y aumentó la cría de ovejas, cerdos, gallinas, vacas lecheras y otros animales para su mejor alimentación.

Al principio le resultó difícil acostumbrarse al mal olor de los leprosos. Por eso, escribió en una carta: *En el cumplimiento de mis deberes sacerdotales, en sus domicilios, me veía obligado, no sólo a cerrar mis narices, sino a permanecer un rato fuera para respirar aire fresco... Como antídoto para contrarrestar el mal olor, me acostumbré al uso del tabaco, ya que de alguna manera el aroma de la pipa me preservaba de llevar en mis ropas el horrible hedor de nuestros leprosos... Solía experimentar todas las tardes después de visitarles un peculiar picor y tuve que pedir a un amigo mío que me enviara un par de botas pesadas*¹.

Le escribe a su hermano Pánfilo el 25 de noviembre de 1873: *Un día durante la misa solemne estuve a punto de dejar el altar para salir a respirar aire puro, pero el recuerdo del Señor, cuando se abrió la tumba de Lázaro, me retuvo. Actualmente ya me he acostumbrado. Entro en las casas de los leprosos sin problema. Algunas veces, cuando confieso a los enfermos cuyas llagas están cubiertas de gusanos, me hace bien taparme la nariz. En ocasiones no sé dónde dar la unción a los enfermos, porque el pie y la mano es una llaga completa, lo que me indica que su muerte está cerca. Aquí no hay médicos. Un leproso blanco y un servidor suplimos y hacemos lo que podemos. Yo los visito de choza en choza. Todos, a excepción de unos pocos herejes, me respetan como a un padre. El sábado último tuve el agrado de apaciguar una revuelta de algunos jóvenes descontentos con el administrador, aunque todos, a excepción de dos, eran calvinistas o mormones. Una palabra mía les hizo bajar la cabeza y todo terminó. Desde que llegué he bautizado más de cien, de los que muchos ya han*

¹ Gavan, Daws, *Damián de Molokai*, Ed. Reinado social, Madrid, 1984, p. 89.

muerto con la vestidura blanca de la gracia bautismal para el cielo. Yo hago entierros en grupo, cuatro o cinco cada semana... Acabo de construir mi segunda capilla a dos millas de aquí (en Kalaupapa). Me ha costado 1.500 francos y solamente tengo 25 francos de deuda. El buen san José es mi procurador como lo ha sido siempre.

Recién llegado le escribía al obispo: Creo que le agrada saber que se nota un favorable cambio en el espíritu de la mayoría de la población. Ya van tres domingos seguidos que no tengo sitio en la iglesia para los fieles cristianos y catecúmenos. Ayer tuve que colocar a los cristianos que asisten regularmente a misa durante la semana fuera de la iglesia, a un lado a los hombres, y a otro a las mujeres. Por lo menos había 30 fuera, y dentro era tal la multitud, que no se podía ni pasar. Administro de media a una docena de bautismos por semana.

Los domingos por la tarde hacemos reuniones para los enfermos que no pueden asistir a misa. Se llenan en Kalawao cuatro o cinco casas presididas por mis catequistas. Yo, después de la misa y de los bautismos, salgo para Kalaupapa, donde tengo tres reuniones: una para los cristianos del lugar (no enfermos), la segunda para los enfermos de las cercanías del puerto y la tercera en el punto más avanzado donde hay unos 30 cristianos ².

Este mismo año 1873 escribe: He aquí una aventura reciente. Esta noche a las ocho me llamaron para asistir a una mujer moribunda. La noche era muy oscura, el camino fangoso, la lluvia fortísima, de manera que tuve que coger mi caballo. A la llegada tuve cuidado de amarrarlo antes de entrar en la casa. Un buen número de mujeres católicas, todas leprosas, se encontraban allí reunidas. La moribunda, que había tenido la debilidad de apostatar, hizo una buena confesión y recibió la extremaunción, mientras sus compañeras rezaban en voz alta y con fervor.

Al salir de la casa no encontré mi caballo. Había roto la correa y se había escapado, llevándose el hermoso abrigo que yo había atado a la silla y que me había protegido contra la lluvia. Era inútil proceder a su busca, pues no se veía a dos pasos de distancia. Me vi obligado a volver a mi casa a pie, caminando por las piedras, en el fango y siempre bajo la lluvia. Finalmente llegué sin más complicaciones, lamentando la pérdida casi segura del abrigo, pero dándola por bien empleada si de algún modo pude contribuir a la salvación de un alma ³.

Otro día refiere: Acabo de dar sepultura a uno de mis mejores cristianos, hijo de un confeso de la fe. Su muerte fue edificantísima. Deseaba la felicidad del

² Carta del 28 de julio de 1873.

³ Cossu Salvatore, *Padre Damián, el apóstol de los leprosos*, Ed. Paulinas, Bilbao, 1962, pp. 209-210.

cielo y repetía las palabras de san Pablo: “Deseo verme libre de mis cadenas para estar unido a Cristo Jesús”. Cuando le llevé el santo Viático, todo su aspecto manifestaba su fe y su amor... Reposa junto a una gran cruz que he erigido en medio de nuestro nuevo cementerio, rodeado de unos doscientos leprosos, todos muertos católicos en año y medio.

Casi todos desean morir católicos y he hecho cuanto he podido para prepararlos bien. En este trabajo es donde encuentro mi mayor consuelo. Ya se empieza a conocer el árbol por sus frutos. Casi todos los moribundos llaman al sacerdote católico para que los prepare al “gran viaje”. He administrado el bautismo católico a buen número de calvinistas “in artículo mortis”. La mayor parte de los enfermos que llegan aquí no son católicos, pero mueren en el seno de la santa Iglesia ⁴.

Por otra parte, digamos que el padre Damián, desde el principio, enfrentó los problemas con decisión. Pidió al Comité de Sanidad mejorar la alimentación, que era mediocre y a veces escaseaba, debido a que el barco no llegaba en alguna ocasión por el mal tiempo. Procuró que la distribución fuera equitativa. Puso una tienda de alimentos para compartirlos con todos los necesitados. Consiguió ropa de abrigo para todos, pues muchos sufrían de frío en invierno. Como faltaba el agua para lavarse, hizo unos canales para traer el agua desde un reservorio natural. Construyó algunas casas de madera para los mismos leprosos, trabajando en todo como el que más y dando ejemplo a todos.

Construyó una nueva carretera, entre Kalawao y Kalaupapa, hoy llamado *Camino de Damián*. Hizo volar unas rocas para mejorar el acceso de los barcos al embarcadero. Hacía féretros, excavaba sepulturas y limpiaba y curaba a los enfermos en sus cabañas y en el hospital. También hacía a veces de policía para reprimir los desmanes de algunos leprosos que llevaban una vida de vicios.

Los animó a todos a trabajar la tierra y a no estar ociosos, jugando a las cartas y pensando sólo en divertirse. Escribió: *Certifico que al presente las nueve décimas partes de la población trabaja, mientras que antes sólo una décima parte gozaba de ese privilegio. Cuando la aldea de Kalaupapa se anexionó a la leprosería, varios se dedicaron al cultivo de la batata y la cosecha fue abundante. Durante el invierno, cuando el mal tiempo impedía llegar a los barcos, la administración local estaba encantada de poderles comprar a los que poseían algunas reservas. Esto fue un gran estímulo para ellos. Muy pronto fueron muchos los leprosos que tuvieron sus campos de batatas. Presentaron luego una solicitud a la administración local para que se les entregara en dinero*

⁴ Ib. pp. 210-211.

el valor correspondiente a su ración semanal, que no necesitaban. La petición fue atendida y los leprosos se beneficiaron de ella para mejorar su condición ⁵.

Uno de los blancos leprosos del lugar, un tal Guillermo Williamson, que había sido enfermero en Honolulu, le enseñó a limpiar y vendar llagas, aplicar pomadas y ungüentos y prescribir píldoras.

Un día estaba curando a un leproso y éste le dijo: “¿No tiene miedo de contagiarse? Y él le respondió: “Yo quiero dar mi vida para salvar tu alma” ⁶.

Un médico de la marina norteamericana que visitó Molokai, el doctor Woods, dijo: *Admiré su paciencia y la manera científica con que los curaba... No he encontrado en ninguna parte un lugar donde los leprosos estén tan contentos y bien cuidados* ⁷.

En una carta a su hermano Pánfilo le dice: *Tengo mis dos pequeñas farmacias y en mis visitas a las casas llevo siempre mis bolsillos llenos de frascos de medicina, intentando de esta manera imitar a mi santo patrón (el médico san Damián). A veces, haciendo el bien a los cuerpos de nuestros enfermos, se llega poco a poco hasta su alma* ⁸.

El superintendente Meyer dio el siguiente testimonio: *Durante los primeros años, antes de que los médicos se establecieran en la leprosería, había allí un depósito de medicinas y, si algún leproso tenía necesidad de alguna de ellas, el padre Damián le aplicaba el medicamento indicado. Certifico que los enfermos sanaban de todas sus indisposiciones y de las enfermedades curables, lo mismo que después de la llegada de los médicos residentes, y que el porcentaje de defunciones no era entonces superior al presente* ⁹.

Por otra parte, agrandó la capilla de Kalawao y la decoró en su interior. Organizó un orfanato para 40 huérfanos, educados en las artes domésticas. En 1880 construyó una escuela y tuvo que construir otra por el número creciente de alumnos. Otra cosa importante fue hacer decentemente los entierros. Al principio se enterraban casi en la superficie del cementerio llevados en una sábana. Él se dedicó a hacer féretros para todos, creando una Asociación para la fabricación de ataúdes y estableció un cementerio junto a cada una de las iglesias católicas, con

⁵ Cossu, p. 186.

⁶ Sum (Sumario) del Proceso de beatificación, Roma, 1966, p. 257.

⁷ Relato del padre Cornelio Limburg al Superior general del 1 de diciembre de 1889.

⁸ Gavan, p. 166.

⁹ Cossu, pp. 194-195.

un cerco para que no entraran los animales (Los cerdos al principio se comían los cadáveres enterrados casi a flor de tierra y sin ataúd) ¹⁰.

Se preocupó mucho de los niños. Muchos de ellos eran huérfanos y leprosos. Algunos estaban sanos, pero se cuidó de que los viciosos, que no faltaban, los usaran para sus vicios o los indujeran a la droga o a la prostitución infantil. Para estos niños construyó dos asilos, uno para niños y otro para niñas. En 1883 tenía 44. A los muchachos los animaba a trabajar en el jardín y en la granja; y a las muchachas, las buenas mujeres kokuas (sanas) católicas les enseñaban a coser, cocinar y otros trabajos domésticos para que pudieran casarse cuando tuvieran la edad. El orfanato se abrió en 1878 y a la muerte del padre Damián había un centenar de huérfanos.

Escribe en 1880: *Tengo un pequeño orfanato compuesto de niñas leprosas. Una buena viuda, no leprosa, y de edad ya madura, es la madre y directora. Aunque la casa está separada de la mía, la cocina es común, y nos repartimos nuestras provisiones. Recibimos cada uno por semana siete libras de carne de buey, y veintiún libras de taro: con estos alimentos nos encontramos perfectamente bien nutridos. Hemos plantado un gran campo de batatas, que se conservan en la tierra y que constituyen nuestra reserva cuando las provisiones ordinarias no llegan a su debido tiempo. De vez en cuando recibo paquetes de ropa para los pobres y para mis huerfanitas. La caridad pública viene a menudo en nuestro socorro por medio de la Madre Superiora de nuestras hermanas de Honolulu.*

Anteayer, a mi regreso de una gira por la isla, encontré moribunda a una de las niñas. Me suplicó que le llevara en seguida el santo Viático. Apenas acabó de dar gracias, cuando entregó su alma a Dios, a quien acababa de recibir hacía pocos instantes. Ayer, yo mismo construí su ataúd y cavé su fosa. Durante la semana visito a mis numerosos enfermos y me ocupo de mis huérfanas, todas leprosas. Es más o menos repugnante a la naturaleza estar siempre rodeado de estos infelices enfermos, pero yo hallo consuelo en ello. Los niños aprenden bien el catecismo y asisten diariamente a misa, y por la tarde al santo rosario. Como ahora soy un poco médico, como mi santo patrón san Damián, procuro, con la ayuda de Dios, endulzar y mitigar sus espantosos sufrimientos y conducirlos así por el camino de la salvación ¹¹.

¹⁰ Libro *Life and letters of Father Damien, the apostle of lepers*, London, 1889, pp. 85-106. El autor del libro fue el padre jesuita Kingdon.

¹¹ Cossu, p. 200.

Él mismo les enseñó a hacer algunos instrumentos musicales y les enseñó a cantar. Hizo un coro para las misas dominicales, que era la admiración de propios y extraños.

Una organista de la iglesia, al faltarle la mayor parte de su mano izquierda, se ató un trozo de madera al brazo para tocar las notas bajas del teclado. En otra ocasión dos jóvenes tocaron el órgano juntos, al parecer a cuatro manos, pero apenas disponían de diez dedos en total. El coro cantaba muy bien.

En una visita del obispo Maigret a Molokai cantaron una misa de Mozart. Él escribe: *El miércoles 9 de junio se celebró una misa solemne. No puedo decir cuánto me conmovió el canto de los leprosos. Ejecutaron a la perfección una misa de Mozart. Aquel día se administró la confirmación, pero la confirmación general tuvo lugar al día siguiente. Algunos cristianos habían sido confirmados en sus respectivos distritos, y a pesar de eso todavía quedaban ciento treinta y cinco confirmandos. Me considero muy feliz de que me hubieran admitido para confesar a estos fervorosos cristianos, ayudando así un poco a su infatigable pastor, y feliz asimismo de ungir con el sagrado crisma aquellas frentes donde nuestro venerado obispo difícilmente hallaba una parte sana para poner la santa unción.*

El viernes por la mañana salimos de Kalawao. Jamás olvidaré la procesión de doscientos leprosos que nos acompañaron durante más de una milla al son de tambores y de instrumentos musicales, con dos banderas desplegadas a la cabeza. Siempre recordaré las palabras del adiós de nuestro venerado Vicario apostólico a aquella multitud arrodillada para recibir su bendición. Hubiera deseado dirigirles la palabra, pero estaba demasiado conmovido. Las lágrimas corrían de mis ojos, dulce llanto al admirar los misericordiosos caminos de Dios, que ha probado a su pueblo para derramar sobre él gracias más abundantes, y para proporcionarle más seguros medios de salvación. Desde la embarcación donde habíamos subido, Monseñor Maigret bendijo por última vez, llorando, a la multitud que en signo de respeto estaba arrodillada en la playa¹².

Padeció algunas enfermedades como la diarrea y disentería y, al final de su vida, se contagió de la lepra, de la que murió con 49 años de edad el 15 de abril de 1889. En el momento de su entierro tocaron varias bandas de música y de los 1.200 leprosos, que había en ese momento, unos 800 desfilaron ante su cuerpo. Fue canonizado por el Papa Benedicto XVI el 11 de febrero de 2009 en el Vaticano.

¹² Cossu, p. 218.

Es patrono de las islas Hawái y también de los leprosos. Su fiesta se celebra cada año el 10 de mayo, día de su llegada a Molokai. Su estatua se encuentra en el Capitolio de Washington, representando al Estado de Hawái. La televisión flamenca lo eligió el 1 de diciembre de 2005 como el belga más grande de todos los tiempos.

RAÚL FOLLEREAU (1903-1977)

Nació en Francia el 17 de agosto de 1903 en un familia de situación holgada y feliz. Su padre era un industrial que dirigía una fábrica de construcciones metálicas y murió en el frente de guerra en 1914.

Raúl ya a los 15 años, en 1918, dio una conferencia sobre el tema de Dios es amor. Lo recaudado fue para las hermanitas de los pobres de Nevers, su ciudad natal. En 1920 publicó un libro titulado *El libro del amor*. Sus estudios superiores los hizo en París y tuvo como profesor al célebre filósofo judío Henri Bergson. Obtuvo dos licenciaturas en Derecho y en Letras con 20 años.

El 11 de noviembre de 1918, día del armisticio, vendía en Nevers pequeños ramos tricolores en favor de los heridos de guerra y le ayudaba una joven de su misma edad, Magdalena Boudou, con la que se casaría para toda la vida el 22 de junio de 1925. Ella era una consejera discreta, tan prudente como modesta. Él creyó siempre que, sin ella, no hubiera podido realizar todo lo que llevó a cabo. A ella podía aplicarse el dicho: Detrás de cada gran hombre, hay una gran mujer.

En una visita a África, entre Tombouctou y Gao, se detuvieron para echar gasolina al jeep en una aldea. De pronto vieron salir de la espesura unos rostros asustados y unos cuerpos famélicos. Les gritó que se acercaran, pero algunos se dieron a la fuga y otros permanecieron inmóviles. Me dijo el guía que eran leprosos. Y nos dice: *Aquel día comprendí que existía un crimen imperdonable, digno de Dios sabe qué castigo, un crimen sin recurso ni amnistía: la lepra*. En la historia se le ha llamado a Follereau el apóstol de los leprosos, al igual que a san Damián de Veuster.

Cuando se desató la segunda guerra mundial, estaba de gira por América del Sur y tuvo la suerte de tomar el último barco a Europa, navegando con luces apagadas por temor a los submarinos. Al llegar a Francia se presentó a la autoridad militar que lo destinó al servicio de control telefónico, adjunto a la Presidencia del Consejo. El 10 de junio de 1940 huyó a Burdeos al firmarse el armisticio y pudo permanecer en la zona no ocupada. A fines de 1942, los

alemanes ocuparon la zona sur y él tuvo que refugiarse en Vènisieux, cerca de Lyon.

El 15 de abril de 1943 comenzó una serie de conferencias en Bélgica, Suiza, África del Norte y Canadá. En diez años pronunció más de mil conferencias para recaudar dinero para un proyecto en favor de los leprosos de Costa de Marfil, en la aldea de Adzopé. Este proyecto había sido planeado por religiosas de las hermanas de Nuestra Señora de los apóstoles. Hay que anotar que Raúl Follereau tenía una cualidad asombrosa para hablar y mover corazones en favor de la caridad de personas necesitadas. En todas sus conferencias había dos hermanas de esa Congregación para recoger las donaciones. Después cambió el sistema y, en vez de recoger las limosnas, les decía que a la salida estaban sus maletas viejas y cansadas de tantos viajes y que eran muy acogedoras para que echaran todo lo que les sobraba en los bolsillos o en sus carteras. Y las maletas se llenaban de dinero.

Las primeras casas de Adzopé fueron construidas a tres kilómetros de esta aldea. El gobierno le concedió 250 hectáreas para construir otra aldea para los leprosos a 15 kilómetros más lejos, porque los habitantes de la aldea no querían leprosos con ellos. La nueva residencia para leprosos, en 1968 el gobierno de Costa de Marfil la convirtió en el Instituto nacional de la lepra. El alma de la leprosería era la religiosa sor Isabel Judit, doctora en medicina.

La lepra, cuando se coge al principio puede detenerse, pero cuando el enfermo está sin dedos en las manos y en los pies, es demasiado tarde. Algunos están ya en un estado de desesperación. Ciertamente la lepra es menos contagiosa de lo que se creía y mucho menos que la peste o la tuberculosis. Unos enfermos contagian, otros no. Los niños se contagian más fácilmente, sobre todo porque sus padres no quieren separarse de ellos. La lepra no es hereditaria, pero predisponen a ella algunas circunstancias como la infraalimentación, la promiscuidad y la falta de higiene.

Sor Isabel nos enseñó los dos hospitales construidos, uno para hombres y otro para mujeres. Había leprosos con otras enfermedades añadidas como la tuberculosis, elefantiasis, poliomielitis, congestiones pulmonares, etc. En esos momentos había en el mundo unos 15 millones de leprosos. Él viajó mucho por todo el mundo, dando 30 veces la vuelta a la Tierra, visitando los distintos centros de leprosos para animarlos y gritar al mundo entero que la lepra puede curarse y que es poco contagiosa. En 1951 recorrió 40.000 Kilómetros en 78 días, visitando 69 leproserías, hospitales y dispensarios, pronunciando 48 conferencias. Al año siguiente otra vuelta al mundo por Líbano, Siria, Pakistán, India, Indochina, Filipinas, Australia, Nueva Caledonia, las islas Fidji, Tahití, Hawái... En 1954 visitó Japón, Irak, Vietnam, Tailandia, Hong Kong, recorriendo

36.500 kilómetros en 42 días. Y así durante varios años dando 30 veces la vuelta al mundo por distintos países.

En cada uno de sus viajes tenía algunas aventuras. Como cuando en medio del río Amazonas tuvieron que remar con latas de conserva. Desembarcó en Nairobi en plena insurrección de los Mau-Mau. En Camboya había hombres armados. En Vietnam tuvo que sobrevolar zonas de guerra. Una noche en Bolivia, su esposa tuvo un ataque de apendicitis en una cabaña prestada por unos indios, a mil kilómetros del primer médico, con una vela para alumbrarse. Otra vez él no podía andar y tuvieron que transportarlo hasta el avión. Y dice: *He encontrado leprosos en la cárcel, en el manicomio, encerrados en un cementerio fuera de uso o acorralados en el desierto, cercados por alambre de espinos con centinelas y metralletas. Los he visto desnudos, hambrientos, aullando desesperados. He visto sus llagas llenas de moscas, sus tugurios infectos, los botiquines vacíos y los guardianes con sus fusiles. He visto un mundo inimaginable de horrores, de sufrimientos y de desesperación. Él rezaba:*

*Señor, enséñanos
a amar primero a los que no son amados.
Señor, danos la gracia de comprender
que en cada minuto de nuestra vida,
de nuestra vida dichosa y por ti protegida,
hay millones de seres humanos que son hijos tuyos,
que son mis hermanos y que mueren de hambre.
Y que mueren de frío, y que no lo merecieron.
Ten piedad de los leprosos que tienden sus manos hacia ti.
Sus manos sin dedos y sus brazos sin manos.
Señor, no permitas que sigamos siendo felices nosotros solos .
Danos la compasión que necesitamos para comprenderlos y amarlos, y
líbranos de nuestro egoísmo. Amén.*

a) RECUERDOS

Nos dice: *Me parece estar viendo a aquella leprosa que a fuerza de desesperar había perdido la razón y se obstinaba en andar a cuatro patas dando vueltas a su cabaña. Y una pobre vieja clavada en el suelo por una espantosa elefantiasis frente a su hijo, que con sus manos sin dedos sacude incansablemente su pie que cuelga como un dije monstruoso. Otra infeliz mujer encontrada en el campo, sola con un gato viejo que lamía sus llagas, llagas que cubría luego con hojas de plátano para ocultarlas a los caminantes por miedo a la leprosería. Y un niño al que encontré medio comido por las hormigas y que*

murió antes de llegar al sanatorio de los leprosos porque su madre ya no tenía pies y había muerto antes que él.

En sus conferencias citaba también el ejemplo de la leprosa de Taenga. Taenga es una de las ochenta islas del archipiélago Tuamotu en la Polinesia francesa. Al aparecerle a una mujer joven unas manchas sospechosas, el jefe de la aldea la separó violentamente de su marido y de sus cinco hijos; fue conducida en una lancha y luego abandonada con su perro en un atolón de coral. Cada semana desde una piragua, sin atracar, le echaban unos víveres. Y así vivió sola durante seis años. Sus pies, completamente carcomidos, ya no la sostenían. Al fin, un administrador de Tuamotu y un enfermero fueron a libertarla...

La psicosis es tal que empuja a proceder dramáticos. El padre Signoret fue asesinado por haber tratado de organizar una leprosería. En las Antillas, una mujer toma un taxi, pero pareciéndole en el camino que el chófer estaba leproso, salta del coche en marcha y se rompe una pierna. En la sala de un hospital de B. hay varias mujeres que padecen toda clase de enfermedades contagiosas y una leprosa no contagiosa. Una noche, impulsadas por el miedo, las enfermas se levantan, sacan violentamente del lecho a la leprosa, a pesar de hallarse encinta, y la encierran en el depósito de cadáveres ¹³.

Y citaba dos casos de confinamiento social en los Estados Unidos relatados en el VI Congreso Internacional de la Lepra. Una estenógrafa de la Administración oficial fue despedida con un pretexto falso; el verdadero motivo se supo después: había tenido una lepra nerviosa que no se contagia en absoluto.

Un negro vivía en el mismo barrio desde hacía treinta y cinco años. Un día llegaron unos policías a sacarlo de su casa para llevarlo a un centro de aislamiento: es que se habían enterado de que ese hombre había tenido la lepra...

¿Y en Francia qué sucede? A un suboficial no querían tratarlo sus camaradas. ¿Cuál era el motivo? En su carné militar había la indicación: "Nacido en la leprosería de X..." (fuera de Francia). "He procurado que se modifiquen estas líneas malditas. ¿Modificar un estado civil? Pero, señor, ¿y el reglamento? Ha sido necesario que fuese yo a visitar al presidente de la República para que se suprimiera esta línea deshonorosa y para que ese hombre dejase de estar condenado a lepra perpetuamente".

¹³ Toulat Jean, Raúl Follereau, Ed. Mundo Negro, Madrid, 1980, pp. 46-47.

Ya lo vemos: ante situaciones injustas, Follereau reacciona. En un país en el que el Estado gasta treinta francos diarios en los presos de delitos comunes y ocho francos en los leprosos, pide al Gobierno que mientras no se arreglen mejor las cosas, considere a los leprosos igual que a los presos. “Pues yo no puedo aconsejar a los leprosos que asesinen a su vecino para tener derecho a comer”. Protesta cuando se entera de que hay guardianes que interceptan dinero, víveres, aparatos de radio destinados a los enfermos, o que éstos tienen que mendigar en provecho de brujos vagos o de cínicos morabitos que les dan por ello una miserable comida. Se indigna al saber que 450 niños leprosos de dos a diez años están en observación en un centro. “En observación” significa que no los cuidan, sino que estudian cómo evoluciona la enfermedad cuando no se la combate. Es decir, los tratan como verdaderas cobayas. En nombre de la ciencia”, dicen.

El colmo para un cristiano es ver, al entrar en la capilla de una leprosería, un tabique de hierro y vidrio que separa en dos el santuario.

b) EL ABRAZO A LOS LEPROSOS

Lo he dicho centenares de veces: yo no soy médico. No podía curarlos. Pero podía amarlos. Durante veinte años he recorrido el mundo, tendiéndoles mis manos y abrazándolos. He cogido en mis brazos y he abrazado a miles de leprosos; he estrechado decenas de miles de pobres manos mutiladas que se escondían y que yo tenía que coger casi a la fuerza. Esto —lo repito— no los ha curado, pero sí que ha podido curar a los sanos del terror a los leprosos”.

No siempre le resultó fácil a Raúl Follereau realizar este gesto revolucionario. A veces existían barreras que lo separaban de sus infelices amigos. Estos, detrás de sus rejas, tenían que contentarse con inclinarse ante él. Entonces, santamente airado, hace que le abran la verja y, entrando, estrecha en sus brazos a los enfermos.

En otro lugar le enseñan a una leprosa llamada Stella. Le tiendo la mano, pero ella pone las suyas detrás de su espalda. “Está prohibido”, dice con un tono indefinible. El director se siente muy molesto. Yo dejo ver mi desagrado, y pregunto: “¿Y el reglamento prohíbe también abrazarlos?”. ¡Victoria! El reglamento no había previsto el caso. Entonces cojo a Stella por el cuello. Enseguida las otras leprosas se disputan para ponerse lo más cerca posible de mí...

No hay nada que le horrorice tanto al visitante como el advertir que detrás de él va un enfermero con un tarro de alcohol y una toalla y que se apresura a “purificar” sus manos cuando ha estrechado las de un leproso. Es el

modo más claro de decir a los enfermos. “Sois peligrosos para nosotros los sanos”.

Un día, al enfermero, antiguo leproso, que se coloca ante él por tercera vez con su frasco y su paño, le dice secamente: “No, le he dicho que no. ¿Todavía no ha comprendido?”. Entonces el rostro de aquél se ilumina, lo mira con ojos llenos de alegría y húmedos de lágrimas, y exclama: “¡Ah, usted!”. El resto de la frase no sale de sus labios. Luego en voz baja, después de unos segundos, dice: “Gracias”.

—¿Cuál es su mejor recuerdo pregunté un día a Follereau? Vaciló un momento. ¡Se le ocurrían tantos!

—Si tuviera que escoger, quizá citaré mi visita a una leprosería de Oriente, cercada de vallas espinosas con ametralladoras y centinelas por las cuatro esquinas. Un verdadero campo de concentración. Como me encontraba al término de un viaje largo, iba con las manos vacías. Me estaba disculpando con los enfermos, cuando el jefe de la aldea me interrumpió diciendo: “No importa que no haya traído nada; ya que se ha atrevido a venir con nosotros, sólo queremos que nos dé la mano”. Y los leprosos desfilaron ante mí extendiendo sus pobres manos mutiladas; las tendían no para pedir, sino para recibir en mi apretón de manos un testimonio de hombre a hombre, que les devolvía el sentimiento de su dignidad ultrajada.

Igual hubiera podido citarme esa leprosería “del fin del mundo” en América del Sur adonde llegó después de atravesar los Andes en avión, de haber volado 700 kilómetros sobre el Amazonas, bajando el río en piragua y andando por caminos terribles. Al fin se encuentra entre 800 leprosos. En su alocución, el jefe de la aldea le dice sencillamente: “Gracias; te esperábamos. Hace veinte años que nadie nos ha dado la mano”.

Otro recuerdo inolvidable es el de una de sus visitas a Tahití, en 1956. “Llegué en el mismo barco que el general De Gaulle, que estaba visitando las posesiones francesas de Oceanía. Para recibirlo, se había congregado en el muelle de Papeiti toda la gente de la isla, entre ella veinticinco enfermos de lepra, que esa misma mañana habían llegado de la leprosería de Orofara, porque yo había manifestado el deseo de ser recibido por mis amigos. Allí estaban algo separados y un poco molestos y confusos, con un collar de flores en las manos.

Desembarqué. Hubo un momento de silencio algo embarazoso. La multitud miraba. Del grupo de los leprosos salió una niña preciosa, pero que ya llevaba en su cara las terribles manchas. Traía en sus manos un collar de flores.

Le presenté mi cuello, y me puso el collar; luego, según la costumbre tahitiana, la besé en las dos mejillas.

Hubo un momento de silencio; luego se me echaron todos encima. Cada leprosa y cada leproso querían ponerme un collar y recibir su beso de bienvenida. Mi sombrero había volado al otro extremo del muelle. Yo ya no veía nada, ahogado por las flores, emocionado ante tal entusiasmo y tan maravillosa alegría. Entonces la muchedumbre aplaudió. Y en ese momento comprendí que habíamos ganado la batalla ¹⁴.

Obsesionado Follereau de las fabulosas sumas de dinero que consagran las naciones a construir armas, se dio cuenta de que con el precio de un bombardero prototipo podría construir 75 hospitales con mil camas o 30 facultades para mil estudiantes o 50.000 tractores. Con el precio de un torpedo de avión, se podrían procurar 16.000 días de vacaciones a los niños de las chabolas. Un portaviones representa la alimentación de 400.000 personas durante un año. ¿Y si en vez de un avión fueran dos? Se podrían cuidar a diez millones de leprosos. Por ello se le ocurrió la idea de reclamar de los presupuestos de muerte la parte del pobre, de sus pobres. El 1 de septiembre de 1954 escribió al general Eisenhower, presidente de Estados Unidos, y a Malenkow, presidente del Consejo de la Unión soviética, para que le dieran el precio de un avión cada uno, uno de sus aviones de bombardeo. No obtuvo respuesta. Unos años después el 15 de septiembre de 1959 se dirigió de nuevo al general Eisenhower y a Nikita Kruchchev y les dijo: *¿Quieren ustedes firmar juntos el indulto de 15 millones de hombres?* Tampoco esta vez obtuvo respuesta.

Otro día recibió una noticia de la base aérea de Wright-Patterson de Estados Unidos: Se venden 96 bombarderos de ataque B-26 y 110 aviones de transporte de flete C-46. Grandes facilidades de pago. Era demasiado hermoso y espantoso a la vez.

En otra ocasión pensó que cada país de la ONU podía dar un día de su gasto de armamento por la paz, pero nadie tampoco respondió. Y les dijo: *Bomba atómica o caridad. Amar o desaparecer, ese es el dilema.*

También se atrevió a escribir a los responsables de construir cohetes a la Luna para que le dieran el dinero de uno de esos cohetes de Estados Unidos y Rusia. Les escribió a los reyes del petróleo, que viven entre montones de oro y tienen fortunas fabulosas en los bancos. Nadie respondió, cada uno pensaba solamente en su vida de lujo y en sus millones.

¹⁴ Ib. pp. 48-51.

El día que Raúl Follereau murió, se quedaron huérfanos los 15 millones de leprosos. Él los había abrazado tantas veces, había conseguido muchísimo dinero para construir leprosorios y medicinas para ellos y, sobre todo, había cambiado la mentalidad del mundo. Los leprosos son seres humanos, la lepra se puede curar y es menos contagiosa que otras enfermedades que curamos en los hospitales. El 7 de diciembre de 1977, en la iglesia de Santa Juana de Chantal de París, fueron sus funerales. Asistieron los embajadores de los Estados de África de habla francesa y los ministros de Sanidad de la mayor parte de esos países. En su tumba pusieron unas palabras: *Señor, duérmeme en tu paz segura, entre los brazos de la esperanza y del amor*. Raúl Follereau fue un católico practicante, cuya fe se hacía realidad sirviendo a los enfermos de lepra, por quienes trabajó toda su vida y por quienes entregó su vida. Valió la pena vivir y morir por una causa tan noble. Valió la pena haber vivido y haberle dado a su existencia una dimensión humana y espiritual con la que cambió muchas vidas sin esperanza, dándoles ganas de vivir.

ALBERT SCHWIETZER (1875-1965)

Era llamado el gran doctor blanco y fue un gran misionero protestante y médico. Dejo su tierra de Alsacia (Francia) y se fue al Gabón donde construyó un gran hospital en Lambarené. También era un gran músico y gran organista, pianista, profesor de la universidad de Estrasburgo y el más grande historiador de Bach. También fue considerado como filósofo, teólogo e historiador. En 1913 se fue a África a atender a los enfermos del Gabón que no tenían atención médica y con el tiempo también atendió a los leprosos del lugar. Se fue con su esposa Elena y él mismo con sus propias manos se dedicó al principio a construir las barracas donde se alojarían los enfermos que él atendería en el hospital. Hizo de leñador, carpintero y hortelano. Era un hombre intelectual que dejó sus estudios para atender como médico innumerables enfermos durante muchos años de su vida.

Realmente fue un hombre extraordinario que con su ejemplo hizo que otros médicos europeos siguieran un camino parecido en distintas regiones de África. Como recompensa, recibió el premio Nobel de la paz en 1952, el premio de la paz del Consorcio librero alemán y en 1948 el galardón de la Legión de honor. El médico norteamericano Tom Dooley y el gran Raúl Follereau, apóstol de los leprosos, fueron a visitarlo para aprender de su ejemplo y generosidad con los más pobres y necesitados.

Su ejemplo quedará marcado en la historia de la humanidad como el de un hombre sabio que dejó su brillante porvenir humano en Europa y se fue a vivir entre los más pobres de África para curarlos de sus muchas enfermedades y

darles así un nuevo sentido a sus vidas para su bien personal, de sus familias , de su país y en general del mundo entero.

TOM DOOLEY (1927-1961)

Fue un gran médico norteamericano que se dedicó a curar a miles de enfermos entre los refugiados de Vietnam del Norte que llegaban a Vietnam del Sur, cuando en 1954 las grandes potencias decidieron dividir el país en dos partes: el Norte para los comunistas y el Sur para los que querían un gobierno democrático. En su Diario Tom cuenta muchas de las crueldades cometidas por los soldados comunistas del Norte. Después de Vietnam, en donde trabajó como miembro de la Armada norteamericana, se fue a Laos como médico independiente y allí ayudó a miles de laosianos que necesitaban con urgencia médicos y medicinas, porque en todo el país no había más que un solo médico, que era el ministro de Salud.

Lamentablemente, no faltaron muchos que trataron de desprestigiar su labor, cuando ya había llegado a tener fama entre los ciudadanos de su país por su labor entre tanta gente pobre y enferma. Lo criticaron diciendo que exageraba al contar sus experiencias o que las inventaba, y, sobre todo que era homosexual. Además, el hecho de ser católico era también otro punto considerado negativo por muchos estadounidenses en aquellos años cincuenta. De todos modos, nadie podrá quitarle los méritos de haber dejado las comodidades de Occidente para ir a sufrir con los más pobres de Vietnam y de Laos. Su vida ha sido un ejemplo de entrega por los necesitados y Dios se lo habrá premiado ya. Murió al día siguiente de haber cumplido 34 años.

Veamos algunas de las experiencias que él refiere en su Diario: *Un día, una madre me llevó un niño lleno de úlceras, yo le apliqué una inyección de penicilina. Pocas horas después, oí gritos y vi a esa madre que delante de toda la gente mostraba a su hijo para decir que los norteamericanos eran crueles, pues su hijo tenía una erupción benigna, aunque espectacular y creyó que lo había envenenado. La mamá no entendía razones. Dejó al niño a una vecina y empezó a pegarme con un bastón. Me dejó los ojos negros y con muchos palos en la espalda.*

Al día siguiente por la mañana, fui a visitar al niño a su casa. La erupción había desaparecido y las úlceras estaban casi secas. La madre, llorando, vino a pedirme perdón de rodillas ¹⁵.

¹⁵ Tom Dooley, *Le journal du docteur*, Ed. Casterman, 1966, pp. 60-61.

Conocí a una viuda, Ngaj, que recogió hasta mil niños abandonados por la muerte de sus padres o por otros motivos. Uno de estos era Lía que ya tenía 16 años y a quien le habían cortado una pierna. Yo le curé el muñón y pedí ayuda a Estados Unidos a una compañía que fabricaba piernas artificiales y así consiguió poder caminar y sentirse feliz ¹⁶.

A un sacerdote los comunistas le habían dado permiso para celebrar la misa solo de seis a siete de la mañana, cuando los hombres debían ir a trabajar. Un día entraron a interrumpirle la misa y le acusaron de tener reuniones secretas. Lo suspendieron por los pies del techo. Su cabeza estaba casi a ras del suelo y él a veces posaba sus manos en el suelo para disminuir la presión de las cuerdas de los pies. Ellos, con bastones de bambú, comenzaron a golpearlo durante dos horas. Al día siguiente por la mañana, unos acólitos entre ocho y diez años lo encontraron colgado de los pies y lo desataron. Los días siguientes, anota Tom, pude verlo y le di antibióticos y le inyecté morfina contra el dolor. Él pudo sobrevivir y se convirtió en nuestro capellán ¹⁷.

Refiere Tom que, cuando fue Vang-Vieng quedó asombrado por las condiciones sanitarias que encontró. Había mucha tuberculosis, cólera, neumonía, malaria, sarna, lepra. “Me asombré al ver tantas mujeres mutiladas por los partos y que habían quedado definitivamente enfermas por las heridas recibidas, que estaban infectadas. Más de la mitad de los enfermos lo eran de malaria”.

Un mañana vino a verme una mujer que tenía un paquete de ropas viejas. Lo descubrió y vi un bebé de un año. Era un espectáculo horroroso. El abdomen parecía un balón inflado, presto a estallar, el pecho parecía una caja minúscula y su cabeza era muy pequeña. Tenía la enfermedad de Kwashiorkor y era el primer caso que encontraba de una larga serie que vería después. Es la consecuencia de una mala alimentación, con el bazo afectado. Yo le di vitaminas por inyección y después la maravillosa proteína en polvo llamada MPF (alimento polivalente), que nos había regalado la “Fundación alimentos por millones”. Al niño le di además jugos de frutas. Los resultados fueron maravillosos y el niño sobrevivió.

También debíamos contar que muchas enfermedades se debían a la ignorancia y a costumbres antiguas y extrañas. Las enfermeras eran capaces de curar los cuerpos sucios y malolientes, pero por nada del mundo se atrevían a curar una herida en la cabeza, ni siquiera se atrevían a sostener la cabeza cuando yo la desinfectaba o les extraía un diente. Creen en Laos que el espíritu

¹⁶ Ib. p. 76.

¹⁷ Ib. pp. 87-88.

*de Buda reside en la cabeza y, por eso, tocar la cabeza es como profanar un tabernáculo*¹⁸.

*Un día vino un hombre a suplicarme por su hijo de diez años que se había quemado. Me dijo que, después del accidente, el brujo del lugar le había envuelto las quemaduras con grasa de cerdo, jugo de nueces y estiércol de vaca. Este tratamiento repetido a lo largo de 15 días le hizo llegar a ser un muerto viviente. Comencé por limpiarle con agua y jabón y, quitando los tejidos muertos, me encontré con los huesos de la caja torácica. Estaba peor de lo que yo pensaba. Los músculos de la espalda estaban seriamente afectados. Le cubrí las quemaduras con unguento antiséptico y lo cubrimos con gasa. Estaba muy débil y deshidratado después de dos semanas sin comer ni beber. Pudo sobrevivir y ser un joven robusto, aunque deformado por las quemaduras*¹⁹.

Los brujos, antes de llegar yo a Nam-Tha, eran la ley. Nadie ponía en duda su sabiduría, pero en ese momento ya estaban divididos entre la ciencia de los brujos y la de los médicos extranjeros. Ellos tenían el poder sobre la gente, pues podían hacer sortilegios o hechizos para hacer daño. Ellos hicieron un hechizo a nuestro hospital. Rodearon nuestros locales de pequeñas esterillas de bambú trenzadas. Estos brujos suelen ser los ancianos respetados. Nuestros peores enemigos fueron Joe y la vieja Maggie. En vez de entrar en una lucha contra ellos, les pedí que fueran mis colegas y me ayudaran. Ellos aceptaron, porque querían aprender de mí. Yo también les daba una parte de las cosas que la gente me regalaba. Lo único que Joe no entendía era cómo para curar una herida de la cabeza, tenía que aplicar una inyección en la nalga.

Por su parte la bruja Maggie era la mujer más sucia de todo el poblado. Llevaba ropas viejas y en la cabeza un turbante inmundo. Se cortaba a ras el cabello de vez en cuando, pero nunca lavaba el turbante y sus manos aún menos. Maggie me observaba con cuidado y yo cada vez que atendía a un enfermo me lavaba las manos. Yo le expliqué que, al lavarme las manos expulsaba a los malos espíritus que se quedaban en mis manos. Le expliqué la teoría del contagio y pareció entender y un día se lavó las manos, que quedaron limpias como nunca antes²⁰. Por otra parte, en muchas casas había muchas ratas y murciélagos que producían serias enfermedades.

Creo que la mitad de las mujeres encinta abortan y que la mitad de los niños que nacen no sobreviven. El 40% de los niños que nacen mueren, siendo pequeñitos. Según ciertas costumbres tradicionales, la mujer embarazada no

¹⁸ Ib. pp. 124-125.

¹⁹ Ib. pp. 150-151.

²⁰ Ib. pp. 153-154.

puede comer plátano ni miel ni berenjena. No puede sentarse en el último tramo de la escalera. Durante el embarazo no puede tender la ropa al revés pues el niño se presentaría en mala posición para el parto. Yo he ayudado a dar a luz a mujeres que habían pasado el día trabajando en los campos. Cuando nace el niño, se le coloca detrás de cada oreja un pequeño trozo de granos de arroz y de cerdo para que nunca tenga hambre. Si el niño es hombre, el papá le pone un instrumento de trabajo. Si desea que sea valiente, le coloca un pequeño cuchillo y si desea que sea hombre de estudios, un pincel para escribir. Si quiere que sea cazador, le coloca un arco y una flecha ²¹.

He tenido muchos casos de labio leporino. Cuando se extendió por las montañas la noticia de que el médico blanco curaba esta enfermedad, muchos vinieron a curarse. Teníamos algunas veces cinco o seis casos por semana. La mayor parte eran jóvenes o adultos a los que se podía operar con anestesia local. Con los niños era más problemático. Hacía falta hacerles dormir con anestesia.

No teníamos luz eléctrica, ni equipo de rayos X. Los brazos y piernas fracturadas eran reparados al tacto con mucho yeso y oraciones. Me acuerdo de un hombre que había sido pisoteado por un búfalo durante su trabajo en el campo. Él tenía el brazo izquierdo fracturado. El brujo le puso unas hierbas con excremento de vaca y encantamientos. Durante la noche tenía un olor fétido y unas pústulas oscuras aparecieron en la piel. La mano la tenía fría, hinchada. El brazo y el antebrazo estaban como muertos. Hacía falta amputar, pero antes debíamos curar la gangrena y dejarlo semiinconsciente para amputarle brazo. Le coloqué una inyección antigangrena. La segunda hizo una reacción alérgica terrible y lo llevó a las puertas de la muerte. La amputación y muchos antibióticos le hicieron sobrevivir y regresar vivo a su aldea ²².

Un día me trajeron un joven en una camilla. Lo dejaron delante del hospital y salí a diagnosticarlo. Tenía la cabeza llena de piojos y la sarna sobre la piel. Estaba casi cadáver. Tenía una profunda infección del músculo de la pierna izquierda. Antes de meterlo al hospital, exigí que lo llevaran al río y lo lavaran bien con agua y jabón. En pocos días, con cuidados y antibióticos, se superó la infección. Tuvo que hacer fisioterapia durante varios meses para restaurar sus músculos, que le habían casi desaparecido, de modo que no podía ni siquiera doblar las piernas. Por fin pudo levantarse y andar con una caña fabricada por su hermano y poco a poco pudo caminar ²³.

²¹ Ib. pp. 157-161.

²² Ib. pp. 175-176.

²³ Ib. p. 181-182.

La mayor parte de los enfermos tenía enfermedades de la piel, gusanos intestinales, suciedad, sarna, lepra, diarrea. Los niños solían tener los ojos llenos de pus. Cuando se sentían mejor, yo me sentía contento. Nuestro salario era su agradecimiento. Eran muy agradecidos y eso era para mí como una señal de Dios para decirnos que estaba contento con nuestro trabajo. Yo, Bob y John (americanos también) nos poníamos a veces de rodillas por la tarde y rezábamos el rosario. Nuestro trabajo tenía un sentido pleno, cuando recordábamos las palabras de Jesús: Lo que hicisteis a uno de estos mis humildes hermanos, a mí me lo hicisteis ²⁴.

Fundó la MEDICO, una Institución para crear hospitales, conseguir medicinas, y enseñar medidas terapéuticas, pero sobre todo por caridad para ayudar a tanta gente enferma y necesitada. En Kenia, Afganistán, Marruecos, Camboya, Laos, Malasia, Haití, Jordania, Gabón, Perú y otros países. Muchos otros hombres y mujeres siguen su ejemplo de dar salud, vida y esperanza sin pedir nada a cambio.

Tom Dooley tuvo que dejar su trabajo en Laos y regresar urgentemente a Estados Unidos, debido a un cáncer maligno. El 17 de enero de 1961 lo visitó en su cama del hospital el cardenal Spellman. Al salir, el cardenal lloraba. Le dijo a Tom que él había hecho en 34 años de vida más que muchos otros durante una larga vida. Un sacerdote le administró el sacramento de los enfermos. Al terminar le dijo: *Vete, alma cristiana, al encuentro con Dios*. Y Tom murió sin un grito, sin un suspiro. El nombre de Dios fue su última palabra. Era el 18 de enero de 1961 en Nueva York. Los funerales fueron en la catedral de San Luis y ante su cadáver desfilaron miles de personas. Otros miles vieron los oficios fúnebres por televisión. Tom tenía en sus manos un crucifijo. Durante su trabajo de médico tenía un crucifijo a la vista de todos y un rosario siempre en su bolsillo.

BEATA MADRE ESPERANZA DE JESÚS (1893-1983)

Fue fundadora de varias Congregaciones: Esclavas del amor misericordioso, hijos del amor misericordioso y laicos (hombres y mujeres) del amor misericordioso. Tuvo muchos carismas sobrenaturales, pero su gran obra fue la construcción del gran santuario de Collevaenza, que es uno de los principales puntos de peregrinación de toda Italia. Ella fue una santa de la caridad. Veamos algunas de sus obras sociales en favor de los más necesitados. A muchos pobres les daba de comer gratuitamente y Dios mismo milagrosamente le llenaba las despensas de alimentos.

²⁴ Ib. p. 187.

a) MULTIPLICACIÓN DE ALIMENTOS Y DINERO MILAGROSO

Refiere en su Diario: *En abril de 1930, un lunes me encontré sin dinero para la compra habiendo de tomar el pan, carne, leche, huevos y verduras a fiado. El aceite, arroz, garbanzos, lentejas y algunos otros artículos no, por haber en la casa. Tenía aceite y jabón especialmente con abundancia pues en enero se multiplicó de una manera maravillosa quedando llenas todas las vasijas que había en la despensa: una de 25 arrobas, otra de diez y varias de diferentes cabidas.*

La multiplicación de este aceite sucedió de esta manera: Habiendo tenido noticias en enero de que el aceite iba a 19 pesetas. la arroba, viniéronme ganas de comprar para todo el año y así supliqué a Jesús que me diese dinero para ello. Pidiéndoselo repetidas veces, dijo una noche: “Pero, ¿dónde quieres colocar el aceite?”. Yo contesté: “En las vasijas que para ello tengo preparadas”. “Yo te digo que todas las tienes llenas”. En efecto, al despertar por la mañana rogué a Madre Pilar que pidiese la llave de la despensa comunicándole a la vez lo que me habían dicho. Con ella y M. Nieves subimos a visitar la despensa y en efecto todo estaba lleno, hasta las vasijas pequeñas que estaban destinadas a otros fines.

El día 9 compramos 10 kilos de azúcar, 60 libras de chocolate, 7 kilos de fideos, dos latas de atún en escabeche y un queso. Toda esta compra a fiado. Este mismo día díjome Jesús: “Tú has comprado todo esto sin dinero en efectivo, pero yo quiero que tus hermanas vean cómo te dejo la despensa al retirarte el dinero para que jamás puedan decir que la necesidad os ha rendido y que acudes a ellas diciendo que Yo no te doy cuando te has visto perdida”.

El 10 por la mañana amanecieron dos sacos de azúcar de 60 kilos cada uno, 45 kilos de fideos, 19 latas de atún, 180 libras de chocolate además de las 60 compradas de fiado, 10 quesos sin contar el comprado; 3 kilos de café, 28 bacaladas de un tamaño grande, tres cajas de galletas y un aumento considerable de jabón. Con esto la despensa acabó de quedar llena de provisiones.

El día 12 saqué de una de las tinajas como una arroba de aceite para el gasto diario, notando que al ir a cubrirla estaba como antes de haber sacado nada. Lo mismo me ocurre con lo que voy sacando de la despensa.

El domingo 13, segundo de mes, destinado a las visitas de las familias de las niñas, a dos o tres de éstas les trajeron un cartucho de caramelos. Como es

costumbre del asilo, ellas los entregaron en seguida, lo mismo que otras a las que habían traído galletas y plátanos. Esto siempre se reparte entre todas ellas, no permitiéndoles que coman nada fuera de hora.

Como postre quise ponerles caramelos y galletas por no tener bastante de una cosa sola para todas. Cuatro o cinco eran las niñas que me preparaban los platos entre tanto que yo depositaba los caramelos en una caja y empezaba a repartir poniendo en cada plato tres galletas y dos caramelos. No había hecho el tercer plato cuando me di cuenta que la caja se me llenaba y al mismo tiempo que yo, también se dieron cuenta las niñas. Estas empezaron a gritar llenas de alborozo diciendo que los caramelos se multiplicaban.

No pude contener, a pesar de mis esfuerzos, la explosión de alborozo y en plan de regañar a las huelguistas, continué haciendo platos poniendo en cada uno de los ya repartidos y de los que restaba de repartir, de quince a dieciocho; haciendo igual distribución con relación a la comunidad, quedó no obstante más cantidad de la que habían traído. El 18 de abril volví a sacar aceite y azúcar notando lo que en la vez anterior: Que no se mermaba.

19 de abril de 1930. Jesús me ha encargado que mañana, festividad de la Pascua, dé a las niñas una comida espléndida, como el día lo requiere y que este gasto no lo anotase en la cuenta que este mes se está haciendo por falta de dinero. Yo le he contestado que bueno, pero después de marcharse me ha venido la idea de que cómo lo iba a hacer, pues yo no tenía dinero para comprar pagando.

Se lo he comunicado al padre y él me ha dicho que vaya con la libreta y lo tome del mismo establecimiento y veremos lo que después resulta. Al efecto he encargado diez quilos de cordero, dos quilos de jamón, pues, aunque hay en la casa, como me ha dicho, esto no me atrevo a tocarlo, tres quilos de aceitunas, 20 kilos de habas tiernas para el cordero, cosa que gusta mucho a las niñas, cinco docenas de naranjas, dos kilos de salchichón para la merienda de la tarde y cincuenta huevos para la misma merienda.

En la noche del 19 al 20, le dije a Jesús: “Yo ya he cumplido lo que me has dicho, haciendo el pedido para la comida de mañana y anotándolo en las libretas como el padre me ha aconsejado lo haga, pero ahora ¿cómo pagaré yo eso si no tengo nada de dinero y por otro lado Tú me dices que no quieres lo cargue en la cuenta que ya se debe? Sonrióse y sólo me dijo: “¡Te apuras de poca cosa!”.

Al irme a vestir por la mañana me encontré con el dinero que necesitaba para pagar la cuenta. Después de comer en abundancia las niñas, me quedaron

seis chuletas o costillitas de cordero, tres o cuatro rodajas de jamón y un poco de salchichón, pero la sorpresa fue que al día siguiente me encontré que tenía costillas para todas, jamón en abundancia y salchichón, pudiendo dar a todas los tres días de Pascua. El segundo día de Pascua, o sea el lunes, tampoco se cargó nada en la cuenta, ya que incluso el pan se multiplicó.

El 1 de mayo de 1930 volví a ponerme al frente de la cocina, notando que la leche se multiplicaba, por lo que dije a la Madre Priora que trajesen sólo dos litros.

Sor Inés de Jesús afirma: Cuando todavía estábamos en la Congregación de las claretianas, un tres de mayo de 1930, la Madre quería ofrecer un buen almuerzo a las niñas, pero no había nada en la despensa. Me envió debajo de la escalera y encontré un pedazo de carne como de medio kilo y dos patas de cordero. Nos mandó limpiar la despensa y encontramos allí huevos, nuevos quesos, tres tinajas llenas de aceite y muchos pedazos de bacalao. Fui a decírselo y ella pidió que estuviera callada y no dijera nada ni a las hermanas, y así preparamos un buen almuerzo y nos sobró para otros días ²⁵.

Sor Inés de Jesús dice: Un día la Madre quería hacer un dulce, pero no sabía cómo hacerlo. Yo estaba en la cocina y, de pronto, ella cayó de rodillas y en éxtasis y con los ojos levantados hacia lo alto dijo: “Jesús, vienes a la cocina y te vas a manchar tu vestido”. Todas nos acercamos. Cuando la Madre volvió en sí nos dijo que el Señor le había dicho cómo preparar el dulce, que salió muy bueno y yo lo comí con mucho gusto. Después de la comida repartió caramelos a las niñas y a las hermanas. A mí me tocaron 22. Cuando terminó la distribución, una niña observó que había tantos caramelos en el recipiente como al principio²⁶.

En una carta al padre Postfús del 25 de octubre de 1931, escribe: Jesús continúa ayudándonos. El día 18 la procuradora, al pedirle para un sello, me dijo que no tenía ni cinco céntimos; hube de pedir una peseta al portero. La noche me la pasé llorando... En esta amargura me volví a Jesús, quizás con genio, y le dije: “¿Has tenido valor de pedirme una obra semejante, para dejarme en blanco antes de un año?... Él, como padre cariñoso, hizo que al despertarme me encontrase con dos mil pesetas, pero sin saber quién me las ha dado, pues a nadie vi.

²⁵ Sum (Sumario) del Proceso de beatificación, p. 138.

²⁶ Sum pp. 136-137.

Jesús suele hacerme alguna visita, aunque breve y no deja de atender a esta casa en todo lo necesario. Ayer me dio 3.000 pesetas y en todo veo su mano, de lo contrario ¡no podríamos vivir, padre mío! ²⁷.

Afirma sor Ana de Jesús: *Un día estaba la Madre en éxtasis y sentíamos que hablaba. Cuando nos acercamos, vimos a su alrededor con gran estupor una gran cantidad de billetes de banco nuevos. Cuando volvió en sí, nos dijo que aquel dinero era para la fundación de la casa de Colloto. Ella no sabía explicar de dónde venía aquel dinero que el Señor le enviaba, pero sabía que había escuchado su oración y creía que le mandaba aquel dinero que cada día iba en los aviones que se caían o en los barcos que naufragaban. De modo que no hubieran servido para nada, mientras que así le servían a ella para hacer obras de caridad* ²⁸.

Sor Visitación de Jesús certifica: *Un día, durante el Año Santo de 1950, estaba yo encargada de preparar los platos de fruta para los huéspedes. Me di cuenta de que la uva no bastaba para las 500 personas que se iban y para las que estaban por llegar. Angustiada se lo dije a la Madre y respondió: “Ten fe y llegará para todos”. Me puse a trabajar, recitando el rosario y me di cuenta con gran sorpresa que llegó y sobró* ²⁹.

Refiere el padre Alfredo Di Penta: *Durante el Año Santo de 1950 asistí personalmente a hechos absolutamente incomprensibles. Una pequeña cantidad de pan, de carne, de mantequilla, de pasta, era suficiente en las manos de la Madre para dar de comer a centenares de personas. Ella servía y, a la vez, rezaba en una lengua incomprensible.*

Una tarde no había vino en casa para los huéspedes. La Madre ordenó a la hermana encargada en mi presencia de lavar las damajuanas y llenarlas de agua. A la mañana siguiente, la Madre me invitó a saborear el contenido. Noté con sorpresa y lo mismo los huéspedes que se trataba de un óptimo vino Frascati. A mi pregunta, respondió: “Yo rezo y él los multiplica, los peregrinos son también sus hijos” ³⁰.

Continúa el padre Alfredo Di Penta: *La Madre Gema Urtúzar me ha asegurado que una vez la Madre debía comprar un frigorífico de una empresa de Perugia para la Casa del clero, pero no tenía dinero. Al ir al negocio para comprarlo un señor le entregó a la Madre Gema un sobre diciéndole que se lo*

²⁷ Carta al padre Postíus del 25 de abril de 1932.

²⁸ Sum p. 101.

²⁹ Sum p. 90.

³⁰ Sum p. 41.

entregara a Madre Esperanza. En el sobre había la cantidad exacta para pagar el frigorífico ³¹.

b) CURACIONES

La señorita Albertina Mancirelli declara: *Recuerdo que la señora Ida Proietti, nuestra vecina de casa, contaba que en un bombardeo (segunda guerra mundial) una señora había sido herida y había quedado con el vientre abierto. La Madre Esperanza se acercó y le dijo que no tuviera miedo. Después le colocó los intestinos en su lugar y con una aguja e hilo normal la cosió. Después de un tiempo la señora estaba bien y caminaba. No fue necesario llevarla al hospital ni que la curaran los médicos* ³².

Ella misma escribe: *Hace unos días vinieron de Prato, trajeron una pobre criatura, una señora que daba pena verla, toda encorvada, con unos nudos en la espina dorsal que parecían piedras. ¿De qué se ha valido el Señor? De una cosa más simple no se ha podido valer. Viene a mí y me dice: “Madre, tóqueme usted aquí, tóqueme aquí”. Me dieron ganas de decirle: “Tócate tú”. ¡Señor, voy a estar yo tocando aquí y allí! “Señor, toca Tú, porque lo que es yo, qué hago con tocarla”. Pues se curó, el Señor la ha curado y ya veis de qué se ha servido. Podía haberla curado sin “tóqueme usted aquí, tóqueme usted ahí”; pero los peregrinos tenían que ver esto para que aumentara su fe y el Señor se valió de una cosa tan simple como esta* ³³.

Sor Pace de Jesús afirma: *El año 1960, con motivo de la peste asiática, tuve fiebre de 39 grados y perdí mucha sangre del oído derecho. Me llevaron al otorrino y observó que había una lesión en la parte inferior del tímpano. Yo tuve miedo de quedarme sorda y fui a Collevaenza a ver a la Madre, oramos juntas y yo quería que me tocara el oído y, sin decirle nada, me puso la mano en la frente y después me tocó el oído. Sentí mucho calor por todo el cuerpo y no me dolió el oído. Dos días después fui al otorrino de nuevo y sin decirle nada, exclamó: “Hermana dé gracias a Dios, porque se ha cicatrizado la perforación del tímpano, se ha librado de la sordera total”* ³⁴.

El padre Giovanni Ferrotti certifica: *Me hallaba presente, cuando un día de 1968 una familia, compuesta del padre, madre y un niño, vino a ver a Madre Esperanza. Venían a agradecerle por la curación de un niño que había padecido leucemina. El niño se había enfermado de un riñón y había sido operado y*

³¹ Sum p. 46.

³² Sum p. 476.

³³ Exhortación del 13 de septiembre de 1965.

³⁴ Sum p. 284.

después de un año había recaído y habían descubierto que tenía leucemia. Los médicos les dijeron que no había nada que hacer. Fueron a Collevaenza a ver a la Madre. Ella les recomendó rezar la novena al amor misericordioso y hacer beber al niño del agua del santuario. El niño fue curado y por ello regresaron a agradecersele ³⁵.

Otro caso: *Conocí hace poco tiempo a un amigo del colegio y me contó su bella historia. Estando en el colegio comenzaron sus graves problemas a los ojos. Sus padres lo llevaron al oculista, que dijo que debía usar lentes, pero la Madre Esperanza les dijo que no los necesitaba. Los padres se los compraron, pero un día, jugando al balón, se le rompieron y, pasando algunos días así sin ellos, se dio cuenta de que veía bien y no los necesitaba. Y me dijo: “He llegado a los 55 años de edad y nunca más he tenido problemas con la vista”* ³⁶.

Algo muy importante fue la excavación en 1960 del pozo de agua de las piscinas, para la inmersión de los enfermos y para la curación de enfermedades del cuerpo y del alma, según deseos de Jesús.

El señor Ferruccio Bordacchini afirma: *Durante la excavación del pozo de agua del santuario de Collevaenza hubo varios contratiempos. Al principio no salía agua y los expertos venidos de Firenze y Roma decían que allí no podía haber agua. Pero la Madre insistía y, a los 115 metros, salió agua pero muy turbia. Entonces la Madre, dirigiéndose a una persona invisible, le dijo: “Pero yo te he pedido agua y ésta no es buena ni para los animales. Hazme ver qué hay dentro del pozo”. Y en aquel momento todos nosotros, los que estábamos presentes: yo, la Madre Ascensión y el padre Luigi Macchino, el padre Mario Straffi y no sé qué otros, vimos el pozo todo iluminado como si tuviese fuego. Nosotros estábamos como espantados. La Madre miraba el fondo y veía el agua brotar. La Madre me daba golpes en la espalda y me decía: “Ten más fe”. Para purificar el agua tuvimos que echar tres camiones de guijarros y así el agua salió limpia* ³⁷.

El día en que se descubrió la vena de agua, ella tuvo un éxtasis, durante el cual dijo: *Te doy gracias, oh Señor. Da a esta agua la virtud de curar el cáncer y la parálisis; el uno, símbolo del pecado mortal, y la otra, del pecado habitual. Da al agua la virtud de curar a los enfermos, a los enfermos pobres que no tienen medios, incluso con una sola gota de agua. Que sea esta agua, oh Señor, el símbolo de tu gracia y de tu misericordia.*

³⁵ Ferroti Giovanni, *Deti e aneddoti*, Ed. L' amore misericordioso, 2004, pp. 102-103.

³⁶ Ib .p. 118.

³⁷ Sum pp. 92-93.

c) SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

En julio de 1943 fue depuesto Mussolini e Italia dejó de apoyar a Alemania. Por ello los alemanes tomaron el control de las ciudades italianas, especialmente de Roma con todas sus consecuencias nefastas y el bombardeo de los aliados. La Madre escribe en su Diario: *Hoy, 5 de julio de 1943, el buen Jesús me dice que durante esta guerra sucederán tristes acontecimientos, pero que nosotras no debemos movernos absolutamente de esta casa, sino estar aquí para ayudar y confortar, curar y alimentar a la grande masa de pobres que vendrán a refugiarse en este antiguo cementerio. “Aquí es donde debéis propagar la devoción a mi amor misericordioso, con el buen ejemplo, la caridad, la abnegación y el sacrificio, olvidándoos de vosotras mismas”.*

Esta mañana hacia las diez ha tocado la sirena de alarma, y nuestras niñas con algunas religiosas y las novicias, han bajado al refugio situado en nuestra misma Villa, y apenas habían pasado unos cinco minutos cuando se ha sentido el horrible miedo de las primeras bombas que caían hacia la parte de San Lorenzo. La gente huye desesperadamente gritando y llorando, las hermanas que han quedado en casa con Pilar y conmigo, corren con nosotras a la capilla a los pies del amor misericordioso; los aviones vuelan sobre Roma y pasan sobre nuestra misma casa. Alrededor de ella han tirado varias bombas; nosotras hemos seguido de rodillas a los pies de Jesús, rezando y clamando al buen Jesús y cuanto más fuerte era el bombardeo, tanto más fuerte era nuestra oración y la de la pobre gente que se había refugiado con nosotras en la capilla, y cuando los aviones se alejaban, Pilar, las hijas y yo, salíamos fuera para socorrer a los heridos, entrándolos dentro de casa, dándoles lo que podían tomar y yo curando y fajando a los que estaban más heridos.

Mientras estábamos en esta labor, hemos tenido que correr y entrar de nuevo en la capilla, que era nuestro refugio y el de varios pobres; los aviones volvían y de repente un fuerte ruido hace temblar a toda la casa y a todas nosotras en la capilla; caen los cristales de toda la casa, tenemos un momento de verdadera agitación, pero sin miedo pues todas confiábamos en la protección de Jesús.

Cuando todo esto ha cesado, hemos salido nuevamente fuera y vemos que una bomba había caído a dos metros de distancia de nuestra casa, y todas decíamos: “Milagro, milagro, el amor misericordioso nos ha salvado”. Esta misma noche me he distraído y el buen Jesús me dice: “Comunica a Esperanza, a Pilar y a las demás hijas que a este día seguirán otros más tristes, que estén a punto para entrar en el refugio en el primer aviso de la sirena, pues de lo contrario quedarán sin poder llegar, pero que nosotras no nos cansemos nunca

de orar y de hacer orar a los demás, y a este fin las hijas deben ir al refugio, por lo menos una buena parte de ellas, ya que alguna de las otras no quieren dejarme sola, pues yo no quiero dejar solo el Santísimo en medio de este alboroto; que las hijas en el refugio recen con toda la gente el santo rosario y den estampas de su amor misericordioso con la jaculatoria por Él dictada: “Señor mío y Dios mío, tu misericordia nos libre, tu misericordia nos salve, y tu amor y misericordia triunfe en esta guerra infernal”. Que procurásemos dar en todos los refugios esta jaculatoria, asegurándome que ninguno de los que la dijese perecería en esta cruel guerra.

Hoy, 13 de agosto de 1943, hacia las once de la mañana, vuelven a Roma los aviones, comienzan bombardeando sobre la ciudad con más fuerza que la otra vez; nuestras niñas con la Superiora y otra hermana bajan corriendo al refugio y todas las demás hijas, Pilar y yo nos refugiamos en la capilla, pues yo no quería dejar solo el Santísimo y Pilar y las hijas no querían dejarme sola a mí. Esta vez parece que las primeras bombas van todas directas a nuestra puerta, y a la primera ondata caen varios muertos y heridos, fuera del refugio y en nuestra puerta, pues no les dio tiempo a entrar, otras entraron pidiendo auxilio y yo las voy metiendo en la capilla.

Después de un rato se presenta una mujer toda angustiada, fuera de sí, descalza y despeinada, y llevaba en sus brazos una niña de tres o cuatro años medio muerta o muerta, fría, morada, y detrás de esta mujer venía un hombre que trae otro hijo también herido, y todos llorando se arrodillaron junto con nosotras a los pies del amor misericordioso, rezando con mucho fervor. Precisamente en los momentos más críticos en que los aviones zumbaban estrepitosamente sobre nosotras, yo cogí la niña de aquella pobre mujer y con aire se la presenté al amor misericordioso diciéndole: “¿Es posible que tu Corazón de Padre pueda resistir por más tiempo el dolor de esta pobre madre? Muévete a compasión y da vida a esta criatura y así yo la pueda poner sana y salva en los brazos de esta apenada madre”.

Grande fue mi emoción cuando noté que esta criatura abría los ojos y comenzó a moverse y a recobrar la vida. La madre al ver moverse la hija, gritaba más fuerte en esos momentos que cree viva la hija, cuando la creía muerta.

Este segundo bombardeo es más fuerte, las bombas parecen caer encima de nosotras mismas, la casa parece que se ha levantado en el aire y las puertas y ventanas están en medio del campo, la casa vuelve a hacer una cosa rara, como si saltara hacia arriba y hacia abajo. El bombardeo ha durado casi dos horas, nos hemos quedado sin luz, sin agua, sin puertas, ni ventanas. Pasado el bombardeo, salimos fuera para poder ayudar a la pobre gente. ¡Qué espanto y

qué impresión hemos recibido! El jardín estaba lleno de heridos y entre ellos unos 20 muertos; más de 25 bombas habían caído alrededor de nuestra casa, que, protegida milagrosamente por el amor misericordioso, quedaba aún en pie, siendo objeto de admiración para todos los que la visitan.

La casa se ha llenado en seguida de gente que pide auxilio y socorro, yo me doy de lleno a curar heridos de todas clases, sin fijarme en otra cosa que en aliviar los terribles dolores de esta pobre gente. Pilar me va dando lo necesario para curar y mi oración y confianza en la ayuda del buen Jesús es extraordinaria: jamás la he sentido igual, los medios que tengo a mi alcance para curar a esta pobre gente son muy escasos, y nada a propósito ni recomendables, pues sólo tengo tiras de tela de camisas militares, hilo y agujas para coser y yodo para desinfectar las heridas, pero mi fe en el médico divino es tan grande que nada se me pone por delante en esta terrible labor, segura de que todos quedarán bien.

Cogimos un hombre con todo el vientre abierto y los intestinos fuera, se los limpié un poco con un pedazo de tela militar, se los metí dentro y a coser, Pilar me pasaba las agujas y yo después de ajustarlos lo mejor que podía, iba cosiendo sin fijarme en nada más, después les daba yodo con mucho cuidado, pues tenía muy poco, y unos hombres los iban colocando por el suelo, y el padre Misani, religioso de María Inmaculada, confesor mío, y otro sacerdote los iban confesando.

Los heridos fueron 83. Cuando ya había terminado de curar a toda esta pobre gente, se presentan dos médicos de Sanidad y de la Cruz Roja. Estos médicos asustados de las curas que veían había hecho, tratan de asustarme también a mí, diciéndome que cargaban sobre mí toda la responsabilidad de cuanto sucediese a esta pobre gente. Yo les he respondido que estoy dispuesta a ello, pero si ellos no les tocaban de como yo les he dejado, y esto aún les ha molestado más.

Varias han sido las veces que he tenido la fortuna de llevar el Santísimo al refugio y terminado el peligro, si había algún sacerdote en el refugio, éste lo llevaba a la capilla y si no, lo llevaba yo. Sólo el buen Jesús ha podido apreciar la emoción que ha experimentado mi pobre alma, siempre que he tenido la fortuna de abrazar junto a mi pecho el copón con mi Dios. Llevada de mi entusiasmo, casi me venía el egoísta deseo de que sonara la sirena, para abrazar de nuevo junto a mi corazón el afortunado copón.

Hoy, 10 de septiembre, han llegado a esta casa varios soldados, heridos en el momento que los alemanes ocupaban Roma y los he escondido a todos donde he podido, y después me he ido a buscarles ropa para poder vestirlos de

burgueses (de paisano) a los que estaban para poder andar y así poderlos poner en condiciones de que llegaran a sus casas. Grande ha estado la caridad de la pobre gente de nuestra parroquia, pues en todas las casas me han dado, quién una prenda y quién varias.

También las hijas y Pilar se han puesto a coser ropa para estos pobres hombres, y así he podido mandar a sus casas 23 jóvenes, vestidos todos ellos de burgueses, después de haberles dado abundantemente de comer; la ropa militar y demás de estos hombres la he depositado en un gran agujero, que la divina providencia nos ha abierto en la huerta en la que hemos comenzado a fabricar la Casa generalicia de la Congregación, y allí, en este famoso agujero, hemos tenido escondidos a varios militares y jóvenes, varios meses, y allí he llevado también a los que no han podido marchar a sus casas, pues se trata de un gran agujero, abierto repentinamente, de tres metros de circunferencia y cuatro y medio de altura, y justo allí atraviesan unas Catacumbas que no sé a dónde llegan; y allí tenían ellos tres escaleras y cuerdas para unir las una con otra y así subían y bajaban por la noche. Tres de estos jóvenes, de origen español, que los teníamos en la huerta haciendo alguna cosa como trabajadores, les bajaban los alimentos con cuerdas a los que estaban en las Catacumbas, y durante el día estaba cubierto este agujero con haces de ramas de árboles. Las hermanas casi todas ignoraban todo esto y también las niñas, para evitar que se descubriera.

Hoy, 28 de septiembre de 1943, reúno a las hijas para rogarles pidan mucho por la paz y establecer que se rece el santo rosario, sin interrupción, en comunidad, en sufragio de los caídos en la guerra y para obtener del Señor, por mediación de su santísima Madre, la paz y el triunfo del amor misericordioso en toda Italia. Y hoy, gracias al buen Jesús, hemos obtenido del Vicariato el permiso para poner en el jardín la imagen del amor misericordioso, que por vez primera se le dará culto públicamente. Esta imagen es de tamaño natural y la hemos colocado en la parte más alta del jardín, que se ve de varias partes; se ha puesto un altar y, éste y un buen pedazo de terreno ha sido cubierto con un dosel de gutapercha, para evitar que se mojase el crucifijo y una parte de la gente que venía a rezar.

Hoy, primero de octubre, se ha comenzado a rezar el santo rosario en público, a los pies del amor misericordioso, que rezaremos durante todo el mes, cada media hora, dos hermanas y la gente que de fuera viene, que es bastante. Por la noche se levantaban dos hermanas cada hora para rezarlo en la capilla. Durante este mes, toda la comunidad guardará un riguroso silencio, no pudiendo hablar ni lo necesario, pues para esto se valdrá de unos papelitos donde se escribirá solamente lo más importante y justo. Del teléfono y de la portería se encargará Pilar.

Hoy, 20 de enero de 1944, hacia las once y media, hemos bajado todas al refugio llevándonos con nosotras el copón con el Santísimo. Después de poco tiempo han bombardeado fuertemente en nuestros alrededores. Cuando ha pasado el peligro, hemos salido del refugio con el Santísimo y depositado en el sagrario. Me he puesto en seguida a curar a un pobre hombre fuertemente herido, a ello me ayuda Pilar, preparándome lo necesario. Hemos curado también a una pobre mujer, un niño y un joven malamente herido. Hasta hoy todos los que hemos curado, que han sido muchos, todos han curado maravillosamente, pues todos ellos han sido curados con la ayuda y presencia del médico divino, encargándose Él, como buen Padre, de ajustar y remediar todos mis errores y supliendo Él, poderosamente, con sólo su bendición, todo aquello que me faltaba para la desinfección y cura de los heridos que en esta casa han sido curados, declarando ellos después, cuando han venido a verme y darme las gracias, que cuando los curaba no sentían ningún dolor y que mi mano, ligera y suave, les producía un gran bienestar. ¡Pobres enfermos! ¡Afortunados ellos que han tenido la dicha de ser curados por el médico divino, valiéndose para ello de una persona y cosas tan poco adecuadas para estas tremendas curas!

En nuestra parroquia ha caído una bomba y ha deshecho el altar mayor; a nuestra casa esta vez, gracias al buen Jesús, no le ha pasado nada y en ella se ha refugiado mucha gente y también los padres de nuestra parroquia y nuestro capellán, que es un padre capuchino.

Como la gente que en nuestra casa se ha refugiado es mucha, hemos preparado comida de fiambre para las niñas, para algunas hermanas y para mucha de la gente que aquí se ha refugiado y todos y todas han comido abundantemente, pues el buen Jesús ha provisto de todo, con gran abundancia, a esta casa. De esta asombrosa multiplicación sólo se ha dado cuenta Pilar y yo que trabajamos como negras para poder ocultar tanta providencia.

Toda esta pobre gente, hermanas y niñas han comido a las once y así se han ido al refugio y con unas cuantas hermanas hemos preparado comida para los padres de nuestra parroquia, dos sacerdotes alemanes, nuestro capellán, tres padres capuchinos y algunas otras personas más y para los que tenemos en la huerta: en total son 89 personas; les hemos preparado una buena comida y a las doce han comido todos y se han ido al jardín para estar cerca del refugio.

También el buen Jesús ha tenido que multiplicar esta comida, especialmente la pasta, pues las cacerolas donde se ha hecho esta comida, no son grandes y todos estos hombres y mujeres comen como desesperados; nada nos ha faltado y pasta nos ha sobrado para dar a la noche a las niñas y a las hermanas que han comido de fiambre a las once y media.

Pilar y yo no veíamos el momento de quedarnos solas para cambiar nuestras impresiones respecto a la generosidad del buen Jesús y ver cómo y dónde podíamos colocar tanta providencia. Yo, fatigada ya de guardar cosas he dicho al buen Jesús con bastante genio, según me ha dicho Pilar, pues yo no me he dado cuenta de lo que decía, y así dice ella que yo he dicho: “Jesús, razona un poco y no des tanto de una vez, pues Tú ya ves que no tenemos ni cosas ni puesto para guardar todo esto, danos poco a poco según la gente y basta”.

La labor de las camisas está parada, pues al entrar los alemanes en Roma han visto en Intendencia militar la “Ditta” del amor misericordioso y han venido con dos camiones y se han llevado 20.000 camisas que teníamos cosidas, pero el buen Jesús está supliendo con generosidad todo aquello que podíamos haber ganado trabajando y así, gracias a Él, se puede socorrer en esta casa a todos cuantos vienen, sin mirar origen, descendencia o grados. Todos comían y dormían sin preocupación ninguna.

Hoy, 21 de enero de 1944, en vista del peligro de ayer, nuestro párroco ha traído el Santísimo de la parroquia a nuestra capilla, y lo traerán todos los días y todos ellos se quedarán a comer en esta casa, todo el tiempo que el buen Jesús permita.

Es importante señalar que, durante los tiempos difíciles de la guerra mundial, la Madre y sus hijas rezaban mucho por la paz. Un día ella se fue a la iglesia de Santa María La Mayor y delante de la Virgen de la paz se quedó en éxtasis, vio a la Virgen y le decía: *Salva a Roma y al Papa y te haremos una imagen como ésta*³⁸. Y cumplió su palabra.

Y continúa en su Diario: *Hoy 24 de diciembre de 1944, Jesús me ha concedido la gracia de que haya podido preparar a los hombres que vienen a comer a esta casa una buena cena, turrón y una buena taza de café a cada uno, todo gratis, después han venido a la parroquia para confesarse y recibir al buen Jesús.*

Hoy 25 de diciembre, mi alegría ha sido grande al verme rodeada de 127 hombres que han venido a buscarme para que les acompañe yo misma a la parroquia, lo que he hecho acompañada de otra religiosa, ya que en nuestra capilla no podía ser, porque es muy pequeña. Todos ellos han hecho la sagrada comunión y yo con ellos.

³⁸ Sum p. 385.

Este día 25 de diciembre toda mi ilusión desde hace días era poder dar a todos los pobres una buena comida gratuitamente, y así he dicho al párroco que él avise en la parroquia que vengan todas las familias pobres a buscar la comida gratuitamente a esta casa, llevándosela a sus casas para que, reunidas las familias, puedan festejar en cada hogar las fiestas de Navidad.

El buen Jesús me ha escuchado y ha estado muy generoso, y así se ha dado por cada persona un buen plato de pasta con el correspondiente queso, un panecillo de doscientos gramos con un buen pedazo de carne y un buen pedazo de turrón.

Es digno de anotar más con el corazón que en el papel, la emoción que daba ver con la abundancia que el buen Jesús repartía su providencia sobre esta comida. Después de haber repartido a más de mil personas, aún sobró bastante de todo para más de dos o tres días, y del turrón pude mandar para las diez casas de España para mis hijas y niños, creo fue un quintal y 28 kilos y, en esta casa, hermanas y niñas lo estuvieron comiendo todo el mes de enero y febrero.

En la distribución de esta comida del 25 la generosidad del buen Jesús y el entusiasmo de nuestro párroco, del padre Misani y los demás sacerdotes de nuestra parroquia, llenaron de fervor a muchas señoras de San Vicente de Paul que habían venido para ayudar a la distribución, pues aquí no se trataba de decir al buen Jesús como en las Bodas de Caná que faltaba el vino, sino que faltaba de todo para celebrar la fiesta, pues los invitados eran muchos y las provisiones muy pocas, pero el buen Jesús, siempre generoso y Padre, ha hecho que todos vayan a sus casas con las porciones que han pedido.

Hoy 21 de julio de 1945, recibo 20 jóvenes españoles, que el cónsul de España me ha rogado de poderlos tener mientras él consiga arreglarles su vuelta a España. Los alojo en una habitación contigua a nuestra casa. Pocos días después me manda cinco más, entre éstos hay uno llamado Eduardo, que no ha hecho la primera comunión, le doy un catecismo para que lo estudie y tengo con él algunos ratos de instrucción religiosa y él está muy animado a hacerla.

La Madre Esperanza de Jesús murió el 8 de febrero de 1983 a los 89 años de edad. Fue beatificada el 31 de mayo de 2014.

GIUSEPPE AMBROSOLI (1923-1987)

Fue un sacerdote y médico comboniano, que dedicó su vida a servir a los más pobres de Kalongo (Uganda), donde fundó un gran hospital de 350 camas, y curó a miles de enfermos sin darse tregua, trabajando sin descanso para hacer vivir a tanta gente que lo buscaba y lo necesitaba. Toda su vida fue un servir humana y espiritualmente a los más pobres y necesitados del lugar donde estaba. Como médico curaba enfermos y como misionero les hablaba de Dios y que oraran a Dios para que los cuidara y les diera la salud, sabiendo ser agradecidos.

El pertenecía a una familia de industriales italianos que tenía mucho dinero. Cuando tenía 18 meses tuvo una grave infección intestinal. Su madre Palmira lo encomendó a la Virgen y le prometió que de mayor se lo daría con alegría si lo quería para servirla. Su hermano Paolo no dudaba nunca de que su recuperación se debió a las oraciones de su madre y también a las reliquias de santa Teresita del Niño Jesús, patrona de las misiones, que su hermana Pierina le enviaba de vez en cuando. A lo largo de su vida sus hermanos, que ganaron mucho dinero con la apicultura, industrializando la *Miel Ambrosoli*, supieron compartir sus riquezas con él para que pudiera realizar su ideal de fundar el hospital y ayudar a los enfermos.

En 1959 el pequeño hospital de Kalongo ya tenía 200 camas y era el primer hospital católico del norte de Uganda. Otros hospitales le seguirían en el norte de Uganda como el de Angal, Gulu Lacor, Kitgum, Aber, Maracha y otros. Siguieron el mismo proceso: primero un pequeño dispensario con una parte de maternidad, después se amplía con un centro de formación para el personal local y luego se dan los pasos para transformarlo en un verdadero hospital.

En el hospital de Kalongo, el padre Giuseppe no tenía tiempo que perder, tanto en el quirófano como en el ambulatorio. Normalmente empezaba con las operaciones difíciles como tiroidectomía, gastroctomía parcial, mastectomía radical, herniotomía, histeroectomía... Y después pasaba a las menores como dilatación y raspado de útero, limpieza quirúrgica de leprosos, osteomielitis, etc. Trabajaba sin descanso, no solo como cirujano sino también como director del hospital y profesor de la escuela de enfermeras. Era capaz de estar seis horas en el quirófano siempre de pie y luego ir al ambulatorio sin mostrar cansancio. Era joven y tenía una salud de hierro.

Sor Pierina, que trabajó con él en el quirófano, recuerda no haberle oído nunca: *Estoy cansado*. Y eso sin tener aire acondicionado ni ventiladores y con un ritmo de trabajo estresante. Sor Caterina Marchetti, que llegó a Kalongo en 1965, dice: *Viví junto al padre Giuseppe durante 22 años y siempre me impresionó ver a la misma persona en el altar, durante la misa, con la hostia*

consagrada entre las manos y en el hospital con el paciente entre las mismas manos, tratándolo con la misma atención y delicadeza. Estaba tan enamorado de Jesús como de los enfermos ³⁹.

El doctor Luciano Sacconi nos dice: *Es algo que siempre se me quedó grabado. Habíamos operado a un anciano de Bale, una aldea al sudeste de Uganda, quitándole un tumor del intestino. Después de la operación, había mejorado un poco, pero su situación seguía siendo muy precaria. Un día debido a las pocas esperanzas que ofrecía, el hijo que lo cuidaba lo abandonó. Pero desde aquel día el padre Ambrosoli le llevaba siempre alguna cosita para comer, tanto al mediodía como a la cena (recordemos que entonces en los hospitales de Uganda, la familia de los enfermos debe preocuparse de su manutención). Esperaba que todos los compañeros terminaran de comer y recogía un poco de comida de la que había sobrado y se la llevaba al anciano. Esto lo hizo durante unos tres meses. Cuando nuestro anciano entró en la fase terminal, el padre le daba de comer. Si no podía hacerlo personalmente por estar muy ocupado, me pedía a mí que lo hiciese o a una enfermera italiana que trabajaba en la misión y se llamaba Loredana Lorenzini y que más tarde entró de religiosa en la Congregación de la Madre Teresa de Calcuta* ⁴⁰.

Cuidaba a los leprosos con un cuidado más que maternal y les dedicaba mucho tiempo. Ellos eran los más pobres y abandonados. El padre Giuseppe, sabiendo que muchos no eran contagiosos o muy poco, los acogía en los pabellones como a los demás enfermos y trataba en la medida de lo posible de no amputar sus miembros afectados.

Además de su trabajo de médico, se ofrecía los sábados para las confesiones y el domingo celebraba con gusto la misa a la gente. Ser médico y sacerdote lo compaginaba muy bien. Y todo trataba de hacerlo con paciencia, nunca gritaba a los enfermos y con paciencia les sacaba su tratamiento anterior con el brujo del poblado.

Entre 1971 y 1979 se vivió en Uganda una situación política muy difícil con el general Idi Amín, un musulmán que ejerció una brutal dictadura y que asesinó a unos 300.000 ugandeses opositores. Expulsó a todos los asiáticos de Uganda, causando un tremendo problema económico al país, porque dijo que el mismo profeta Mahoma se lo había ordenado.

³⁹ Aurelio Boscaini, *Vida del P. Giuseppe Ambrosoli, médico y misionero*, Ed. Mundo negro, Madrid, 2013, p. 96.

⁴⁰ Ib. pp. 98-99.

Los hermanos del padre Giuseppe eran los principales proveedores del hospital, pero también buscaba financiación en Instituciones internacionales, pues era mucho lo que se gastaba en un hospital en medicinas, alimentación y construcciones y todo eso caía sobre sus espaldas y debía escribir a medio mundo buscando ayudas.

Otro punto que hay que tener en cuenta es que muchos doctores jóvenes que comenzaban a operar lo hacían mal y él debía estar siempre preparado para solucionar en cualquier momento el problema. Un día un médico cortó los uréteres durante una histerectomía, otro dañó la arteria femoral, otro en una operación de próstata dañó la vejiga. Otro, en vez de operar el lado izquierdo, operó el derecho del abdomen. No faltó quien dejó gasa en el vientre al operar a una mujer sometida a cesárea y el padre Giuseppe tuvo que volver a operar, etc.

A finales de 1973 Giuseppe tuvo que volver a Italia. El intenso trabajo en Kalongo comenzó a hacer mella en su salud. En enero de 1974 ingresó en Como en el hospital de Santa Ana en la sección de ortopedia para tratamiento de una complicada hernia discal lumbar. Vuelve a Uganda y continúa construyendo en el hospital, que ahora ya tiene capacidad para 370 personas. A las secciones de maternidad, pediatría, medicina general, cirugía, ginecología, radiología y enfermedades infecciosas se añaden las secciones de malnutrición, para leprosos y tuberculosos.

El quirófano es moderno y espacioso, lo mismo que el laboratorio de análisis clínicos, al igual que la escuela para comadronas y el almacén de medicamentos. Tiene generadores de electricidad.

Varias veces el hospital fue asaltado por el grupo de los karimoyón, que sembraban el pánico y la muerte por todas partes. Esta tribu guerrera estaba convencida de que Dios había creado para ellos solos todas las vacas del mundo y que podían cogerlas sin permiso donde se encontraran. Muchas de las víctimas de estas razzias eran llevadas a curarse al hospital y él atendía a todos sin distinción.

El doctor Gianfranco Carletti declaró: *El que no ha estado con él en el quirófano no puede decir que lo conoce bien. Fuera del hospital era amable, cordial y social, pero en el hospital era serio, rígido y severo. Recuerdo siempre una frase suya: “En el quirófano hay que ser implacables, refiriéndose sobre todo a la esterilización de los instrumentos”.*

Por otra parte, no olvidaba sus obligaciones religiosas y todos los días antes de ir a descansar, rezaba el rosario. Dormía pocas horas y decía: *Cuando esté en el paraíso ya tendré tiempo para descansar.* Un día no dudó en ir a

recoger a dos mujeres acusadas de espías, fusiladas, pero solo gravemente heridas por los rebeldes. Una de ellas consiguió arrastrarse hasta el hospital y el padre Giuseppe, arriesgando su vida, fue a buscar a la otra mujer. La encontró, la llevó al hospital y la tuvo escondida para poder curarla. Por desgracia murió a los pocos días ⁴¹.

La salud se le iba deteriorando y en 1982 tuvo que volver a Italia a recibir tratamiento de la nefritis que padecía. Sus riñones funcionaban al 30%. Él solo decía: *Que sea lo que Dios quiera*. El doctor Terruzzi le ordenó reducir su trabajo en un 30% y le ordenó un recorte drástico en su actividad y al menos 10 horas de descanso absoluto y no más de dos horas de quirófano al día, evitando esfuerzos físicos. Pero cuando regresó a su hospital de Uganda se le acumuló el trabajo por los heridos de los rebeldes y el padre Giuseppe no podía dejar de atender a todos los que le llevaban. El dolor de sus riñones aumentó. En 1984 participó con alegría en sus bodas de oro sacerdotales. Ese día había 565 personas confirmadas; y la celebración de 65 matrimonios al día siguiente con una gran celebración con tres obispos y 20 sacerdotes. Él nos dice: *Me emocioné al ver a este pueblo martirizado festejar y orar en reconocimiento al Señor por el don de la fe cristiana recibida por medio de los misioneros*. El 30 de agosto los rebeldes tomaron el control de Kalongo. Obligaron a evacuar a todo el personal médico, europeo y del sur de Uganda. El 21 el ejército regular retomó Kalongo. En los últimos meses, con las guerrillas, la atención del hospital era prácticamente solo para los soldados heridos por arma de fuego. Se trataba de amputaciones, heridas por coser o limpiar.

El 30 de enero de 1987 las autoridades militares obligaron a evacuar el hospital a todos, enfermos y personal, con la orden de recoger todo lo que considerasen oportuno para llevarlo en camiones a otro lugar seguro y para que los rebeldes no pudieran aprovecharse de nada del hospital. El 13 de febrero comenzó el éxodo en camiones. Había una columna de 34 camiones y otros coches con 1.500 personas a bordo entre militares y civiles. Cuando estaban fuera del pueblo, vieron una gran columna de humo. Todos pensaron que habían quemado el hospital y el padre Giuseppe tuvo que hacer un acto tremendo de aceptar la voluntad de Dios al creer que todos sus esfuerzos humanos ahora quedaban en nada. Felizmente, la columna de humo era solo por el incendio de las casas de los misioneros. Cuando unos años después regresaron otros misioneros, el hospital con todo lo que dejaron, estaba intacto.

⁴¹ Ib. p. 149.

a) ÚLTIMOS DÍAS

El 20 de marzo se encontraba en Kampala. Los estudiantes del escolasticado le invitaron a celebrar con ellos la eucaristía. El padre Mauricio Balducci, estudiante de teología por aquel entonces, nos dice: “Con una leve sonrisa, más de una vez, habló de su “amado fracaso”. En el momento de intercambiar la paz, tuvo un momento de tambaleo y tuvo que apoyarse en la mesa que hacía de altar. El cáliz se cayó y él quedó profundamente apesadumbrado. Por un momento interminable hubo solo silencio. Pensamos que aquel vino derramado del cáliz en el altar fue para todos una señal que unía su muerte a la sangre de Cristo. Verdaderamente, su sangre se mezcló con la de Cristo. Verdaderamente, su “amado fracaso” fue redentor, igual que el de Jesucristo”.

Al regresar a Lira, comenzó para el padre Giuseppe el gran momento de la purificación y de la transformación. Se acercaban los momentos finales de su vida, pero nadie parecía darse cuenta. El domingo 22 de marzo celebró la eucaristía en la capilla del Comboni College de Lira para los poquísimos chicos que quedaban y algunos maestros. Era su última misa. Por la tarde, la fiebre le obligó a acostarse. No había ningún médico y era el único que se daba cuenta de la gravedad de la situación.

El padre Mario Marchetti, testigo ocular de aquellos días, nos cuenta: “Se avisó a las hermanas, pero no se produjo ninguna alarma, porque ataques de malaria son algo ordinario para todos nosotros. Pero el padre Ambrosoli dijo enseguida que podía haber una complicación a causa de sus riñones. La fiebre era alta. Al día siguiente, lunes 23, la fiebre no bajaba. Le acompañaban las tres hermanas que habían vivido con él en Kalongo: Romilde Spinato, Ana María Gugole y Silveria Pezzali. Conocían su modestia y sabían que no quería, bajo ningún concepto, molestar a los demás. Pero también eran conscientes de su estado de salud. El padre Ambrosoli estaba sereno, pero notamos cierto pesimismo, algo extraño en él. Comprendimos después que se había dado cuenta de que su estado de salud era especialmente grave.

El martes 24, las hermanas, al ver que el padre Giuseppe no mejoraba y tenía vómitos intermitentes, preguntaron por radio qué había que hacer. Desde Gulu, el Dr. Corti daba consejos e instrucciones; dijo que iría enseguida, pero el camino estaba impracticable y era inútil arriesgarse. La fiebre bajó. El 25 por la tarde el termómetro marcó poco más de 37. Durante el día estaba asistido continuamente, le llevaron la comunión y las hermanas trataron de hacerle ingerir alguna cosa, pero el vómito era persistente.

Mientras tanto, el padre Giuseppe continuaba dando instrucciones para el transporte del material a Angal. El 26 por la mañana, muy temprano, el hermano Tognon partió con varios camiones para Angal. El día 26 el padre Ambrosoli pareció querer recuperarse. Estaba siguiendo el proceso de su propia enfermedad con conocimiento de causa, haciendo sugerencias a las hermanas y sopesando y, a veces rectificando, las instrucciones que recibían por radio de los médicos.

En cierto momento tuvo una especie de colapso, pero lo superó bastante fácilmente. Le aplicaron el “gotero” en vez de la alimentación. Por radio se intentó varias veces obtener un helicóptero del gobierno para transportarlo a Gulu, donde el Dr. Corti disponía también de una máquina para la diálisis (al padre Ambrosoli, sin embargo, no le gustaba este tratamiento). Ninguno de nosotros pensó ni lo más mínimo que se estaba acercando el fin.

Continúa al padre Marchetti: “La noche entre el 25 y 26 pidió a las hermanas que se quedaran en las cercanías de la habitación de Ambrosoli. Él se oponía tajantemente, porque no creía que fuera necesario. Para no contradecirlo, las hermanas lo dejaron hacia las nueve. Durante la noche, se movió un poco para tomar agua y tal vez debido también a algún conato de vómito. El día 26 le llevé, una vez más, la comunión, dándole una pequeña porción de la hostia para evitar complicaciones. Actué siguiendo sus propias instrucciones. Las hermanas estaban allí y le ayudaban a rezar; de vez en cuando recitábamos una parte del breviario, y él lo iba siguiendo lo mejor que podía.

La noche entre el 26 y 27 se presentó fea. A pesar de sus insistentes objeciones, la hermana Romilde se quedó en casa de los padres. Hacia la una, aparecieron los síntomas de un colapso. La hermana Romilde le proporcionó enseguida las curas pertinentes; siempre siguiendo las instrucciones del propio padre Giuseppe, añadió al líquido del “gotero” algún que otro fármaco. Al saber que estaba en el pasillo, el padre Giuseppe pidió a la hermana que me llamara, porque deseaba confesarse. La hermana fue a llamar a las hermanas Silveria y Ana María y regresó enseguida con otras medicinas. Se confesó y quedó tranquilo.

En un determinado momento, invitó a todos a irse a la cama. Nos dijo que por la mañana le gustaría recibir el sacramento de los enfermos y se adormeció. El padre Giuseppe ignoraba que estábamos tratando de obtener un helicóptero para llevarlo a Gulu para que lo atendiera el Dr. Corti. Las hermanas eran reacias a decírselo, porque sabían perfectamente que él no lo quería.

Dijo: “Siempre he deseado morir con mi gente a la que he amado tanto”. Luego se serenó y dijo: “¡Que se haga la voluntad del Señor. Señor como tú quieras. Que se cumpla tu voluntad”.

b) HA LLEGADO LA HORA

Dice el padre Marchetti: La mañana del 27 de marzo lo vemos con las nariz afilada y el color ligeramente violáceo. Sin embargo, ninguno de nosotros piensa que se está muriendo. Todos recordamos cómo, en 1982, superó el ataque nefrítico. Damos por supuesto que, una vez que llegue a Italia, se curará y mejorará.

A las nueve y cuarto nos reunimos los combonianos y combonianas en su habitación; recibe el sacramento de los enfermos y la comunión y hacemos las oraciones rituales con la esperanza de una pronta curación.

El padre Giuseppe participa activamente en cada momento del rito. No muestra ninguna agitación. Al contrario, está muy lúcido y sereno. Es él quien nos recuerda que, poco antes de dejar Kalongo, asistió al mismo rito celebrado para Mons. Cesana. La atmósfera es familiar. El hermano Dal Santo le dice bromeando: “Dentro de poco también tú estarás en Verona descansando con Mons. Cesana”. Después volvemos cada uno a nuestro trabajo, esperando que llegue pronto el helicóptero. Mientras tanto, el obispo de Lira, Mons. Cesare Asili, pidió otro helicóptero, por si no llegaba el de Entebbe.

Cuando vuelvo a verlo, todavía sigue sorprendentemente lúcido, no perdió su admirable presencia de espíritu. La enfermedad sigue paso a paso su curso. Aconsejaba a las hermanas lo que tenían que hacer, pero, al mismo tiempo, insistía en no querer molestar. Cuando vuelvo, las hermanas me dicen muy preocupadas: “El padre Ambrosoli no se recupera”. Poco después de la una, llega el colapso. Sugiero a las hermanas que vayan a comer, pero deciden quedarse. La aguja del “gotero” se sale accidentalmente de la vena, y resultan inútiles todos los intentos para recolocarla: las venas se han colapsado. La hermana vuelve a intentarlo de nuevo, pero el padre Giuseppe le dice: “En este momento no hay mucho que hacer. Tranquilícese hermana”.

El padre Giuseppe no consigue moverse en la cama. Me acerco a él, le invito a orar conmigo y le doy la absolución. Llamo a los hermanos y hermanas y llegan enseguida.

Murió el viernes 27 de marzo de 1987 a causa de su nefritis. En la lápida de su tumba escribieron: *Dios es amor y yo soy su servidor para el pueblo que sufre.*

Su ejemplo de paciencia y humildad fue un modelo para muchos otros que siguieron la tarea por él comenzada. En la actualidad su proceso de beatificación está en marcha y esperamos que pronto lo veamos como un santo en los altares para gloria de su Congregación, de Italia y del mundo entero.

MARÍA SATOKO KITAHARA (1930-1958)

La vida de la sierva de Dios Isabel María Satoko Kitahara es una vida impresionante. Ha sido llamada la Schweitzer del Japón, comparándola con el gran médico alsaciano que dejó todas las comodidades de Europa y se fue a atender a los más pobres del África ecuatorial.

Después de la segunda guerra mundial, Tokio quedó totalmente destrozado por los bombardeos americanos. Miles y miles de personas quedaron sin hogar. Muchos estaban solos, pues sus familiares habían fallecido. Había muchos niños huérfanos por las calles. En distintos lugares de Tokio, a falta de trabajo, se agruparon algunas familias pobres para sobrevivir, vendiendo los desechos que encontraban entre la basura. Eran los traperos o recicladores. Solían salir al atardecer y pasaban parte de la noche rebuscando entre la basura cosas útiles con su pequeña carreta o con una gran cesta a la espalda. Vivían en casuchas bajo el puente o en pequeños parques; y llevaban una vida sin esperanza. Por eso, la mayoría de ellos eran borrachitos, drogadictos y ladrones. Hasta la policía se cuidaba de entrar en sus barrios.

El barrio de Arinomachi, llamado después la *Ciudad de las hormigas*, estaba, ubicado en un parque de Tokio en medio de casas destruidas. En el centro del parque había un espacio vacío, al que llamaban plaza, que en realidad era un estercolero donde se almacenaba lo que conseguían en la rebusca. Había latas de conserva vacías, cubos llenos de agujeros, sacos vacíos, montones de paja y de cristales rotos. En una palabra, era un lugar donde los pobres y pequeñas chozas de los habitantes estaban llenas de suciedad, de piojos y de tristeza.

Uno de los días, el hermano Zenón fue a visitar a Satoko a su casa, sabiendo que era católica. Le pidió que le ayudara a preparar a los niños del barrio para pasar una Feliz Navidad. Sería la primera Navidad que se celebraría en ese barrio. Ella aceptó de inmediato

a) NAVIDAD EN ARINOMACHI

Sobre el primer día que Satoko fue a Arinomachi a preparar a los niños para la Navidad nos refiere: Salí de casa a la una de la tarde, yendo al puente Kototoi. Un viento frío azotaba el río y cortaba mi cara. Mis emociones se mecían entre el entusiasmo y el miedo al acercarme a la puerta desvencijada de madera que daba entrada a un mundo completamente extraño. Entré en el parque y vi la “Ciudad de las hormigas” a la luz del día. Podía observar cuidadosamente las chozas desordenadas. Pude ver la “oficina” del jefe. Más tarde oí que había volado el techo del edificio principal cuando el tifón Kitty destruyó el almacén de maderas original ⁴².

Varios niños al verla como una señorita rica se habían ocultado. El jefe los llamó y comenzó la clase de canto. Los niños no tenían ni idea de la música. Ella les invitó a ir a su casa para poder cantar con el piano. En su casa estaban fascinados por las cosas que veían por primera vez en su vida. Poco a poco, su cariño les hizo cambiar de actitud y llegaron a quererla de verdad. Ella decía que eran *preciosos, preciosos*. Se sentía como una mamá con ellos y tomó la decisión de hacerles pasar una Navidad feliz.

El 24 de diciembre de 1950 era el espectáculo para el que Satoko los había preparado con canciones y otras representaciones. Iba a ser la primera celebración de Navidad en Arinomachi.

A las cinco de la tarde, una veintena de traperos con sacos al hombro marchaban en procesión por las calles, como si fueran los pastores de Belén. Abría el paso la cabra del jefe señor Osawa. La procesión fue directamente al pesebre de Jesús, que estaba en una pequeña cabaña con techo de paja. Allí, en la cabaña, hacía de Jesús un niño de unos días de nacido, hijo de Zen, el carpintero. A su lado, la esposa del jefe, arrodillada y cubierta con un velo blanco, representaba a María. Entonces el coro de niños empezó a cantar el villancico: *Levanta tus ojos, hombre que vives en la oscuridad. El sol de la mañana sale. El Mesías ha venido. Gloria a Dios en las alturas*. Alrededor estaban los niños con coronas de papel de plata, sus estrellitas y trajes blancos. Fray Zenón estaba entusiasmado. El trabajo de Satoko había sido extraordinario para organizar todo aquello. Después de rezar de rodillas y cantar villancicos, fueron a la plaza del barrio, donde Satoko había colocado unas mesas provisionales, llenas de mandarinas, galletas y muchos dulces. Los niños, como bandadas de ángeles, correteaban por todo aquel lugar, llenos de la alegría que les daba el cantar y las ricas viandas que podían comer. Satoko era como la mamá de todos, que a todos

⁴² Glynn Paul, *La sonrisa de Dios*, 2013, p. 90.

acogía amablemente y sonreía con alegría, acariciando a los niños y atendiendo especialmente a los ancianos del lugar.

De pronto se apagó la luz. Ella nos dice: *Un niño pequeño con cara triste me agarró con sus manos pequeñas y se aferró a mí con fuerza, llamándome sensei (maestra). Nadie me había llamado nada hasta entonces, pero ahora todos me llamaban maestra y trataban de arrimarse junto a mí. Estaba profundamente conmovida por este cambio de actitud. Había preparado una charla sobre Navidad para ellos, pero ahora al acurrucarse cerca, sentí que mi lección práctica no sería apropiada*⁴³.

Les pregunté si querían que les contase un cuento. Y dijeron que querían un cuento de fantasmas. Ella se lo inventó y les hizo reír, sintiéndose feliz. Fue una noche santa que la marcó para su trabajo futuro con los niños de Arinomachi. Al regresar a casa, su madre se dio cuenta de que tenía piojos, pero a ella no le importaba.

b) MARÍA DE ARINOMACHI

Satoko fue conocida en todo el Japón y en el extranjero con el nombre de María de Arinomachi a través de artículos o revistas o de libros escritos por Matsui, que era dramaturgo, profesor de danzas típicas japonesas y escritor. Escribió libros y artículos sobre ella, dándola a conocer. Él la molestaba diciendo, que ella, señorita rica, no podría hacer mucho por los vecinos del barrio, porque la miraban como superior por su vestimenta (normalmente vestía kimono) y por su categoría social y cultural.

A Satoko desde niña le gustaba ayudar a los niños pobres. Había hecho apostolado con los leprosos y con los traperos y vagabundos, acompañando al hermano Zenón, pero se planteó la cuestión de si, para hacer creíble su cristianismo, sería preciso vivir entre ellos y ser uno de ellos.

Ella nos dice: *Yo creía que con dar clases a los niños y ayudarles en algo ya era una buena cristiana, pero me di cuenta de que para ayudar verdaderamente a los niños de las barracas, era preciso ser yo también hija de los traperos. No había otra solución*⁴⁴.

⁴³ Glynn Paul, p. 93.

⁴⁴ Kitahara Kinshi, *Elisabetta Maria Kitahara Satoko nel Villaggio delle formiche*, Ed. Messaggero Padova, 1988. p. 74.

Uno de esos días Kyucian le anunció que era el último día de trapero en Arinomachi, porque al otro día sus padres iban a ir a vivir a otro lugar.

Ella dice: *Entonces tuve una idea. Corrí a mi casa y le expliqué a mi madre la situación. Hablé con mi hermana Choko y con su esposo, y se decidió dar a Kyucian todos los desechos útiles del negocio... Cuando se llenó su carrito no podía llevarlo por el peso. Me dijo: “Espéreme y voy a pedir ayuda a mi padre”. Pero le dije: “No, yo te ayudo”.*

Me puse a tirar del carrito. Era verdaderamente pesado y entre los dos apenas lo llevábamos muy despacio. A esa velocidad llegaríamos a Arinomachi al día siguiente. Felizmente nos ayudaron Moryocian y Yasukocian que regresaban de la escuela. Habían llegado en el momento justo... Y todos juntos comenzamos a cantar un canto de la iglesia. Cuando ya estábamos llegando a Arinomachi, otros niños se nos acercaron a ayudar. Las mamás de los niños vieron el espectáculo y se admiraron. Decían: “La maestra Kitahara empuja el carrito”⁴⁵.

Algunos días después, el profesor Matsui la llamó a su casa. Al llegar vio una casa de madera de dos pisos rematada con una gran cruz. El primer piso sería el comedor comunal y el segundo la capilla de Arinomachi. Escribió: “Me sentí fascinada ante la vista de la capilla y quedé un cierto momento en oración, agradeciendo a las santas almas del cielo que dan luz y esplendor a la humanidad pecadora”⁴⁶.

En un álbum escribió: *Cristo, que era rico, vino del cielo a la tierra para dar la vida por nosotros y eso mismo lo estoy haciendo*⁴⁷.

Solía decir: *Yo estoy enferma y, mientras los enfermos son infelices, yo en cambio, estando aquí en este barrio me siento felicísima*⁴⁸.

Refiere la Madre Ángeles Aguirre: *Me dijo en alguna oportunidad que deseaba fundar un Instituto religioso para vivir en comunidad y dedicarse a lo que ella hacía: dar la vida por los más pobres y abandonados*⁴⁹. Por su ejemplo y oraciones muchos se convirtieron.

⁴⁵ Ib. pp. 75-76.

⁴⁶ Ib. pp. 77-78.

⁴⁷ Documenti del Proceso de beatificación, Roma, 1997, p. 379.

⁴⁸ Documenti, p. 345.

⁴⁹ Documenti, p. 379.

El profesor Matsui se bautizó el 26 de octubre de 1952. Cuando en Arinomachi se recibió la noticia del bautismo del señor Matsui, unos diez de los vecinos del barrio anunciaron su intención de bautizarse.

c) MADRE DE TODOS

Satoko se sentía madre de todos los niños. Por eso pudo escribirle a su amiga Shizue, que estaba por dar a luz: *Es un verdadero gozo pasar el tiempo con estos pequeños. Mi corazón está repleto de una alegría especial por tu niño, porque yo también he llegado a conocer el gozo de la maternidad, gracias a mis niños de la “Ciudad de las hormigas”*⁵⁰.

Su padre decía: *Desde la escuela elemental amaba a los niños pobres y jugaba con ellos*⁵¹. Cuando llegó a Arinomachi, era maestra de los niños, les ayudaba en sus tareas y les enseñaba a rezar y cantar. Cuando estaba bien, salía a trabajar con ellos. Consiguieron 7.000 yenes y con ese dinero se fueron de excursión a Hakone.

Ella los animaba en todas sus actividades y les daba esperanza para poder superarse y ser hombres de provecho. Al principio muchos niños iban a la escuela, pero no perseveraban porque los otros compañeros se reían de ellos por ir sucios o no tener útiles escolares. Algunos de ellos robaban a sus compañeros los útiles. Y además iban llenos de piojos y eso les incomodaba a los demás.

Satoko, como una buena madre, los hacía estudiar, les compraba los útiles, los lavaba en su casa y les quitaba los piojos. De esa manera muchos pudieron terminar los estudios elementales. Y los animaba a continuar en la escuela media, aunque con frecuencia sus padres no les dejaban asistir, porque necesitaban su ayuda en el trabajo.

La salud de Satoko era demasiado débil y con frecuencia se debía quedar en cama, dedicándose solamente a rezar por todos. Y fue maravilloso cómo Dios bendijo al barrio por sus oraciones y su presencia maternal. Cuando estaba sana, iba a despedirlos a la hora en que salían a trabajar; y también le gustaba salir a recibirlos al regresar del trabajo. Era como su ángel. El ángel de la alegría, pues siempre estaba con la sonrisa en el rostro, alegrando a todos y animándolos a tener esperanza en un futuro mejor. Todos agradecían su limpia y hermosa sonrisa.

⁵⁰ Glynn Paul, p. 94.

⁵¹ Documenti, p. 311.

El padre Vallade afirma: *Cuando estaba sana, su jornada era como la de una trapera junto con sus niños. Cuando yo la conocí, estaba ya enferma y sólo trabajaba una o dos horas al día. Lo primero que hacía era ir a misa. Después ella preparaba para mí y para Matsui el desayuno y hablábamos una hora o una hora y media. Ella me compartía sus ideas... Tenía un gran amor a la Virgen y siempre tenía el rosario en la mano* ⁵².

Satoko llevaba una vida igual a la de los habitantes de Arinomachi y comía lo mismo, aunque decía que a ella le bastaba con la mitad que recibían los demás ⁵³.

Matsui Toru decía: *Nosotros, los responsables del barrio, nos dimos cuenta poco a poco que ella era indispensable para que el barrio fuera un centro de ejemplo para otros. Ella quería trabajar, no sólo por los pobres de Arinomachi, sino por todos los pobres del Japón, de Asia y de todo el mundo. Mi escrito sobre su vida hizo difundir la fama de Arinomachi* ⁵⁴.

La gran obra de Satoko fue haber dado a conocer a esta gente la dignidad del trabajo. Les dio el mensaje de que podían ganarse la vida y ser en la sociedad personas normales sin tener complejo de inferioridad ⁵⁵.

Cuando estaba enferma de tisis en su cuarto de 2 por 3 metros, les prohibía a los niños que la visitaran para no contagiarlos, pero ellos se hacían sentir de alguna manera y, cuando se peleaban entre ellos, a veces tenía que salir a la puerta de su cuarto para llamarles la atención; y ellos la respetaban y obedecían.

Cuando estaba sana, todos los días los reunía en la capilla para rezar el rosario. Los domingos iban las alumnas del colegio de las hermanas mercedarias a darles catequesis.

La ciudad de Tokio decidió hacer un reordenamiento urbanístico y había amenazado a los habitantes de Arinomachi que, si no salían pacíficamente les quemarían el barrio a la fuerza. Estaban en 1957 y el desalojo era inminente. Satoko encontró un terreno de 18.000 metros, pero debía pagar 25 millones de yenes. Esto se lo pedía todos los días al Señor. Felizmente hubo donaciones y consiguió parte del dinero para pagar esa deuda. El señor Matsui dio el dinero conseguido con sus publicaciones sobre la vida de Satoko: *Milagro en Arinomachi, María de Arinomachi, Kitahara Satoko; María de Arinomachi; y Zenón no tiene tiempo para morir*.

⁵² Documenti, p. 300.

⁵³ Sum (Sumario) del Proceso de beatificación, Roma, 1997, p. 177.

⁵⁴ Documenti, pp. 332-333.

⁵⁵ Documenti, p. 298.

La tarde de su muerte fue a visitarla un anciano no cristiano y lloró durante una hora sobre su ataúd, colocando allí unas monedas, quizás todo lo que tenía. Cuando murió vinieron de inmediato algunos cristianos de Asakusa. Su rostro estaba hermosísimo. Sus familiares, al ver su rostro con tanta belleza, se sintieron felices y maravillados. En la misa fúnebre celebrada en el centro del barrio de Arinomachi, estuvo presente el arzobispo de Tokio, Pedro Tarsuo Doi, en medio de los traperos. Su padre declaró: *Asistieron más de 3.000 personas provenientes de otras ciudades del Japón*. Las exequias fueron organizadas por la comunidad de Arinomachi y recibieron muchos telegramas de condolencia, incluso del alcalde de Tokio.

Después de su muerte, a ejemplo de la *Ciudad de las hormigas* de Arinomachi de Tokio, surgieron otros centros para traperos en otras 20 ciudades japonesas como Nagasaki, Osaka, Kobei, Nagoya, Kagoshima, Kumamoto y otras.

Ella fue una mártir japonesa del siglo XX, ya que ofreció a Dios su vida por los demás y, concretamente, por los habitantes del barrio de Arinomachi. Ella fue la principal autora del cambio de muchos de sus habitantes. Cuando ella llegó, la mayoría eran delincuentes, ladrones y borrachos. Pero, poco a poco, fue educando a los niños, les hablaba de Dios, les hacía rezar, los hacía estudiar y los fue transformando en hombres de bien. Sus padres estaban encantados con ella, porque era como una madre cariñosa que, no sólo les daba clases y les enseñaba a cantar o hacer teatro, sino también les enseñaba el catecismo y muchos de ellos se bautizaron, cambiando sus vidas.

Su presencia permanente en el barrio, viviendo como ellos y comiendo lo que servían en el comedor comunal, la hacía admirable, a pesar de sus frecuentes enfermedades.

Todos sus sufrimientos los ofrecía a Dios como una víctima de amor por los más pobres que la rodeaban y quería que sus oraciones llegaran a todos ellos y así ser madre de los más pobres del mundo entero. Murió a los 28 años como una santa. Su Proceso de beatificación está en marcha.

MARCELO CANDIA (1916-1983)

Su padre era químico y producía anhídrido carbónico. Él consigue el doctorado en química y en 1946 se hace cargo del negocio de su padre y funda en Milán la Asociación de laicos para la ayuda a las Misiones. En 1957 visita por primera vez Macapá en la Amazonia brasileña y decide irse allí a vivir para

ayudar a los pobres, enfermos y leprosos. En 1958 funda en Milán el Colegio internacional para acoger estudiantes provenientes de tierras de Misión. En 1961 comienza a construir en Macapá (Brasil) un hospital y allí se traslada definitivamente en 1965. En 1967 construye un leprosorio en Marituba. En 1970 dota al hospital de Macapá de servicio de Obstetricia, pediatría, cirugía, farmacia y cinco ambulatorios con laboratorio de análisis clínicos, escuela de enfermería... En 1975 cede el hospital de Macapá a los padres Camilos, aceptando el título de presidente honorario.

En Macapá y en Belo Horizonte construyó dos conventos para carmelitas descalzas, cuyas religiosas atenderán algunas horas a los enfermos del hospital. En 1982 instituye la Fundación doctor Marcelo Candía. Al final de su vida le vino un cáncer al hígado que lo hizo volver a Italia y en un mes el Señor se lo llevó. Murió en 1983 y en 1991 comenzó su proceso de beatificación. Esperamos que pronto lo podamos ver en los altares como un verdadero santo canonizado.

Entre sus obras sociales está un nido para 250 niños pobres de unos seis años. Procuró encontrar trabajo para los adolescentes de la calle. Buscó medicinas para que no les faltaran en los hospitales a los enfermos. Distribuyó alimentos a familias pobres. En estas obras la ayuda de las religiosas fue fundamental y, por eso, manifestó: *Sin la ayuda de las religiosas los resultados de mi trabajo serían muy escasos. Si puedo hacer algo, lo debo al trabajo de otros y con esto el Señor me enseña a ser humilde.*

Decía: *El hambre, la enfermedad y la marginación son males terribles, lo mismo que el analfabetismo. Aquí, junto al río Amazonas, la mayor parte de los enfermos son niños. En los niños, las enfermedades se desarrollan en forma grave por el mucho calor, la humedad, la falta de higiene y por la desnutrición.*

Construyó una granja para que trabajaran en ella los niños de la calle y los de la Casa de hospitalidad. La Casa de hospitalidad la construyó pensando en los jóvenes discapacitados o abandonados. Una de las plagas de Brasil y de otros países del tercer mundo es el trabajo de menores, aparte de los jóvenes de la noche, que viven sin familia y buscan por caminos peligrosos cómo sobrevivir.

Nos dice: *Mi madre me enseñó desde niño a amar a los pobres y servirles.* Fundó un Centro social con escuelas para modistas y para aprender dactilografía. Fundó centros para la detección de enfermedades y para saber preparar zapatos ortopédicos para los leprosos; y también escuelas elementales con comida gratis.

Amaba mucho a los leprosos y les ofrecía su amistad. Decía que la lepra humilla y margina de la sociedad de un modo doloroso. Cuando el Papa Juan Pablo II visitó el leprosorio de Marituba con 700 leprosos, la alegría de ellos fue

indescriptible. Uno de ellos, Adalucio, sin manos, sin piernas y sin nariz, desde su silla de ruedas se hizo el intérprete de todos los leprosos y nombró al Papa como su vocero ante el mundo y ante los gobernantes de la Tierra.

En Porto Velho construyó un nido para 600 niños y una escuela elemental para 500 hijos de leprosos, escuela de artesanos para aprender un trabajo; un pequeño leprosario para 100 leprosos y un pequeño hospital para atender a los leprosos y a los enfermos de otras enfermedades. Él refiere: *No puedo expresar la alegría que siento cuando veo a los enfermos de mis hospitales ya curados y acogidos con amor, restituidos a sus familias. Ahora estoy entendiendo lo que dice Jesús: “Lo que hacéis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hacéis”.*

En una favela de Borel, en Río de Janeiro, construyó ambulatorios y consultorios médicos para los pobres, con un asilo para los niños de la calle y escuelas para artesanos. Él dijo: *He construido y organizado y ayudado mucho a los pobres, pero ahora el Señor me ha dado la cosa más elevada, el sufrimiento. El amor más grande que el Señor me ha manifestado ha sido, dándome el sufrimiento para asemejarme a él y entregarme a él de todo corazón. Jesús me hizo comprender que no es suficiente trabajar por el reino de Dios, que no es suficiente rezar. Más importante es aceptar con humildad y disponibilidad todo lo que él nos envíe. Solo en el sufrimiento podemos comprender plenamente el amor de Dios. Esta ha sido la experiencia más bella que he recibido. Por eso, os digo: “No rechacéis el dolor, que no podéis superar y que los médicos no pueden curar. Ofrecedlo al Señor. Vuestro sufrimiento tiene un gran poder de salvación para la humanidad., No lo despreciéis”.*

Murió de cáncer de hígado en 1983, ofreciendo su vida y sus obras por amor a Dios y a los demás.

MADRE TERESA DE CALCUTA (1910-1997)

A la Madre Teresa de Calcuta se le ha llamado la Madre de los pobres, madre universal y madre del mundo entero.

Cuando el 21 de diciembre de 1948 salió de su Comunidad para ir a trabajar con los más pobres de los pobres salió vestida con un sencillo sari y así vistió hasta su muerte en 1997.

Organizó un grupo de colaboradores en el mundo entero de distintas religiones. Al principio se llamaban *Amigos de la Madre Teresa*, después prefirió el nombre de *Colaboradores de la Madre Teresa*. Una empresa suiza le envió

800.000 cápsulas de *Lampren* para los leprosos. Otros le enviaron en una semana cinco mil toneladas de comida procesada para los pobres de Etiopía y Tanzania. En 1979 le enviaron un millón de tabletas de *Dapsone* para los leprosos y 2.194 cajas de víveres.

En 1981 formó una rama de colaboradores jóvenes. En 1984 formó un *Movimiento de misioneros laicos de la Caridad*. En 1990 los colaboradores eran más de tres millones en el mundo entero. También organizó la rama de enfermos y colaboradores sufrientes para que apoyaran sus obras sociales con su oración y el ofrecimiento de sus sufrimientos y enfermedades. También organizó una hermandad espiritual a nivel internacional. Fundó los hermanos misioneros de la Caridad el 25 de marzo de 1963. A los hermanos de la Palabra, rama masculina, en 1977. La rama contemplativa de su Congregación fue reconocida oficialmente el 25 de junio de 1976. Los hermanos contemplativos misioneros de la Caridad en 1979. Los padres (sacerdotes) misioneros de la Caridad fueron fundados el 13 de octubre de 1984 en Nueva York.

Ella nos dice sobre sus experiencias con los más pobres: *El 21 de diciembre de 1948 salí de mi Congregación. Tomé a Verónica Gomes y fuimos a visitar a una familia católica. Había niños por todas partes. ¡Qué suciedad y qué miseria! ¡Qué pobreza y qué sufrimiento! Hablé muy poco, sólo lavé algunas heridas, puse vendajes y di medicinas a algunos. Al anciano tendido en la calle, rechazado, totalmente solo, simplemente enfermo y moribundo, le di carbarsone y agua para beber y el anciano estaba extrañamente agradecido... Luego fuimos al bazar de Taltala, y allí había una mujer muy pobre, muriendo de hambre, más que de tuberculosis. ¡Qué pobreza! ¡Qué sufrimiento real! Le di algo que la ayudara a dormir, pero esta mujer anhelaba tener algún cuidado. Me pregunto cuánto tiempo durará, tenía sólo 35.5 °C en ese momento. Pidió varias veces la confesión y la sagrada comunión. Sentí allí también mi propia pobreza, ya que no tenía nada que dar a esa pobre mujer. Hice todo lo que pude, pero, si hubiera podido darle una taza de leche caliente o algo así, su cuerpo frío habría recibido un poco de vida. Debo intentar estar en algún sitio cerca de la gente donde pueda acceder con facilidad a las cosas*⁵⁶.

Unos días después, el 24 de enero de 1949, escribió en su Diario, respondiendo a algunas críticas: *Creo que algunos se preguntan qué interés hay en trabajar entre los que están en lo más bajo. El Reino se debe predicar a todos. Si los ricos hindúes y musulmanes pueden tener todo el servicio y toda la dedicación de tantas religiosas y sacerdotes, seguro que los más pobres de entre los pobres y los que están en lo más bajo pueden tener el amor y dedicación de*

⁵⁶ Testimonio de los primeros días, escrito del 21 al 23 de diciembre de 1948.

nuestro pequeño grupo. Me llaman la “hermana de los barrios miserables”, y estoy contenta de ser precisamente eso por amor a Jesús y por su gloria ⁵⁷.

Ella comenzó a trabajar en el barrio de Moti Jhil, un barrio muy pobre. El padre Henry dice: *Al día siguiente, visitando el barrio, oí una voz que repetía las primeras letras del alfabeto bengalí. Miré a través de una ventana en un piso bajo y vi que era la Madre Teresa, enseñando a leer a un grupo de niños. No había mesas ni sillas ni pizarra. La Madre dibujaba las letras con un palo en el suelo de tierra. Tras enseñar a los niños, la Madre visitaba a los barrenderos y basureros en el edificio de su Consorcio para interesarse por sus familiares enfermos y por sus hijos. Por la noche dormía en el Hogar de San José de las hermanitas de los pobres... Un día me dijo: “Les enseño a los niños las primeras letras y también a lavarse y peinarse. Les premio con un pedazo de jabón como recompensa a su atención, limpieza y asiduidad. También les doy leche al mediodía* ⁵⁸.

Quiso alquilar una casa deshabitada para tener un lugar estable para vivir y recibir vocaciones, pero al ir a alquilarla, se vino el techo abajo. Al fin se decidió a pedirle a un buen católico, Miguel Gomes, que le alquilara una parte de su casa, pero él la recibió gratis.

Miguel Gomes pertenecía a la Legión de María. Edward Le Joly, que había sido su compañero de trabajo en la Legión de María, le pidió que le contara lo que sabía de los primeros tiempos de la Madre Teresa. Le comentó así: *La Madre ocupaba el segundo piso de nuestra casa. Desde la planta baja la escalera conducía directamente a la habitación que las hermanas convirtieron en capilla. El altar y los candelabros de madera, así como los elementos decorativos, los había hecho el padre Henry con ayuda de sus muchachos. Sobre el altar colgaba un cuadro del Inmaculado Corazón de María, que le había regalado el padre Exem, y que ahora está en la capilla de la Casa Madre* ⁵⁹.

La Madre tenía sólo treinta y cinco años cuando comenzó. Resulta extraño, porque desde 1948 no parece haber cambiado. Siempre parece la misma, un poco más vieja tal vez, en ocasiones preocupada...

Su primer trabajo auténtico fue el de enseñar. Por eso comenzó con una escuela. Según las reglas de su Congregación, nunca van solas, sino que siempre van de dos en dos. Al principio, cuando era ella sola, la Madre solía llevar consigo a mi hija y a mi sobrina. Salía a las ocho de la mañana y volvía a

⁵⁷ Diario del 24 de enero de 1949.

⁵⁸ Le Joly Edward, *La Madre Teresa, su vida y su obra*, Ed. Palabra, Madrid, 1999, pp. 30-31.

⁵⁹ Ib. p. 34.

almorzar entre las doce y la una. Un día se retrasó mucho y, naturalmente, mi mujer se alarmó. Cuando regresó con las niñas, la Madre venía empapada hasta los huesos, pero lo primero que dijo a mi mujer fue: “Lo siento, las niñas se han mojado”. Cuando mi mujer indicó a la Madre que ella estaba aún más mojada, ésta hizo ver que no era nada en comparación con lo que habían visto aquella mañana en un suburbio que habían visitado. En una casucha en ruinas habían encontrado a una mujer con un niño en brazos que tenía una fiebre atroz. La mujer estaba de pie con el agua hasta más arriba de las rodillas, sosteniendo una palangana rota de porcelana sobre la cabeza del niño.

Se hallaba en aquella situación porque no había podido pagar dos meses del alquiler, exactamente ocho rupias (un dólar, aproximadamente). A pesar de la lluvia, el propietario había enviado a sus hombres a echar abajo el tejado y a obligar a salir a la mujer. “El niño tenía una temperatura de cuarenta grados, dijo la Madre, tengo que volver en seguida y ver qué es lo que puedo hacer. Imagínese, por ocho miserables rupias ese niño está muriendo bajo la lluvia, y las pocas cosas que poseen están cubiertas por el agua”.

En otra ocasión, las hermanas me trajeron a un niño. Dijeron que tenía dolor de estómago porque había ingerido desperdicios. Así que hice sentar al niño y le pregunté qué era lo que había comido aquella mañana. Nada. ¿Y la noche pasada? Nada. ¿Y en todo el día anterior? Nada. El dolor era de hambre.

Creo que lo único que hace que la Madre siga adelante es su estricta autodisciplina y, naturalmente, su enorme fe. Tiene una fe tremenda. Sigue alentando y trabajando con un objetivo. Pero cuando no lo consigue, es totalmente feliz, de todos modos. Dice: “No importa, es la voluntad de Dios”. Así es ella... Ha sido muy criticada. Se le ha reprochado el que no responda a las cartas, o el que no exprese inmediatamente su agradecimiento por los donativos que recibe. Se dice que no posee el sentido de los negocios. Pero lo que yo digo es que está sola. Que tiene que hacerlo todo por sí misma. Que tiene que trabajar durante todo el día y quedarse por la noche escribiendo. ¿Cómo puede hacerlo?...

Recuerdo que una tarde estábamos sentados esperando a que regresara la Madre. Había ido a recoger un envío de alimentos. De pronto la vimos que venía por el callejón, subida encima de un camión cargado con sacos de harina. Allí estaba ella sentada, meditando y rezando sus oraciones. Cuando le pregunté por qué se molestaba ella en ir personalmente a hacer trabajos de aquel tipo, me dijo que si ella no lo hacía, la mayor parte de las cosas le serían robadas. Si enviara a las hermanas, tendrían que ir varias veces. Pero con ella las autoridades se portaban muy bien. Y tiene una importante parte de razón. Se roban muchas cosas mientras se cumplen los trámites. Ella me contó que en una ocasión,

cuando le llegaron nueve ambulancias de Inglaterra y acudió, junto con el Alto Comisario de la delegación inglesa a recogerlas, descubrieron que faltaban los juegos de herramientas de cinco de las ambulancias. Adviertan que la Madre sale a las ocho de la mañana y vuelve a las cuatro o cinco de la tarde sin llevar siquiera una gota de agua.

A veces se la ha tenido que obligar a meterse en cama. Hace unos tres años se la obligó, de hecho, a ingresar en una clínica de reposo. Estuvo a punto de sufrir un colapso y las hermanas se asustaron enormemente. Estaba físicamente agotada y solo la mantenía en pie su tremenda fe. En una ocasión se rompió una pierna, en Darjeeling, y la señora Gandhi, la Primer Ministro, fue a visitarla. Ella es muy buena amiga de la Madre y de las misioneras de la Caridad. En Delhi, la Primer Ministro solía telefonear a la Casa que allí tienen las hermanas y decía a la Superiora que mandara a buscar un montón de hortalizas que tenía en su propia huerta, si es que le podían ser de utilidad; otras veces se las enviaba ella misma ⁶⁰.

a) EL NIRMAL HRIDAY

Nirmal Hriday en bengalí significa Corazón puro. Era la Casa Hogar para los moribundos que recogían de las calles de Calcuta. La Madre Teresa, desde el primer momento en que salió a las calles después de su exclaustración, pensó en atender de modo especial a los moribundos. En el pobrísimo barrio de Moti Jhil intentó hacer algo en una habitación que había alquilado de tres por tres metros, por cinco rupias al mes. Allí acomodó a tres moribundos en el suelo. Pero una noche uno de ellos murió y los otros dos huyeron.

Sin embargo, Dios quería esa obra. Ella nos dice cómo comenzó: *Un día encontré a un hombre moribundo entre los escombros, no lejos del hospital Campbell. Fui a rogar que lo acogiesen en el hospital. Fue en vano. No había sitio para él. Fuimos a la farmacia a buscar medicamentos, pero, cuando volvimos, estaba ya muerto. Estaba muy triste y conmovida. En aquel momento dije: “Tienen más cuidado de los perros y gatos que de los seres humanos”. Después fui a protestar a las autoridades comunales y al hospital. Les dije a las autoridades: “Si no cuidan o no quieren cuidar a esta gente que muere en las calles, entonces denme un lugar donde yo pueda instalarlos y darles cuidados. Así fue como le ofrecieron en el barrio de Kalighat, junto al templo de la diosa*

⁶⁰ Doig Desmond, *Madre Teresa de Calcuta, Su gente y su obra*, Ed. Sal Terrae, Santander, 1976, pp. 75-80.

Kali ⁶¹, un edificio destinado para descanso de los peregrinos del templo. La Madre aceptó y comenzó a trabajar.

Miguel Gomes declaró: *Desde el principio, la Madre Teresa comenzó a atender a los pobres que agonizaban en la mismísima calle, que es donde ella los encontraba. No había adónde llevarlos. Ella me preguntó, si yo sabía de alguien que pudiera darle medicinas... Yo sabía de alguien que podría darle medicinas, pero nunca lo había visto personalmente. Sólo habíamos hablado alguna vez por teléfono. Fuimos a verle. Cuando oyó que deseábamos que nos diera las medicinas gratis, pegó un brinco en su asiento. Hizo una lista y dijo que intentaría conseguirlo todo con un buen descuento. Nos mandó volver en un par de días. Cuando volvimos, nos entregó cinco paquetes de medicinas, todo lo que le habíamos pedido y aún más. Y le dijo a la Madre que no tenía que pagar absolutamente nada.*

Aquel mismo día vimos morir a un hombre en la calle, totalmente solo y empapado por la lluvia. La Madre se emocionó enormemente y determinó con toda su alma que debía abrir un hogar para los pobres moribundos. En dos meses se las arregló para conseguir un lugar, pared con pared con el famoso templo de Kali. Se trataba de un refugio para los peregrinos, especialmente para los que acudían de fuera de Calcuta. Un rico comerciante les proporcionaba la comida e incluso la ropa. Pero se había convertido en una guarida de jugadores, drogadictos y gente de mal vivir.

Durante unos cuantos meses, después de haberse hecho cargo del lugar, la Madre pasó muchas dificultades. Menudearon las críticas y las amenazas, y eran frecuentes los apedreamientos.

Los más jóvenes de los que anteriormente frecuentaban el lugar acudieron al comité local del Congreso y se quejaron de que una mujer extranjera estuviera convirtiendo a los pobres al cristianismo. Fueron también ante el comisario de policía y exigieron que fuera expulsada. El comisario les dio su palabra, pero dijo que primero tenía que verlo por sí mismo. Cuando fue allá, la Madre estaba atendiendo a un enfermo de cáncer o algo parecido y se ocupaba en aplicar permanganato potásico sobre sus llagas, de las que salían

⁶¹ La diosa Kali, completamente negra, lleva al cuello un collar con veinte calaveras. Su aspecto es aterrador con su lengua roja inmensa. Kali acabó con sus enemigos y por error mató a su propio marido. En un acceso de ira mató a un horrible demonio y se bebió su sangre. Es la gran destructora, pero también la protectora que preserva de todo mal. Para aumentar su eficacia, dispone de cuatro brazos. La noche de la fiesta de Kali los sadhus, hombres santos, se reúnen junto con los iniciados en torno a las hogueras. Esa noche se ofrece un sacrificio a la diosa, empleando como altar el cuerpo de una joven. Esa noche se olvidan todas las leyes de casta referidas a alimentos, bebidas o relaciones sexuales. Es una ocasión en la que se da rienda suelta y se permite: la carne, el pescado, el licor, el sexo y las drogas.

gusanos. El hedor era insoportable. Sólo Dios sabe cómo las hermanas pueden tolerarlo. Entonces la Madre, a pesar de estar tan ocupada, supo que aquel hombre había llegado con algún propósito. Si deseaba examinar aquello, ella le acompañaría. Él dijo que no, que prefería ver las cosas por sí mismo. Y así lo hizo. Entre tanto, había llegado un grupo de muchachos que rodeaba a la Madre mientras ésta trabajaba. Cuando los vio el comisario de policía, les dijo: “He dado mi palabra de que expulsaría a esta señora, y la pienso cumplir. Pero, antes de hacerlo, habéis de conseguir que vuestras madres y vuestras hermanas vengan a hacer el trabajo que ella está haciendo. Sólo entonces ejerceré mi autoridad”. Todos quedaron estupefactos. Después añadió el comisario: “Al otro lado de este local hay una imagen de piedra negra de la diosa Kali. Aquí está la misma Kali en persona”.

Después, aunque el comisario de policía hizo todo lo que pudo por proteger a la Madre, siguieron llegando las amenazas y las pedradas.

Un día la Madre observó la presencia de una muchedumbre en el exterior del templo de Kali y, en medio de ellos, había un hombre que agonizaba envuelto en excrementos. Nadie se atrevía a tocarlo, porque tenía el cólera. La Madre se acercó, lo recogió y lo llevó al Hogar, donde lo atendió y cuidó de él. Algún tiempo después murió, pero tuvo una muerte dichosa. Había sido sacerdote en el templo de Kali. Después de este episodio, no volvieron a producirse disturbios. Y ha habido muchos casos parecidos.

Había un hombre que trabajaba en los muelles, al que le cayó encima un enorme fardo en una ocasión en que vigilaba una operación de descarga y se partió la cadena de la grúa. No murió. Se envió una ambulancia por él y fue rápidamente llevado al hospital, donde un médico ordenó a los camilleros de la ambulancia que dejaran la camilla encima de la cama. Ellos se opusieron, diciendo que era su camilla y que debían llevársela. Cuando el médico explicó que aquel hombre no podía ser movido en absoluto, que había sufrido un golpe tremendo, los camilleros comenzaron a discutir y se negaron a hacer caso al médico. Entonces aquel hombre comenzó, literalmente, a caminar. Se levantó y comenzó a marcharse. Estaba medio muerto, pero no dejaba de gritar, dar alaridos y proferir insultos. No podían dominarlo, de modo que fueron a buscar a su padre para que tratara de calmarlo. Pero no resultó.

Ya desde un principio, la Madre solía enviar a sus hermanas a visitar los hospitales. Resultó que se encontraban allí cerca dos hermanas y vieron el incidente. Cuando él las vio, comenzó a insultarlas en bengalí. Ellas le entendían perfectamente, pero acudieron a ayudarlo y consiguieron que se quedara tumbado.

Cuando volvieron a visitarlo, la gangrena se había apoderado de él. En cuanto vio a las hermanas, comenzó a gritar. “Las enfermeras no se me acercan. Se tapan la nariz y la boca y escapan. Nadie se me acerca. Nadie. ¿Por qué me atendéis vosotras sin taparos la nariz? ¿Es que no tenéis olfato?”. Las hermanas le respondieron: “Tenemos olfato, pero pensamos en lo que estás sufriendo. Lo que tú estás padeciendo debe de ser una agonía atroz. En comparación con ello, el hedor no tiene importancia alguna. No cuenta”.

El hombre se conmovió ante la compasión de las hermanas y les preguntó si él podría ir a su hospital. Cuando las hermanas le dijeron que no poseían hospital alguno, sino simplemente un lugar para los pobres moribundos, él les dijo que le gustaría ir allí. Que sería feliz si pudiera morir allí. De modo que lo trasladaron a Kalighat y lo acompañó su padre. A la mañana siguiente, la Madre Teresa encontró al anciano llorando. Ella le preguntó qué le sucedía, si alguien lo había tratado mal. Él respondió que no; se trataba únicamente de que su hijo había estado gritando e insultando durante los últimos días y, de pronto, se había quedado tranquilo. “Creo que ha llegado el final, por eso estoy llorando”⁶².

El Nirmal Hriday se inauguró en 1952 el 22 de agosto, fiesta del Inmaculado Corazón de María, a quien se consagró esta Casa Hogar. Al poco tiempo ya tenía 200 pacientes. Algunos llamaban a la Casa, Kaligat, por referencia al templo de la diosa Kali.

Al principio las hermanas cargaban sobre sus hombros o llevaban en un carrito a los moribundos que encontraban por la calle. En 1962 la Madre Teresa fundó la rama masculina de los Misioneros de la Caridad y hoy se dedican a este trabajo.

La Madre Teresa contaba que una vez un hombre había visitado la Casa del moribundo sin decir una palabra. Pasó entre las filas de enfermos y, cuando se iba, le dijo a una hermana: *Yo no creía en Dios, pero ahora creo que Dios existe, porque solo un Dios puede hacer que las hermanas den tanta alegría y tanto amor en este ambiente.*

Otro caso parecido fue el de tres musulmanes que la Madre Teresa había llevado a visitar la Casa de los moribundos. Mientras pasaban entre las filas de los enfermos, se dio cuenta de que uno de ellos se había quedado atrás y volvió para que se acercara. Vio que tenía los ojos llenos de lágrimas y él le dijo: *Madre*

⁶² Doig Desmond, *Madre Teresa de Calcuta, su obra y su gente*, Ed. Sal Terrae, Santander, 1976, pp. 75-78.

Teresa, toda la vida he pensado que Jesús era un profeta, pero hoy sé que es Dios, porque sólo Dios puede dar tanta alegría, curando al prójimo ⁶³.

En otra ocasión, encontró en la calle a una mujer moribunda, que le preguntó:

- *¿Por qué haces esto?*
- *Porque te quiero mucho, porque Dios te ama.*
- *Dímelo una vez más, porque es la primera vez en mi vida que oigo esas palabras.*

Murió feliz y pasó en paz a la eternidad... En Nirmal Hriday nadie muere deprimido, desesperado, alienado, sin tener alguna persona cerca, sin comida y sin amor ⁶⁴.

Lush Gjergji declaró: *La Madre Teresa en el año 1986 me dijo: “La Casa del Corazón puro es para muchos el purgatorio, el pasaje hacia la Casa del Padre. Hasta ahora han pasado más de 60.000 hombres y mujeres. Cerca de 30.000 han muerto allí en paz y otros se han curado. He aquí un ejemplo típico: un día encontré a un hombre en una alcantarilla; todo su cuerpo era una gran llaga. Los ratones se lo habían medio comido. Lo llevé a nuestra casa para los moribundos. ¿Sabes lo que me dijo aquel hombre? Me dijo: “He vivido todos estos años como un animal, ahora muero como un ángel”. No podré olvidar nunca sus palabras, pero sobre todo, su rostro tranquilo y sonriente. Tres horas después murió, realmente como un ángel* ⁶⁵.

Malcolm Muggeridge dio el siguiente testimonio: *La Madre Teresa es una conversión viviente: resulta imposible estar a su lado, oírla, ver lo que hace y cómo lo hace, sin sentirse convertido en alguna medida... Su sencilla presentación del Evangelio y su alegría al recibir los sacramentos, atraen irresistiblemente a quien tiene ocasión de estar cerca de ella. Ningún libro de los que he leído, ningún discurso, ninguna ceremonia, ninguna relación humana o experiencia transcendental me han acercado tanto a Cristo ni me ha hecho tan consciente de lo que la Encarnación significa para nosotros... Cuando junto a la Madre Teresa rodábamos la película “Algo bello para Dios”, lo hacíamos en el Hogar para moribundos, que anteriormente había sido un templo hindú y estaba muy pobremente iluminado. Nuestro cameraman Ken McMillan aseguraba que sería inútil tratar de rodar allí. No obstante, lo persuadí de que lo intentara e hiciera algunas tomas, justificándose con la utilización de un material de*

⁶³ Maasburg Leo, *Madre Teresa*, Ed. San Paolo, 2010, p. 218.

⁶⁴ Gjergji Lush, *La Madre Teresa de Calcuta. Primera biografía completa*, Ed. Encuentro, Madrid, 1988, p. 162.

⁶⁵ *Ib.* p. 161.

repuesto que, de ordinario, no se iba a utilizar. Cuando la película fue revelada, aquellas tomas aparecieron bañadas con una maravillosa luz suave, que, según el propio McMillan, no podía ser descrita en términos terrenales. Y, sin embargo, allí está en la película y en las fotos fijas tomadas. Para mí la explicación de todo esto es clara. Sin duda ninguna, la felicidad, expresión de amor, es luminosa y eso es lo que se pretende manifestar con los halos que figuran en torno a las cabezas de los santos en las representaciones de la Edad Media.

La cámara había captado esta luminosidad sin la cual, la película no se habría impresionado, como el propio Ken McMillan comprobó, cuando usó el mismo material en circunstancias semejantes sin conseguir impresionarlo ⁶⁶.

El Papa Juan Pablo II visitó el Hogar de los moribundos de Calcuta el 3 de febrero de 1986.

b) SHISHU BAVAN

La Madre Teresa desde el principio empezó a dar clase a los niños en el barrio pobrísimo de Moti Jhil. Pero pronto se dio cuenta que había muchos niños abandonados por las calles y, para ellos, fundó el Niramala Shishu Bavan (Casa del niño abandonado) en 1955.

Los niños huérfanos de Shishu Bhavan eran recogidos de las calles, a veces de cubos de basura o los encontraban tirados en el suelo en los andenes de las estaciones. Casi todos tenían una desnutrición aguda o estaban tuberculosos, pero todos necesitaban amor. En ocasiones, eran los propios padres quienes, en un acto desesperado, los dejaban en manos de las misioneras. Otras veces era la policía o asistentes sociales quienes se los llevaban. Eran niños escuálidos, con barrigas prominentes y prematuramente envejecidos. Algunos eran lisiados. Muchos de estos niños sobrevivían y, según crecían, aprendían un oficio para poder defenderse en la vida antes de casarse. Otros eran dados en adopción: los hindúes, a padres hindúes; los cristianos, a padres cristianos.

En los primeros tiempos, cuando existía ya el Shishu Bavan, la Madre Teresa visitaba a los niños todos los días. Iba pasando de niño en niño y, cuando veía a alguno tan débil y enfermo que podía morir ese día, lo envolvía en una manta o lo ponía en brazos de una voluntaria para que le ofreciese todo su amor hasta que muriese. Una de aquellas voluntarias tuvo un niño en brazos durante varias horas, susurrándole una canción de cuna hasta que murió. Más de treinta

⁶⁶ Muggeridge Malcolm, *Conversión*, Ed. Rialp, Madrid, 1991, p. 14.

años después, el recuerdo de aquel niño, aferrado a su cuerpo, lo tenía muy grabado en la memoria ⁶⁷.

Una vez encontró un niño muriéndose, lo tomó y estrechó junto a su corazón con mucho amor y dijo: *Miren, este niño todavía tiene un soplo de vida. Ningún hombre del mundo tiene derecho a quitar la vida a nadie, porque es un don de Dios* ⁶⁸.

La Madre Teresa contaba la historia de un niño que había sido recogido de la calle y que habían llevado al centro de Shishu Bavan. Las hermanas lo bañaron, le dieron ropa limpia, lo alimentaron y se ocuparon de sus necesidades, pero el niño se escapó. Al día siguiente, alguien volvió a llevarlo a la casa, pero se volvió a escapar. La Madre Teresa mandó a alguien que lo siguiera. Cuando el niño escapó por tercera vez, corrió a cobijarse debajo de un árbol. Allí estaba su madre. La mujer había puesto dos piedras debajo de una pequeña vasija de barro. Estaba cocinando algo que había recogido de un cubo de basura. La hermana preguntó al niño: *¿Por qué escapas de casa?* Y él respondió: *Mi casa está donde está mi madre.* Como su madre estaba debajo del árbol, su casa estaba allí. Su madre lo abrazaba y lo quería ⁶⁹.

La hermana Agnes refirió: *Tuvimos un muchacho cuyos padres habían muerto y su abuela era muy anciana. La abuela vino a ver a la Madre y le dijo que, como ella moriría en cualquier momento, deseaba que la Madre se hiciera cargo del muchacho. De modo que lo acogimos en Shishu Bhavan. Acabó sus estudios en la escuela y siguió estudiando durante algún tiempo; por entonces vivía con los hermanos (misioneros de la Caridad) en Howrah. Cuando era pequeño, siempre que la Madre le preguntaba qué iba a ser cuando fuera mayor, solía responder: “Me haré Madre Teresa”. De manera que la Madre lo llevó al seminario y se hizo sacerdote.*

Muchos de los niños que han estado aquí están hoy felizmente casados. Hubo un muchacho, Sukomal, a quien encontró un día la Madre sentado bajo un árbol. Había perdido a sus padres y vivía con su tío y su tía, que le hacían trabajar, trabajar y trabajar, sin alimentarlo suficientemente. De modo que huyó y, cuando lo encontró la Madre, se dedicaba a mendigar y robar. La Madre lo trajo a Shishu Bhavan. Estudió, acudió a la escuela de artes y oficios y ahora está trabajando. La Madre no quería que se casara tan pronto, pero hay en estos huérfanos tanta tristeza y tanta soledad que no se les puede culpar de que deseen tener a alguien. Cuando la Madre le preguntó por qué tenía tanta prisa por

⁶⁷ Spink Kathryn, *Madre Teresa*, Ed. Plaza & Janes, Barcelona, 1997, p. 173.

⁶⁸ Gjergji Lush, o.c., p. 155.

⁶⁹ Spink Kathryn, o.c., p. 330.

casarse, respondió: ¿Cuánto tiempo puedo seguir así? No tengo a nadie a quien poder llamar mío”. Así que fuimos dos de nosotras a la aldea de Sukomal para asistir a su boda, porque tenía que tener a alguien de su familia que le acompañara. Yo le compré sus ropas y le di todo lo que necesitaba su mujer. La Madre también le compró un pedazo de tierra donde ahora está construyendo su casa. Mientras tanto, viven con los padres de la muchacha.

Tuvimos también a una chica llamada Sadhana. Su madre murió cuando ella era aún muy joven, y su padre volvió a casarse. Su madrastra, que no la quería, se dedicaba a reñirle y a golpearla. Un día le oyó decir a su padre que tenía que elegir entre ella y Sadhana. Poco después su padre, con el pretexto de llevarla de compras, llevó a Sadhana a la estación de ferrocarril y la abandonó allí. Ella estuvo día y noche en la estación, aterrorizada y llorando, esperando que volviera a buscarla, pero su padre no volvió.

La trajimos a Shishu Bhavan y, cuando fue lo bastante mayor, la dimos en matrimonio a un simpático joven. Como dote, la Madre le dio un pequeño terreno y una casita. Ahora son muy felices y tienen cuatro o cinco niños. Desgraciadamente, su marido contrajo la tuberculosis y estamos intentando buscar un trabajo para Sadhana. Ella es nuestra hija. No tiene una madre a quien acudir. Los sufrimientos de nuestra gente no tienen fin.

Entre las personas a las que damos de comer en Shishu Bhavan hay algunas que tienen a su cargo familias numerosas. Trabajan, pero son terriblemente pobres. Imagine un padre que gana cien rupias (5 libras) al mes. Treinta rupias (una libra y media) son para pagar el alquiler, de modo que al menos una semana al mes no pueden comer, y las otras semanas comen una miseria. Muchas veces no pueden adquirir los víveres regularmente, de modo que pierden las cartillas de racionamiento que les permiten comprarlos a precio reducido. Es terrible y nosotras podemos hacer muy poco ⁷⁰.

c) LOS LEPROSOS

Desde el principio de su salida de la Congregación de Loreto, la Madre Teresa pensó en ayudar a los leprosos, considerados los verdaderos intocables, los parias de los parias. Según la concepción hindú del mundo, la lepra se debe a un castigo de Dios por algún pecado del enfermo o de sus antepasados. Por tanto, según ellos, quien se rebela contra la lepra, se rebela contra el mismo Dios. Los mismos parientes los abandonan y los leprosos deben vivir solos en situaciones

⁷⁰ Doig Desmond, o.c., pp. 94-95.

verdaderamente miserables, peleando entre ellos y viviendo en un verdadero infierno de soledad y sufrimiento.

En la India en ese tiempo, había cuatro millones de leprosos. Hoy en día la lepra, si se toma a tiempo se puede curar y muchos leprosos han sido curados y rehabilitados. En 1957 la Madre Teresa recibió al primer leproso y organizó visitas periódicas con ambulancias móviles para atenderlos en sus casas. En 1959 organizó un centro para ellos, llamado Titagarh. Unos años más tarde, el gobierno indio le donó a la Madre un terreno de 34 acres y allí comenzó la construcción de Shanti Nagar (Ciudad de la paz), una villa para leprosos, a unos 300 kilómetros de Calcuta. Allí se construyeron estanques, se llenaron de peces, se plantaron bananos y palmeras, y se hicieron jardines. Era una villa hermosa y allí los leprosos se podían recuperar y llevar una vida digna y trabajar según las posibilidades de cada uno, en un ambiente de limpieza e higiene, recibiendo los tratamientos adecuados.

Estaba a unos kilómetros de Asansol. La villa tenía un hospital, una escuela para niños, varios talleres para trabajar y más de 500 casas. Fue inaugurada oficialmente el 19 de marzo de 1974, aunque desde 1969 ya había leprosos viviendo allí. Para su construcción se utilizaron las 400.000 rupias (100.000 dólares) sacados de la rifa del coche *Lincoln* que el Papa Pablo VI en 1964 había usado en su viaje a la India.

Además, la Madre Teresa hizo muchas campañas para ayudar al mantenimiento de los refugios para leprosos. Algunas de estas campañas decían: *Toca al leproso con tu corazón. Toca al leproso con tu bondad.*

La hermana Bernarda, que trabajaba con los leprosos, declaró: *Todo el mundo les tiene terror. Este es un lugar despoblado que pertenece a la Compañía de Ferrocarriles. Hace unos veinte años lo ocupamos sin más y comenzó a extenderse a lo largo de la línea férrea y esperamos levantar aquí una colonia en la que las familias leprosas puedan levantar sus propios hogares y atender sus propios campos de cultivo... Cuando se llega a conocer a los enfermos de lepra, se descubre que son tan delicados, tan estupendos. Y aprendemos mucho de ellos. ¿Saben lo que dicen a veces? “Tenemos la lepra fuera, físicamente, pero no en nuestros corazones”. Y además son muy cariñosos y agradecidos, porque entramos en contacto estrecho con ellos... Por nuestra parte, hay que lavar las ropas todos los días, porque estamos en contacto con enfermedades infecciosas. Solíamos pensar que los detergentes en polvo eran para los ricos y usábamos el jabón más barato que había en el mercado.*

*Recuerdo que en aquel tiempo la mayoría de nosotras estudiábamos en la universidad*⁷¹.

Un día la Madre, hablando a los leprosos les dijo que lo que tenían era un regalo de Dios, que Dios los amaba con un amor especial, que lo que tenían no era pecado. Un anciano totalmente desfigurado, *trató de acercarse a mí y me dijo: Repítalo de nuevo. Me ha hecho mucho bien porque siempre había oído que nadie nos ama. Es maravilloso saber que Dios nos ama. Dígalo otra vez*⁷².

Una hermana que trabajó con los leprosos en el Yemen le manifestó al padre Le Joly: *Al principio nos daba un poco de miedo ir al pueblo de leprosos ¿Ha visto la película Ben Hur? Es algo parecido a lo que sale en la película. Casi no podíamos entrar en la aldea, pues los desperdicios acumulados bloqueaban los accesos. Teníamos que caminar con porquería hasta las rodillas. No había casas, sólo cuevas excavadas en las colinas en las que se metían los leprosos al vernos llegar. Las mujeres cubiertas con sus burkas eran las primeras en esconderse, luego los niños. Todos desgreñados y sucios. Los llamábamos y agitábamos los brazos en señal de saludo, pero no nos hacían caso. Con paciencia la hermana Gertrudis logró establecer contacto con ellos. Poco a poco comenzaron a familiarizarse con nuestra presencia... Con ayuda de funcionarios del Gobierno, limpiamos aquello y dejamos expeditos los accesos. Construimos casas, hicimos jardincillos, enseñamos a lavarse a los niños y pusimos a hacer pequeños trabajos artesanos a los que todavía podían manejarse. Les procuramos dar, en suma, un sentimiento de autorrespeto y hacerles útiles.*

*Cuando llegamos, la mayoría de los niños estaban contagiados. Ahora, gracias a la limpieza y a un tratamiento preventivo, esperamos poder evitarlo. La aldea parece otra. En dos años, lo que era un basurero se ha convertido en jardín. Los chicos están alegres. Yo daba gracias a Dios por las maravillas que se ha dignado hacer a través de sus humildes siervas*⁷³.

Actualmente, las hermanas de la Caridad tienen más de 90 hospitales especializados para leprosos. La Madre Teresa dijo en una ocasión: *Es verdaderamente muy difícil convencer a la gente en la India de que Dios no condena al hombre a sufrir. Conocemos casos dramáticos de enfermos de lepra que se habían curado y los mataron, incluso a veces miembros de su propia familia. Por eso, hemos sentido la necesidad de construir pequeñas villas dedicadas sólo a ellos, donde puedan vivir, trabajar y formar una familia. Hoy*

⁷¹ Doig Desmond, o.c., pp. 63-67.

⁷² Discurso del 23 de setiembre de 1978 al inaugurar la Casa de las misioneras de la Caridad de Liverpool, en Inglaterra.

⁷³ Le Joly Edward, o.c., pp. 91-93.

día la lepra puede curarse con éxito, si se coge a tiempo. Son necesarios unos seis meses. Gracias a nuestros benefactores, mucha gente tiene nuevamente ganas de vivir ⁷⁴.

El patrono de los leprosos es san Damián de Veuster. En su canonización influyó mucho la Madre Teresa, pues le urgió al Papa para que los leprosos tuvieran un santo patrono a quien invocar con fe como uno de los suyos.

d) ENFERMOS DEL SIDA

Una de las preocupaciones de la Madre Teresa fueron también los enfermos de sida, avocados a una muerte segura y abandonados hasta de sus familiares, incluso en los países ricos. El primer centro para ellos lo fundó la vigilia de Navidad de 1985 en Nueva York, comenzando con 15 enfermos. Dice ella: *En 1985 el cardenal O'Connor nos ayudó a abrir nuestro primer hogar para pacientes de sida en Nueva York. La necesidad surgió originariamente en la prisión de Sing Sing y nuestros primeros pacientes procedían de allí... Solía tratarse de los que habían sido rechazados o de los que no tenían a nadie y sus corazones encerraban una horrible amargura... Muchos de ellos estaban distanciados de sus familias, pero después de haber estado con nosotras durante algún tiempo y, gracias a un regalo del Señor, volvían a establecer trato con ellas. Algunas les escribían cartas y otras los llamaban por teléfono. Y a medida que fuimos creciendo, un enfermo se hacía cargo del otro, lo que nos causaba gran satisfacción...*

Algunos vienen a nuestras casas desesperados. Pero, cuando se encuentran con la atención y la ternura de las hermanas y los voluntarios, se restablece la paz en sus corazones. Muchos dicen: "Éste será el último lugar donde viva, el último sitio donde estaré". Y yo siempre les digo: "No, es el penúltimo. Desde aquí irás a la verdadera casa, donde nuestro padre celestial nos espera a todos". Y muchos desean partir ⁷⁵.

Tres años más tarde escribía: *El trabajo con los enfermos de sida sigue aumentando. Ninguno ha muerto sin Jesús. ¡Hay tantos sufrimientos entre nuestros pobres en el mundo entero! Ahora estamos en 77 países con más de 350 casas. Imagínese: pobres entrando al cielo por todas partes. En Nueva York ya han muerto más de 50 (de sida) con una muerte hermosa... Ahora el cielo está*

⁷⁴ Gjergji Lush, o.c., p. 167.

⁷⁵ Arribas Sánchez Pedro, *Madre Teresa*, Ed. Lumen, Buenos Aires, 1997, p. 109.

lleno de gente de los barrios más pobres. Jesús debe estar muy feliz de tener esos miles de personas que llegan a Él con el amor de Calcuta ⁷⁶.

Un día en la casa para enfermos de sida de Nueva York, encontró a un joven llamado Ben, que tenía mucho miedo a morir. La Madre Teresa le dijo: *“No temas, quiero que me esperes en la puerta del paraíso y me des la bienvenida cuando llegué allí”*. Así quería quitarle el miedo a morir ⁷⁷.

Abrió casas para enfermos de sida, primero en Nueva York, después en San Francisco. En 1989 en Addis Abeba (Etiopía) y en diciembre de 1989 en Denver (Estados Unidos); otro en Oakland, en Yemen, etc. Recordemos que el 25% de todos los enfermos de sida del mundo son atendidos en Instituciones de la Iglesia católica.

El 11 de diciembre de 1979 recibió el premio Nóbel de la paz en Oslo (Noruega). El 26 de octubre de 1985 habló en la sede de la ONU en Nueva York. Murió el 5 de septiembre de 1997. Fue beatificada por Juan Pablo II el 19 de octubre de 2003 y canonizada por el Papa Francisco el 4 de septiembre de 2016.

PADRE IGNACIO MARÍA DOÑORO DE LOS RÍOS

Es sacerdote diocesano de la diócesis de Cuenca (España). Fue capellán militar de la guardia civil española. Su sueño era servir a la patria hasta llegar a teniente coronel, pero un viaje, que hizo a El Salvador para ayudar a las *Hijas de la Caridad*, le hizo cambiar de vida. Nos dice: *Mi vida cambió al ver morir niños por desnutrición. Algunos murieron en mis brazos*. Este viaje y otras experiencias posteriores en Bogotá, Marruecos o Mozambique, le hicieron pensar en dedicarse a servir y cuidar a tantos niños que vivían tragedias humanas y enfermedades con mucho sufrimiento. Pidió la excedencia como capellán militar y fundó en 2011 el *Hogar Nazaret* en la selva peruana, en Puerto Maldonado (Perú). Allí había muchos niños, que trabajaban como esclavos en las minas ilegales o eran sometidos a abuso sexual en prostíbulos de la zona. Así comenzó su aventura en favor de los niños desprotegidos, que sufrían maltratos como esclavos o víctimas sexuales.

Nos dice: *He visto niños muy pequeños en Bogotá, vagando por las calles drogándose con pegamento. Niños en los semáforos tragando gasolina para*

⁷⁶ Madre Teresa al padre Van der Peet el 1 de enero de 1988.

⁷⁷ Maasburg Leo, o.c., p. 209.

luego encenderla en sus bocas y así hacer el reclamo, pidiendo unas monedas. Lo mismo sucedió en Tánger o en Mozambique. Y, mientras ellos siguen explotados, nosotros dormimos tranquilos y comemos y rezamos al mismo Dios e, incluso, nos consideramos buenas personas. Pero, como dijo Raúl Follereau: Nadie tiene derecho a ser feliz él solo, cuando hay hombres con hambre y con dolor,.

Acudí a El Salvador como comisionado de un proyecto de ayuda humanitaria y allí descubrí algo que nunca hubiera imaginado: vendían niños para el tráfico de órganos. Haciéndome pasar por un traficante, logré comprar un niño por 26 dólares.

En Beira, en Mozambique, había casas destinadas a niños abandonados con SIDA. En Marruecos recuerdo con cariño lo que me sucedió con Joseph, a quien encontré en la calle en Tánger. Tenía el tobillo hinchado como una pelota de tenis debido a una infección. Nosotros teníamos unos médicos ugandeses que estaban haciendo prácticas y lo llevé al consultorio para que le vieran el tobillo. Le sacaron todo el pus de la herida y lo curaron. Un día quise visitar a Joseph en su casa, pero me dijeron que era un barrio muy peligroso. Convencí a una psicóloga para llevarme. Era una zona muy sucia, medio en ruinas en el muelle de Tánger. Ella se paró en cierto punto, teniendo miedo de continuar. La convencí y seguimos caminando. Cuando estábamos cerca de la casa de Joseph, lo vimos de lejos y él, desde un sexto piso, nos saludó con la mano y le oí gritar. No me di cuenta de que detrás de nosotros había algunas personas con malas intenciones. Joseph bajó a toda velocidad y gritó a aquellas personas que éramos sus amigos. Gracias a Dios no pasó nada.

El Hogar Nazaret está compuesto de seis Instituciones (cinco casas) y una escuela de fútbol. Un Hogar en Carhuapoma para niños. Otro Hogar para chicos adolescentes en ese mismo lugar. Otro Hogar para niñas en Bellavista. Otro Hogar para chicas adolescentes en Bellavista y otro Hogar para niños por nacer en Bellavista, aparte de la escuela de fútbol. Veamos algunas de sus experiencias.

a) LOS TRES NIÑOS

Hace dos meses se presentó un padre con tres hijos a los que acogimos en el Hogar. Un mes después nos hizo una terrible confidencia: tiene un cuarto hijo, Paquito, de dos años al que su madre se lo ha llevado con los traficantes de droga.

Desde entonces hemos recorrido burdeles repartiendo fotografías, intentando recabar información en los barrios más sórdidos. Hacíamos guardia

en lugares donde adquieren droga. He conocido camellos, gente extraña, que necesita ser escuchada. Ayer con los niños celebré la santa misa pidiendo por Paquito. Cuánto conmoverá a Dios la oración de un niño, y más todavía, si es el ruego de los niños crucificados.

Gritamos al cielo con todas nuestras fuerzas. Él sabía dónde estaba retenido. Nos lo traería a casa. No podíamos perder la esperanza. Había que vibrar en la santa misa, ahora es Cristo el que lo busca, el que con sus llagas pide al Padre por Paquito.

La respuesta del cielo, inexplicable para algunos, no para nosotros, es que a las once de la mañana Paquito estaba en la puerta del Hogar Nazaret⁷⁸.

b) DAVID

Fui a la casa con la intención de recoger a David. Vivía con su madre y cinco hermanos en una choza construida con cuatro palos y plástico. Sin luz ni agua, solo dos camastros y una cocina de carbón. Detrás de unos tablones, asomó la cabeza Nicolás, de seis años. Su cara desfigurada por las úlceras de la leishmaniasis y extrema delgadez me cautivaron, parecía escapado de un campo de concentración.

Los dos hermanos vinieron al Hogar Nazaret. David se recuperó pronto y a los seis meses fue a vivir a casa de sus tíos. Nicolás no sabía comer, ni hablar. Estaba en un continuo trastorno de pánico. Se expresaba solo con pequeños gritos. Con el tiempo me fui enterando de lo que había sucedido con el niño. Lo habían utilizado para terribles abusos sexuales, palizas, que a pesar de las denuncias presentadas, nunca habían alcanzado su fin. No le creían.

Celebrar la santa misa se convirtió en un problema. Sus episodios de miedos le impedían separarse de mí. La solución fue ponerle de acólito. Le gustaba la música. Seguía el ritmo de las canciones religiosas con pies y manos. Pasaron dos años. El amor cambió por completo a Nicolás, aunque tan solo decía algunas palabras.

Un día ocurrió el milagro. Mientras se duchaba comenzó a cantar. La afinación y vocalización eran perfectas. Sus notas agudas, la voz de tiple, alcanzaban tesituras mágicas. A partir de aquel día nos impusimos una gimnasia vocal particular: había que controlar los músculos que intervienen en la

⁷⁸ Ignacio María Doñoro, *Hogar Nazaret, sueño de Dios*, Ed. Planeta, Madrid, 2016, p. 39.

producción de los sonidos, respiración, pronunciación... Yo tocaba la guitarra y él gozaba cantando y bailando.

Localizamos a su padre. Nicolás estaba con dengue y tenía afonía. Antes de irse con su padre a Cuzco, a pesar de la ronquera, quise grabar una canción para tener un recuerdo de mi Niño Jesús que tan roto llegó a su Hogar Nazaret⁷⁹.

c) TAREK

Llevaba tan solo tres meses en Puerto Maldonado y al no poder soportar el sufrimiento de los niños, consideraba la posibilidad de cerrar el Hogar Nazaret y regresar a España.

En veinte años había recorrido países y fundado casas de rescate en situaciones arriesgadas. Es muy diferente ayudar desde España consiguiendo recursos, o pasar temporadas conviviendo en situaciones límite. Ahora compartía su suerte, era uno de ellos.

Una noche llegó Tarek de la mano de una policía. El psicólogo del juzgado confiesa que nunca había visto un paciente tan difícil. Con tan solo cinco años, lo habían utilizado para terroríficas prácticas sdomasochistas de sexo y sangre.

Pasaría una única noche con nosotros. Los médicos habían decidido enviarle al día siguiente a un hospital para niños en Lima, donde fuera tratado por psiquiatras. Cuando los del juzgado se fueron, empezó a gritar sin parar. Pasaban las horas; como no sabía qué hacer, desperté a las dos de la madrugada a la vendedora de helados, le metí al niño un helado de chocolate en la boca y calló.

Al día siguiente no vinieron a recogerlo. Transcurrían los días, su estancia por la complicada burocracia se alargaba. Un día fuimos al jardín de infancia cantando y bailando, desde entonces me obligaba a hacer lo mismo cada día. Vitaminas, medicinas para los parásitos y muchísimo afecto cambiaron por completo su aspecto físico. Recibió el bautismo, celebramos el día de su cumpleaños.

Vinieron para trasladarlo a la planta psiquiátrica del hospital transcurridos cuatro meses. Estaba irreconocible, feliz. La agente que lo había

⁷⁹ Ib. p. 45

traído, lloró. El psicólogo no daba crédito al cambio. Preguntaron a Tarek si quería quedarse, o irse con ellos “a una casa más chévere”, su respuesta fue:

“¿Quién me va a llevar al jardín de infancia cantando? Tengo que cuidar del padre Ignacio, estos niños son muy traviosos”.

Yo no había hecho nada, solo quererle. Cómo cerrar el Hogar Nazaret cuando Dios muestra su voluntad con tanta fuerza. Los niños son sus predilectos. Tarek estuvo conmigo un año hasta que el juez le dio la custodia provisional a su tía. Viene con frecuencia a visitarnos. Le siguen gustando los helados de chocolate ⁸⁰.

d) ESCUDOS HUMANOS

Nuestra casa del Hogar Nazaret en Puerto Maldonado estaba en una plaza en la que todas las demás casas eran prostíbulos. Puse un letrero muy grande con las palabras “Hogar Nazaret” con la Virgen y el Niño, porque me parecía terrible todo aquello. Una de las cosas que más me costaba era ir a la compra con mis niños y que mis vecinas me saludaran, por lo que solía mirar para otro lado para evitar tener que devolverles el saludo.

La ciudad de Puerto Maldonado está rodeada de emplazamientos de minería ilegal que son fuente de problemas y de enfrentamientos con las autoridades. Son frecuentes las huelgas mineras que se saldan incluso con muertos. En una de esas huelgas miles de mineros vinieron a Puerto Maldonado para hacer sus reivindicaciones. La situación se fue recrudeciendo cada vez más, hasta que una mañana los policías acorralaron a los mineros en un mercado que había al lado de nuestra plaza. Empezaron los disparos. Se produjo una estampida y se vivieron momentos de auténtico terror. La gente salió corriendo y muchos se refugiaron en la plaza donde estábamos nosotros. Eran las siete de la mañana, la hora en que los niños iban al colegio, que estaba muy cerca. Siempre llegaban en el último segundo, justo antes de que cerraran la puerta. Esa mañana, mientras los niños del Hogar Nazaret salían de casa, llegó la gente corriendo y la policía, disparando, detrás. Rápidamente, las chicas de los prostíbulos se pusieron delante de la casa para impedir que salieran los niños, haciendo de escudos humanos por si la policía disparaba en nuestra dirección. Los policías, los mineros y los huelguistas se quedaron impresionados y conmovidos por el arrojo, la valentía, la rapidez y el instinto maternal de aquellas mujeres. La mayoría de ellas eran madres y, aunque ninguna de ellas

⁸⁰ Ib. p. 65.

tenía un hijo en el Hogar Nazaret, en momentos así los otros niños también se convierten en tus hijos. Reconozco que yo fui el más conmovido de todos.

Hubo muertos aquel día y la huelga terminó. Como agradecimiento por la generosidad de su acto, invité a las chicas de aquellos bares a celebrar el día de la Virgen de Lourdes. Llevamos en andas a la Virgen por toda la plaza y organizamos una cena. Pusimos una película de la Virgen y celebramos misa, dando gracias a Dios, porque ninguna de las personas que estaban en la plaza había sufrido ningún incidente ⁸¹.

En varias ocasiones Dios nos socorrió milagrosamente con su providencia. Un día no tenía dinero ni para comprar unos frijoles (judías). No tenía ni para comprar un kilo y debía alimentar en ese tiempo unos cien niños. Regresé a casa, rezando por el camino, pidiendo ayuda a Dios. Cuando estaba llegando a casa vi un hombre y una mujer en la puerta. *El hombre me preguntó: ¿Es usted el padre Ignacio?*

— *Si, soy yo.*

Me sonrió. La mujer permaneció callada.

— *Este saco de frijoles —al tiempo que lo decía, me mostraba un saco de setenta kilos de frijoles, cuando lo normal es que sean de cuarenta o cincuenta—, es para usted.*

— *¿Cómo dice? Perdona, pero yo no he comprado nada. Debe haber un error.*

— *No, no. Este saco de frijoles es para usted.*

— *Pero si yo no tengo dinero para pagarlo...*

— *Mi señor me ha dicho que este saco es para usted. Aquí lo tiene.*

— *Bueno, al menos dígame quién es su señor, para que pueda agradecersele.*

— *No —se puso muy nervioso—. No se lo puedo decir. Me tengo que marchar.*

— *Pero, por favor, dígame quién es su señor para darle las gracias.*

— *No, no. Lo único, una cosa importante. Mi señor dice que le quiere muchísimo.*

— *¿A mí?*

— *Sí. Le quiere muchísimo. Y si usted necesita algo más, pídaselo, que se lo dará.*

Se dieron media vuelta y se marcharon. Yo me quedé atontado en la puerta de casa, junto al saco con los setenta kilos de frijoles.

⁸¹ Ignacio María Doñoro, *El fuego de María*, Ed. Nueva Eva, 2020, pp. 94-96.

Pasaron unos meses y me vi de nuevo en la situación de no tener nada para dar de comer a los niños. Entré en la capilla y le dije al Señor: “¡Señor, no puedo más! ¡Ya es lo último! ¡No tengo ni arroz siquiera!”. (aquí todas las comidas son con arroz). “¡He hecho todo lo posible! ¡Me he reventado! No puedo más, Señor! ¡Esto se acabó! ¡Son tus hijos! ¡Dales Tú de comer!”.

Mientras estaba en la capilla gritándole al Señor (creo que es la única vez en mi vida que le he gritado), llamaron a la puerta. Fui a ver quién era. Se trataba de un muchacho jovencito que llevaba un motocar con siete sacos de cincuenta kilos de arroz cada uno.

— *Oiga, ¿es usted el Padre Ignacio?*

— *Sí.*

— *Mi señora me ha dicho que este arroz es para usted, que lo necesita.*

— *Perdone, pero yo no he comprado nada.*

Inmediatamente me acordé de los frijoles y pensé: “Este no se me escapa”. Además, era bajito. Según iba hablando con él, le fui arrinconando.

— *¡Dígame quién es su señora!*

— *No, no se lo puedo decir —Y a continuación me dijo lo mismo que el anterior—: Mi señora me ha dicho que le quiere mucho y que, si necesita algo más, se lo pida.*

— *¡Vamos a ver! ¿Cómo quiere que se lo pida, si no sé cómo se llama su señora?*

— *Por favor, Padre, déjeme marchar.*

Yo me sentí mal.

— *Perdone. Muchísimas gracias, de verdad. Pero dígame cómo se llama su señora, por favor.*

— *No, no se lo puedo decir. Pero mi señora le quiere muchísimo. En cuanto usted necesite algo, no dude en pedírselo. Se metió en el motocar y se marchó ⁸².*

e) SEÑOR, QUE ME MUERA AMANDO

Con el tiempo, las mafias de Puerto Maldonado se enteraron de que detrás del rescate de los niños estaba yo. Es una zona muy complicada, donde se dan formas de explotación de personas que, como no tienen ni siquiera documento de identidad, no existen para el Estado, y se pueden cometer contra ellas abusos de todo tipo, vulnerando los derechos humanos sin que quede ninguna constancia.

⁸² Ib. pp. 102-103.

Un día llegaron al Hogar Nazaret unos individuos que iban armados con tres pistolas. Intentaron matarme. Me dieron una paliza espantosa. En medio de los golpes, me puse a rezar: “Señor, que muera con una sonrisa. Que muera con gozo. Que muera perdonando. Que muera amando. Que muera dándote gracias por haberme permitido servirte. Perdona mis pecados, mis miedos, mis errores y mi ingratitud. Perdóname por lo poco que te he amado, porque tenía que haberte querido mucho más”. De esa manera, me puse en manos de Dios y se lo pedí a Juan Pablo II: “Juan Pablo II, Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén. Juan Pablo II, ruega por nosotros”, y así lo repetí hasta que perdí el conocimiento, lo volví a recuperar, me dieron otra patada, me volví a desmayar... Inexplicablemente, no me remataron. No me dispararon. Estoy convencido de que fue por intercesión de san Juan Pablo II.

Cuando me recuperé lo suficiente como para poder hablar, llamé a mi hermano por teléfono y le conté lo que había pasado. Me daba miedo que aquello pudiera salir en prensa y que mi familia se enterara a través de los medios de comunicación. Hablé con la policía y les pedí que no lo difundieran. También me preocupaba ponerme peor y morirme, porque estaba muy mal. Noté que mi hermano lloraba mientras yo le ponía al corriente de los hechos.

- *Ahora, Nacho, dime una cosa —me dijo cuando terminé de hablar—: ¿Cuál es la parte positiva?*
- *¡Pero qué bruto eres! ¡Si te estoy contando que han intentado matarme!*
- *Es lo que tú me has enseñado, a ver la parte positiva de todo lo que pasa. Lo primero que se me ocurre es que estás vivo, pero seguro que hay muchas cosas más.*

Mi hermano y yo nos llevamos casi trece años y yo le había enseñado a buscar la parte positiva en todo, algo que también he enseñado a los niños del Hogar Nazaret ⁸³.

f) UN NIÑO POR 26 DÓLARES

Una religiosa me contó en El Salvador que unos padres querían vender a su hijo adolescente por unos 25 dólares. La convencí y nos fuimos a la zona del monte donde vivían los padres que habían acordado con las mafias la venta de su hijo. El niño estaba todavía en casa con ellos. Me hice pasar por traficante de

⁸³ Ib. pp. 104-105.

órganos. Llevaba una barba de varios días y una camiseta rota, porque si hubieran sabido que era sacerdote me hubieran pegado un tiro. Pregunté cuánto costaba. Me contestaron en una mezcla de lengua maya y español, y yo entendí que el niño valía 25.000 dólares, pero me aclararon que no, que eran 25 dólares. ¡25 dólares costaba la vida de aquel niño! Pagué 26 dólares y me lo llevé.

Yo estaba muerto de miedo. Sabía que había pistolas por todos sitios. Metí al niño en la camioneta de un empujón. Inmediatamente, el niño se puso a gritar y yo le tapé la boca.

— *¿Cómo te llamas?*

— *Manuel.*

— *Mira, Manuel significa “Dios está con nosotros”. Si Dios está con nosotros, nadie va a estar contra nosotros. Yo voy a dar mi vida por ti.*

Él seguía gritando. Tardamos una hora en llegar a la clínica, y yo le dije cientos de veces que iba a dar mi vida por él. Yo creo que se lo decía para que él me escuchara, pero también para escucharme yo y ser consciente de que tenía que dar mi vida por él si hacía falta.

Llegamos a la clínica y el médico le pidió que se quitara la camisa para poder auscultarle. Ahí cambió mi vida. Ahí nació Hogar Nazaret. El niño empezó a convulsionar de miedo y se orinó encima, con la vergüenza que eso supone para un adolescente. Yo le abracé y murmuré en voz baja, pero suficiente para que él me oyera:

— *Manuel, ¡que voy a dar mi vida por ti!*

Le pedí al médico que le auscultara sin que Manuel tuviera que quitarse la camisa. En ese momento, ocurrió algo mágico. Manuel me miró. Aquella mirada no era la mirada de un niño. Era una mirada tan profunda que realmente puedo afirmar que vi la mirada de Dios. Inmediatamente me acordé de las palabras del Señor: “Lo que hicisteis con uno de estos, mis pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis”. No era Manuel al que habían vendido sus padres para descuartizarlo y vender sus órganos; era al mismo Jesús a quien habían vendido y se había resignado a ir a la muerte. En ese momento pensé: “Bueno, pues algo decente en mi vida he podido hacer”...

Manuel se recuperó, pero el problema es que había muchos Manueles. Aquello se convirtió en una carrera de fondo en la que había que jugarse la vida,

*pero que merecía la pena porque yo no tenía nada que perder, ni siquiera mi propia vida, porque ya se la había entregado a Dios*⁸⁴.

g) MARÍA

María estuvo en el Hogar Nazaret desde los dos meses hasta los cinco años. La historia de María empezó con su hermano Sergio. Me llamó una señora de la parroquia, asustadísima, diciendo que había una mujer que estaba en un hotel, una prostituta, que tenía un niño al que quería vender, pero nadie se lo compraba. La tranquilicé como pude y fui a ver a aquella mujer y a su hijo Sergio, que entonces tenía tres años. Conseguí llevármelo. Su madre lo drogaba para que estuviera tranquilo y resultaba muy difícil cuidarle, porque no tenía ningún control de horarios.

Pasado un mes, apareció aquella mujer para visitar a su hijo. Llevaba en brazos una bebé. Me quedé alucinado. “Hala, esta mujer intentó vender a su hijo y como no pudo, entonces acudió a nosotros. Y ahora resulta que tiene una bebé de un mes. Esta la vende seguro”. Yo no sé qué tenía la niña, pero para mí fue un flechazo. A mí me encantan los bebés. Aquella bebé, María, me sonrió y me quedé prendadísimo de ella. Me puse a rezar para ver si conseguía que se viniera conmigo.

Al cabo de un mes, me llamaron para avisarme de que había una señora que tenía una bebé de dos meses y no sabía qué hacer con ella. En ese momento yo me encontraba muy mal, con fiebre muy alta porque tenía dengue, pero inmediatamente pensé: “Es Dios bebé. Aunque tengas fiebre, sal corriendo”. Cuando llegué me quedé paralizado al ver que la niña por la que llevaba un mes rezando estaba allí. ¡La bebé de dos meses era María! Tras esa primera impresión de sorpresa, llegó una segunda: la niña estaba llena de golpes. Me asusté. Además, estaba con cuarenta de fiebre... No sé qué me pasó, pero vi perfectísimamente la imagen de la Madre Teresa de Calcuta, que decía: “Si muere, que muera con dignidad”.. Claro, si llevaba a la niña al hospital con todos aquellos golpes me iban a denunciar inmediatamente. Hasta que aclarara que no había sido yo el que la había golpeado, una semana en la cárcel no me la quitaba nadie, y más siendo cura. No entendía nada, pero pensé: “Si me la llevo al hospital, igual la puedo bautizar. Y a lo mejor puedo estar un día con ella antes de que me detengan. Es posible que pueda darle la mano, algo de calor humano. Puedo darle amor, puedo cantarle, puedo acariciarla... Si muere, que muera con dignidad... Tengo que elegir entre ir a la cárcel o la vida de María. Por supuesto, elijo la vida de María. Me arriesgo”.

⁸⁴ Ib. pp. 158-159.

Fui rápidamente al hospital. Nada más llegar se pusieron a dar gritos y me rodearon. Llamaron a seguridad y empezaron a hacer los papeles para ponerme una denuncia. Era un hospital enorme en el que había varios turnos y muchos médicos distintos, más de cien. De los cien, yo conocía a una doctora que me había ayudado en un caso con un niño. En aquel momento apareció precisamente esa doctora y se hizo cargo de la situación. Les quitó los papeles de la denuncia, alegando que en todo caso la tenía que presentar ella, porque aquella niña era paciente suya. Yo no dejaba de decir que si querían podían denunciarme, pero que por favor atendiesen a María, que estaba casi agonizando. Tenía problemas de bronquios y le costaba mucho respirar. A mí lo único que me importaba era la vida de la niña.

La doctora atendió a María y le salvó la vida. Rompió los papeles de la denuncia que habían empezado a tramitar sus compañeras y me dijo que no me preocupara. No tengas miedo. Si muere, que muera con dignidad. María estaba muy grave. Podía morir, pero yo le dije al Señor: “Señor, yo no la voy a bautizar de urgencia, porque quiero hacer una fiesta de bautizo. ¡Me tienes que conceder eso! Yo quiero disfrutar con ella y quiero disfrutar contigo de ese momento en que la haga hija tuya cuando salgamos de aquí. Tenemos que salir de esta. ¡Señor, esta niña no puede morir, porque la tengo que bautizar!”. Y no la bauticé en el hospital.

Afortunadamente, María superó la situación y le dieron el alta una semana después. Estaba todavía muy débil. Me fui con ella a ver a un matrimonio que me había dicho muchas veces que estaban deseando tener una niña.

- Padre, lo sentimos muchísimo, pero tenemos que pagar muchas deudas y no nos podemos quedar con la niña —me dijeron.*
- ¿Pero no queríais una niña? ¿Y ahora cómo me voy a quedar yo con un bebé de dos meses? —les pregunté, sin saber qué hacer.*

Por más que insistí, me dijeron que no podían hacerse cargo de María. Yo tenía un plan B, una amiga que también me decía constantemente que quería una niña. Me fui corriendo a buscarla y la localicé por la tarde, pero también se desentendió. Al llegar la noche, no me quedó más remedio que ir a la farmacia a comprar biberones. “Dios mío, ¿qué voy a hacer yo con una niña? ¿Cómo la voy a cuidar?”. Las farmacéuticas, en cambio, estaban entusiasmadas. Me regalaron todo.

Me llevé a María a casa. Aprendí a cambiar pañales y a dar biberones. Los primeros días me costó mucho acostumbrarme al ritmo de las tomas

nocturnas, pero luego me fui poco a poco haciendo a todo. Bauticé a María, que entonces era la única chica del Hogar Nazaret, y rápidamente se convirtió en la princesa de la casa.

Aprendí que tenía que vivir una autentica historia de amor con María, porque esa historia en realidad era una historia de amor con Jesús. Cada día que pasaba con ella tenía que ser irrepetible. Con María comprendí que cada niño tenía que ser único y que tenía que disfrutar cada día al máximo, convirtiéndolo en un día de amor a Jesús.

María presentaba varios problemas respiratorios. Yo me preocupé de que estuviera bien de salud y también de su alimentación, pero sobre todo me preocupé de que fuera una niña feliz. Le cantaba y jugaba mucho con ella. La quería tanto que, al primer mes de estar ella en casa, me llegué a plantear qué me estaba pasando e incluso si estaba rompiendo el celibato: “Señor, mi corazón ya no es tuyo totalmente, ¿eh? Hay un trocito que es de María. ¿Y ahora qué vamos a hacer?”. A mí eso me preocupaba, hasta que un día dije: “¡Pero qué tonterías estoy diciendo, Señor! En esta niña estás Tú. Jesús, estás ahí”.

A los cinco años su madre encontró una pareja y dejó la prostitución y las drogas y se llevó a María ⁸⁵.

h) PEDRO

Pedro tenía once años, pero era muy bajito porque tenía un problema de desarrollo. Su madre era alcohólica y se lo había vendido por una caja de cervezas a una mujer que estaba trastornada. Aquella pobre loca ató a Pedro con una cuerda donde tenía los cerdos y él estuvo comiendo durante años la comida de esos animales. Se comportaba casi como un animalito y le costaba trabajo ponerse de pie.

Cuando llegó al Hogar Nazaret estaba muy mal. Tenía problemas de desnutrición. Al cortarle el pelo, comprobé que tenía la cabeza llena de cicatrices de los golpes que había recibido. No hablaba y no era capaz de comer como los demás. Entonces se me ocurrió coger la comida de su plato y ponerla en una bolsa, como si fuera una bolsa de basura, y así logré que comiera al principio, porque eso era a lo que estaba acostumbrado.

La primera vez que conseguí que se sentara en una silla me llevé una alegría inmensa, y no digo ya cuando logré que comiera de un plato... Pero

⁸⁵ Ib. pp. 159-165.

nunca sonreía y seguía sin hablar. Un día, sin embargo, rompió a hablar. Le gustaba contar a los desconocidos la historia de su madre.

—A mí mi madre me vendió por una caja de cervezas a una señora mala. Un día murió mi madre y quise ir a verla metida en su ataúd. La odiaba tanto que le dije: “Tú me vendiste por una caja de cervezas. Mira la vida que estoy llevando por tu culpa”.

Pedro vivía esa realidad y no había manera de desbloquearle. Yo buscaba momentos especiales para hablar con él, y aunque él no me dijera nada, le contaba cosas. Un domingo, que era el día que los niños se levantaban más tarde, yo estaba en la cocina de la casa disfrutando de la soledad. Pedro, que estaba despierto, se vino conmigo a la cocina y sonrió. ¡Nunca le había visto sonreír!

—¿Sabes lo que me ha pasado? —me preguntó—. He soñado con mi mamá.

Nunca había pronunciado una frase tan larga toda seguida y pensé: “Señor, esto ya se acabó. Ahora sí que vamos a tener un domingo terrible”.

—Mi mamá era muy guapa en el sueño. ¿Y sabes lo que me ha dicho? “Hijo mío, ¿qué quieres ser de mayor?”. Le he dicho que quiero ser sacerdote y ella me ha contestado que para ser sacerdote hay que estudiar mucho. Y claro, yo le he contado que estoy estudiando muchísimo. Después me ha preguntado si la perdonaba por haberme vendido. Dice que ella no sabía que la otra señora me iba a hacer tanto daño.

— ¿Y tú qué le has dicho?

— Pues le he dicho que sí, que la perdono, porque el alcohol es una enfermedad y ella estaba enferma y no sabía lo que hacía.

A partir de ese momento perdonó a su madre y se convirtió en un niño feliz.⁸⁶

i) CHARLIE

En una ocasión llegaron tres niños procedentes de una tribu con escaso contacto con la civilización. Los trajo el sacerdote que atiende a esas tribus. Uno de ellos, Charlie, tenía la cara y el cuerpo tan hinchados por los parásitos que estaba completamente desfigurado. Además, tenía un problema de infección en

⁸⁶ Ib. pp. 174-176.

la sangre, lo que había hecho descender rápidamente sus niveles de hemoglobina, con el subsiguiente riesgo de desarrollar un cáncer. Lo llevé al médico, que no sabía ni por dónde empezar. No me quedó más remedio que enfrentarme al tratamiento de sus diferentes enfermedades como pude. Una vez más, y como ya había hecho en tantas ocasiones, recurrí al Señor. Siempre que le pido al Señor alguna cosa de los niños, Él me lo concede. Y ya es tanta la confianza y su respuesta tan inmediata, que es como el que va a comprar el pan con una moneda y sabe que cuando pague, le dan su barra. E igual que no duda de que el panadero le dará su pan, yo no dudo tampoco de que el Señor, que es el que lleva a cabo la obra, me lo va a conceder.

Las heridas de Charlie se fueron curando. Le pedí que me contara lo que le había ocurrido. Le costó, pero al final me lo contó. Había vivido prácticamente en la calle y no sabía quién era su padre. Su madre le había dado al final los apellidos de un señor, y él intentó acercarse a ese hombre como lo haría un hijo, pero el hombre no quería saber nada de él, lo que le hizo sentirse horriblemente mal.

— A partir de ahora, yo voy a ser tu papá —le prometí—. Pero no me refiero de nombre, sino de corazón. Charlie, yo te voy a querer muchísimo.

Ahí se rompió una barrera. La primera vez que le di un abrazo, él se quedó muchísimo tiempo abrazado a mí, como seis o siete minutos, y se puso a llorar, devolviéndome el abrazo.

— ¿Cuántas veces te han dado un abrazo, Charlie?

— Nunca. Ni siquiera mi madre.

— ¿Es costumbre en tu tribu no abrazarse? ¿Os dais la mano?

— No, nos abrazamos también. Pero como soy tan feo...

— ¡Pero si tú no eres feo!

Charlie se curó y cuando volví al médico con él, al hombre se le saltaron las lágrimas.

— ¡Nunca he visto algo así! —me dijo, muy conmovido.

— Es que el Hogar Nazaret es un milagro, una obra de Dios —le contesté.

Cada vez que a Charlie le preguntaban si estaba a gusto en el Hogar Nazaret, él decía que era recontrafeliz⁸⁷.

j) NICOLÁS

⁸⁷ Ib. pp. 182-183.

Un día de muchísimo calor iba con algunos niños con la camioneta por la selva y nos entró una sed tremenda. Encontré una choza en la que vendían refrescos y agua y paré un momento. En medio de la selva no hay luz eléctrica y los refrescos que venden están calientes, pero eso es mejor que nada. En el interior de la choza había un niño de piel mulata con el pelo muy rizado y muy rubio y unos ojos verdes sorprendentes.

— ¿Es usted del Hogar Nazaret? —me preguntó la señora que me atendió.

La mujer había visto el logo de la camioneta.

— Sí. Yo soy la persona encargada del Hogar Nazaret.

— ¿Y cuánto se paga por un niño?

Aquella mujer no tenía nada más que aquella choza de paja y unos pocos refrescos.

— No cuesta nada. El Hogar Nazaret es gratuito.

— ¿Y cogen ustedes niños sordomudos?

— ¿Y qué tiene que ver que un niño sea sordomudo o que hable? —a mí se me ocurrió decirle una barbaridad en ese momento—: ¡Uy, qué maravilla tener un niño sordomudo! Tengo tantos que están todo el día gritando, que uno que esté callado tiene que ser una gozada.

Nicolás era realmente sordomudo. La pobre mujer se me quedó mirando atónita. En aquel momento, se oyó gritar a todos los que iban en la camioneta. Ella señaló al niño.

— Este no me vale para nada.

— ¿Cómo qué no?

— No. Es que fue fruto de una relación con un señor que vino y se marchó muy pronto... ¡Y no me vale para nada!

— Señora, los hijos sirven para muchas cosas.

— No, este no. ¿Usted cree que yo le puedo poner al frente de mi negocio?

Aquella pobre mujer llamaba negocio a vender cuatro gaseosas.

— Pues mire, si quiere, mañana mismo vengo otra vez y me lo llevo. A mí sí me sirve.

— Y, efectivamente, me lo llevé. Lo tuve en casa una semana nada más, porque le corté bien el pelo y le puse ropa bonita, y le mandaba fotografías a la madre (algo muy típico de aquí, y que también he visto en África, es que no tienen nada, pero sí móvil. Además, son móviles buenos). La llamaba cada dos o tres días para contarle cómo estaba el niño y para decirle que era la alegría de la casa. Una semana después

se presentó la mujer en el Hogar Nazaret y me preguntó si se podía llevar a Nicolás de paseo.

— *Por supuesto. ¡Claro que sí! Usted es su madre. Me hace mucha ilusión que se lo lleve un rato.*

Después me llamó por teléfono.

— *Me he dado cuenta de que tenía usted razón al decir que los niños sirven para amar y para hacernos crecer por dentro.*

Ahora no puedo vivir sin mi hijo ⁸⁸.

Un día vi a Pedro, un adolescente, delante de la puerta de la iglesia. Me estaba esperando. Me dijo: *No he comido y desearía algo de comer.* Me contó su historia. Se escapó de casa y llegó a Puerto Maldonado, donde le robaron sus pertenencias con su poco dinero, sus documentos de identidad y su teléfono móvil. Llevaba cinco días durmiendo en la calle casi sin comer nada. Lo llevé al Hogar, se duchó, se comió dos platos enormes y le dimos ropa limpia. Parecía una persona feliz.

Y nos dice el padre Ignacio que todo el amor que siente por sus niños lo recibe de Jesús que lo espera todos los días para hablar con él en la Eucaristía. Afirma: *Si me quitasen la misa, me moriría de pena. El momento de mayor gozo del día con mucha diferencia es celebrar la misa. Desde la mañana me estoy muriendo de ganas de celebrarla y sé que el Señor también se muere de ganas de que la celebre. Hay momentos en que siento como si me fuera a explotar el pecho de las ganas que tengo de traer a Jesús a la tierra y también de sentir la presencia de la Virgen en cada Eucaristía. Para mí la misa lo es todo. En la misa el Señor se está ofreciendo por mí y para mí y ahí pongo todas las intenciones de la Iglesia y también de las personas que no entienden o no quieren a mis niños.*

Estoy agradecido a Jesús, que se queda en la Eucaristía, que se hace débil, que nos redime. Yo estoy convencido de que Jesús está completamente loco, humanamente hablando. No hay mayor locura de amor que dejarte comer, pero es que no contento con eso, Jesús nos regaló a su Madre. Estoy muy agradecido a la santísima Virgen María que desde pequeño, me ha acompañado todos los días de mi vida y que me lleva de la mano sin soltarme ni un minuto ⁸⁹.

Desde ese día Pedro empezó a crecer por dentro y por fuera. Se esfuerza en el colegio. Siempre está contento. La directora dice que es el niño más feliz

⁸⁸ Ib. pp. 198-199.

⁸⁹ Ib. pp. 204-205.

*que ha conocido. Sus compañeros le adoran. El perdón nos reconcilia con nosotros mismos, nos libera. Se aprende a amar, amando*⁹⁰.

PADRE GIOVANNI SALERNO (+1938)

Es un gran misionero italiano, que va por los caminos de las altas cordilleras de los Andes del Sur del Perú, llevando consuelo a los enfermos como médico y el amor de Jesús como sacerdote. Era sacerdote agustino; pero, con permiso de sus Superiores, dejó la Orden para fundar el Movimiento de los Siervos de los pobres del tercer mundo.

En su libro *Misión andina con Dios* cuenta cómo, cuando tenía diecisiete años, tres oculistas de Viterbo le dijeron unánimemente: ¡A los veinte años de edad estarás completamente ciego! El mismo Superior le dijo que debía interrumpir sus estudios y casarse cuanto antes para tener así una esposa que pudiera ayudarlo en su ceguera. Pero oró al Señor y escribió al Monasterio de agustinas de Casia. La abadesa le contestó que una joven hermana se había ofrecido víctima por su salud. Los Superiores aceptaron llevarlo, como último recurso, a Roma al célebre oftalmólogo Dr. Lazzantini, que le salvó la vista y le dijo: *Debes retomar tus estudios*. Y fue ordenado sacerdote un año antes que sus compañeros de curso.

Dios lo ha guiado con amorosa providencia en todos sus caminos por aquellas alturas. Él cuenta cómo el 2 de febrero de 1975 hizo un largo viaje a caballo desde Cotabambas a Tambobamba. Hacía un viento que parecía un huracán, cargado de lluvia. A mitad del viaje decidió con su acompañante detenerse. Dice así:

*Me quedé solo y procuré que el caballo me abrigara del viento con su cuerpo y me calentara con su aliento, impidiendo que el frío helado de la noche me hiciera mal. Creía encontrarme sobre un terreno llano, pero cuando el hermano regresó con su linterna me percaté que estaba al borde de un precipicio de unos 300 metros sobre el río. El caballo había sido para mí como un ángel enviado del cielo: se llamaba Dorado*⁹¹.

En ese viaje me enfermé gravemente, tenía mucha fiebre y tiritaba de frío y escupía sangre. En el pueblo no había carretera de acceso ni había medicinas. Los nobles del lugar me odiaban, porque defendía a los pobres... Llegué a tal

⁹⁰ P. Ignacio María Doñoro, *Hogar Nazaret, sueño de Dios*, Ed. Planeta, Madrid, 2016, p. 35.

⁹¹ Salerno Giovanni, *Misión andina con Dios*, Ed. Edibesa, Madrid, 2002, p. 46.

gravedad que no podía comer ni moverme. Algunos ya comentaban que en el pueblo no había madera para hacerme el ataúd. Después de muchos días de sufrimiento, llegó un camión, que aproveché para ser llevado al Cuzco... Mi estado empeoró y me administraron la unción de los enfermos. Al día siguiente, me llevaron en avión a Lima. Me esperaban en el aeropuerto con una ambulancia. Pero no la necesité; porque, al llegar el avión a poca altitud sobre el nivel del mar, había vuelto a sentirme bien y había mejorado rápida y sorprendentemente ⁹².

Un señor de Ajofrín (Toledo) nos había regalado 14 hectáreas de terreno para construir el Seminario. Se colocó la primera piedra el 3 de diciembre de 1989. Pero, en aquel momento, no teníamos nada... Sentí un fuerte escalofrío de sólo pensar que nuestras arcas estaban vacías. Pero, afortunadamente, no nos faltaba una gran confianza en la divina providencia... Pocos meses después, nos informaron que unos bienhechores chinos de Macao habían enviado un cheque de 250 dólares como primera ofrenda, de otras que enviarían sucesivamente. Pero, en una segunda llamada telefónica, nos informaron que en realidad el cheque no era de 250, sino de 250.000 dólares... Con aquella suma cubrimos la mitad de los gastos de la construcción del Seminario y de la capilla. La otra mitad nos fue dada por una pareja de esposos ⁹³.

En una oportunidad, estaba sumergido en enormes problemas. Tenía la urgente necesidad de una construcción más amplia y funcional para la futura Obra San Tarsicio. Santa Teresita del Niño Jesús, de manera providencial, nos hizo encontrar primero 83 hectáreas de terreno y, luego, al lado de ese mismo lote, otras 140. Serviría para escuela privada y gratuita para niños pobres, como casa para los huérfanos del internado, para una escuela de artes y oficios, para la comunidad destinada a la rehabilitación de los drogadictos, para el Monasterio de la rama contemplativa de “Los Siervos de los pobres del tercer mundo”, para producción agrícola, etc. En el centro de todo, estaba prevista la iglesia con adoración perpetua. Teníamos ya el terreno, pero faltaban los recursos para la construcción.

En febrero del 2000, recibí la grata visita de una pareja de esposos de México. Los acompañé a visitar el terreno... Aquella misma mañana había recibido amenazas de expulsión hasta el extremo de que se pretendía transmitir inmediatamente una respuesta telefónica en tal sentido de Cuzco a Roma (a la Congregación de Propaganda Fide). Ese día sufrí muchísimo, pero las gracias fueron mayores y más poderosas que las lágrimas causadas por quien, investido de autoridad, me invitaba a decisiones que me eran extrañas. Aquel mismo día

⁹² Ib. p. 50.

⁹³ Ib. p. 65.

en la tarde, los dos esposos, también devotos de santa Teresita, con voz marcada por la emoción... me ofrecieron un cheque por dos millones de dólares... El don fue una señal de predilección de la providencia hacia nuestro Movimiento, un verdadero milagro que nos llegó en silencio. Para nosotros, aquel dinero valía muchísimo, no tanto por su valor financiero, cuantioso por cierto, cuanto por el momento providencial en que nos fue donado... Por eso, sobre la colina del terreno del milagro pensamos levantar un monumento a santa Teresita del Niño Jesús ⁹⁴.

¡Cuán importante es confiar siempre en la divina providencia! ¿Qué sería de nosotros, si la providencia no encendiera cada día nuestro horno y no procurara los cien kilos de harina que necesitamos diariamente para elaborar el pan con el que alimentamos a más de 900 niños y muchachos que asistimos en nuestras casas? Cada día necesitamos 100 kilos de harina sin contar vestidos, libros, cuadernos, medicinas, operaciones quirúrgicas, pensiones escolares... Cada día, para llevar adelante esta gran familia, esperamos el milagro de la divina providencia, por la intercesión de Santa María, Madre de los Pobres ⁹⁵.

Para ayudar a tantos pobres y necesitados nos sostiene la divina providencia. El Señor sabe dónde estamos, sabe lo que hacemos y sabe cómo llegar hasta nosotros. Es algo conmovedor ver cómo nos llegan donativos, sobre todo, de jóvenes parejas de esposos de Bélgica y también de Italia, fruto de una curiosa iniciativa, adoptada por ellos desde hace algún tiempo. En las invitaciones para sus bodas consignan claramente este mensaje: “No traigan regalos. El dinero que ustedes quieran gastar, comprando un regalo para nosotros, tráiganlo para que podamos ofrecérselo a los niños de los Siervos de los pobres del tercer mundo”. Son también ofrendas de padres y madres de familia, que en los aniversarios de sus 50 o más años de vida, invitan a sus familiares y amigos a ofrecer dinero, a favor de nuestros niños abandonados, el regalo que hubiesen querido hacerles en esa ocasión. Son, finalmente, personas que antes de morir, les piden a sus parientes que no gasten el dinero comprando flores para poder así enviar todo lo ahorrado a los niños pobres del Perú ⁹⁶.

Pero, no solamente es el dinero lo que vale para los misioneros, también vale y mucho más la oración. El padre Salerno dice que en la parroquia de Canicattí, Provincia de Agrigento, en Italia, donde trabajó como recién ordenado sacerdote, una joven, Ángela, le había dado todos sus ahorros para la Misión del Perú, a donde había sido ya destinado. Pero, además, un día saliendo de la adoración al Santísimo, me confió su secreto: Te he dado todo, pero es mejor

⁹⁴ Ib. p. 195.

⁹⁵ Ib. p. 59.

⁹⁶ Ib. p. 80.

*que yo muera antes de que tú partas. Así te preparo el terreno. No sabes el idioma y no estás preparado para la Misión. Por eso, yo voy a prepararte el camino. En efecto, murió tres días después, en aquel mismo hospital donde yo había hecho mis prácticas como médico misionero. Se había ofrecido como víctima por la Misión*⁹⁷.

Y Jesús personalmente bendecía su Misión. *Un día en Antabamba, apenas llegué allí, al comienzo de la Misión, se presentó ante mí un pobre indio. Recuerdo muy bien aquel día: llovía y él estaba descalzo, roto, y con el cuerpo cubierto de llagas. Traté de curarlo lo mejor que pude. Apenas él se fue, el dispensario se inundó de un perfume extraordinario, un perfume de jazmín. Pero resulta que en Antabamba no crece ningún jazmín y menos aún en aquella fría temporada de lluvias, cuando allí no brota ninguna flor. Es éste el maravilloso recuerdo de un pobre que se acercó a mí y que el Señor quiso rodear de ese suave perfume para hacernos pensar en Él, presente sobre todo en los pobres*⁹⁸.

El padre Salerno es un sacerdote enamorado de Jesús. Dice: *Dios me ha hecho la gracia de no dejar jamás, ni un solo día la celebración de la santa misa, que constituye para mí la única fuente de energía y me hace sentir siempre joven. Y continuamente recuerda a sus hijos: Confíen siempre en la divina providencia y en la perenne juventud de Cristo. Y repite constantemente: Quien sirve a los pobres, presta a Dios. El Señor me eligió como asno para cargarlo por los caminos estrechos de la alta cordillera de los Andes.*

a) MEDALLA MILAGROSA

Encontrándome en Cotabamba, visitaba siempre a los enfermos desplazándome de un pueblo a otro a caballo. Un día programé ir a Coyllurqui, y por eso avisé por radio a las Hermanas indígenas “Misioneras de Jesús Verbo y Víctima”, de manera que ellas pudieran informar de mi inminente llegada a los enfermos de varios pueblos colindantes.

Era la temporada de las lluvias, y las pocas carreteras que unían el Cuzco con Lima estaban interrumpidas por numerosos huaycos, motivo por el cual hacía algún tiempo que no estaba recibiendo medicinas desde la capital. Las Hermanas, vía radio, me habían suplicado para que llevara conmigo abundantes medicamentos, pero lamentablemente, tuve que presentarme con las manos vacías. Llegué a Coyllurqui hacia el anochecer, proveniente de Palpacachi: no tuve tiempo suficiente para bajar del caballo, cuando me trajeron a un cabo de

⁹⁷ Ib. p. 96.

⁹⁸ Ib. p. 107.

la Guardia Civil, tendido sobre una camilla improvisada, hecha de dos gruesas ramas con una manta atravesada en medio.

Los parientes que lo cargaban me dijeron que desde hacía ocho días no comía, y que echaba continuamente sangre por la boca. También en mi presencia siguió arrojando sangre hasta llenar una vasijita. Estaba realmente muy grave, y yo no tenía medicinas ni siquiera para cortar la hemorragia.

Las Hermanas lo recostaron sobre una cama en una sala contigua al dispensario. La mujer del enfermo, mientras tanto, me suplicaba que hiciera todo lo posible por salvarlo. Entonces tuve que hablarle muy claro, diciéndole que se necesitaba un milagro de la Virgen María para poderlo curar.

Debo decir que, curando a los enfermos, he recurrido siempre mucho a la “Medalla Milagrosa”, y también en este caso les hablé, al enfermo y a su mujer, de las grandes gracias que la Virgen Santísima concede a los que con mucha fe llevan consigo su Medalla Milagrosa. Viendo la viva fe de los dos, puse la Medalla Milagrosa al cuello del enfermo y, junto con su esposa, recitamos tres avemarías.

Después de haber consumido, a la luz de una vela, la cena a que las Hermanas me habían convidado, me retiré a dormir, porque el largo viaje a caballo me había fatigado mucho y también, porque a la mañana siguiente tenía que levantarme temprano para confesar a las Hermanas y celebrar para ellas la santa misa, puesto que en aquel pueblo no había párroco y menos todavía un capellán que pudiera prestarles este servicio regularmente, debiendo ellas mismas invitar cada domingo a los feligreses a que fueran a la iglesia para participar en la celebración de una apropiada paraliturgia, a falta de un sacerdote que celebrara la santa misa.

Hacia la medianoche, un fuerte estruendo proveniente de la verja del dispensario me despertó sobresaltado, mientras un extraño calor inundaba mi habitación. Me levanté a toda prisa para controlar qué había sucedido, pero, habiendo constatado que la verja del dispensario estaba bien cerrada, pensé que lo que había provocado aquel estruendo podía haber sido uno de los hijos del enfermo al visitar a su padre. Pasando delante de la sala donde se hallaba el enfermo, que —honestamente, debo decirlo— temía que muriese durante la noche, vi que estaba inmersa en un gran silencio.

Por la mañana, muy temprano, comencé las confesiones. Cuando se presentó la Madre Tobita, enfermera, le pedí noticias del enfermo. La Madre me contestó: “Padre, ¿no lo ha visto? ¡Ya está curado!”.

Las ganas de ir corriendo a comprobar cuanto la Madre enfermera me había dicho fueron realmente grandes, pero primero celebré la santa misa y sólo después fui hasta la sala donde la tarde anterior había dejado a un enfermo más muerto que vivo. Y fue grande mi asombro cuando lo encontré, sentado sobre la cama, ¡estaba comiendo un buen trozo de pollo!

Con calma me contó que, hacia la medianoche, la Señora representada en la Medalla Milagrosa le había visitado y le había tocado la frente, y él ¡había sanado inmediatamente.

Más adelante quiso que le diera una gran cantidad de aquellas medallas, para dar a conocer a todos el poder misericordioso y materno de la Virgen María. ¡Cuántos cientos de kilos de Medallas Milagrosas hemos repartido entre los pobres! Podría narrar muchos otros prodigios obrados por la Virgen Santísima por medio de la Medalla Milagrosa, cuando ésta se lleva puesta con mucha fe.

b) CAÍDO DEL CABALLO

Cuando me tocaba desplazarme a lo largo de la Cordillera, nunca he sido amigo de viajar a caballo, porque esto siempre me exigía unos esfuerzos enormes. Un día, atravesando el río sobre una especie de puente hecho de sogas entrelazadas con unas ramas y unas tablas de madera, la cincha del caballo se rompió y me quedé sin estribos, incapaz de bajar del caballo. Pero el diestro animal se puso solito de rodillas para darme la posibilidad de bajar tranquilamente. Y así, a pie, terminé de atravesar el puente, mientras numerosas personas que habían bajado del pueblo adonde yo estaba, aplaudían llenas de alegría, al ver que todo se había resuelto con un gran susto y que nada grave me había pasado ⁹⁹.

Un tal Justo se cayó del caballo y se había roto la espina dorsal. El curandero lo curaba con orines mezclados con hojas de coca. La policía vino a decirme: “Padre, los vecinos de Justo no pueden soportar un día más el mal olor que sale de su cabaña. ¡Venga usted a verlo!”.

Por la tarde, fui a visitarlo, en compañía del Hermano Fernando. En la cabaña de Justo no había agua ni luz eléctrica. Con la ayuda de una linterna, ¡qué no hemos visto! En la espina dorsal de aquel pobre hombre hormigueaban los gusanos. A Justo le faltaban al menos tres kilos de carne: sus muslos habían desaparecido completamente, consumidos por la enfermedad. En su lugar había

⁹⁹ Giovanni Salerno, *Misión andina con Dios*, Ed. Edibesa, Madrid, 2004, 2^{da} edición, pp. 46-49.

como una caverna. Su madre esperaba que yo realizara una operación quirúrgica, pensaba que yo podría devolver a su hijo la integridad de los muslos que la infección había devorado. Pero yo, horrorizado al ver la lamentable y desesperada condición en que se encontraba aquel pobrecito, pensé: “Si lo toco, el curandero me echará la culpa a mí de este desastre”. Por eso preferí no tocarlo en absoluto. Le dije al Hermano Fernando que lo cambiara de ropa y le diera un pijama.

Pero, cuando hice ademán de despedirme, la madre de Justo me dijo: “¡Cómo! Te he esperado tanto para que curaras a mi hijo..., ¿y ahora te vas sin siquiera tocarlo?”. Le contesté: “No puedo hacer nada. Si tienes fe, Dios te ayudará”. Y ella, de rebote: “¿Qué tengo que hacer para tener la fe, para conseguir este milagro? Ya no tengo nada: el curandero ya se ha llevado mis gallinas y mis cuyes; ahora no tengo nada”. “No, no —repliqué—. Para conseguir este milagro, sólo debes pedirselo a Dios: no se necesita dinero ni animalitos, sino solamente fe. Reza tres avemarías, pidiéndole a la Virgen Santísima que te haga este milagro”. Luego me volví a casa con el Hermano Fernando.

Desde aquel día, María, la muchacha indígena que me ayudaba como intérprete y me asistía en la atención a los enfermos, tenía el encargo de visitar a Justo todas las mañanas. Al tercer día, regresó a casa muy contenta, diciendo que Justo se estaba curando de una manera impresionante: incluso sus muslos se habían reconstituido! Yo le dije que era mejor que se callara, pero me contestó segura: “¡Venga, Padre! ¡Venga a verlo!”.

¡Cuál no fue mi asombro cuando fui donde estaba Justo y constaté que tenía abundante carne donde antes sólo se veía una especie de caverna! Y era una carne tierna y rosada como la de un recién nacido. Me quedé boquiabierto, preso de escalofrío. Seguimos rezando por Justo, seguimos encargando a María que le llevara bebidas; y, al quinto día, Justo volvió a su condición de salud más que normal, porque aquel vacío que afectaba y afeaba espantosamente su cuerpo se había rellenado no sólo de manera total, sino incluso con un poquito de carne de más, como cuando un albañil rellena con cemento u otro material un hueco en alguna pared y olvida dejarlo bien nivelado.

¡Cuántos milagros como éste podría contar! Pero me limitaré a referir tan sólo unos pocos más.

c) UN CORDERITO EN LOS BRAZOS DE TEODOSIA

Teodosia tenía un brazo roído por la uta, un tipo de lepra que despedía un olor pestilente. Yo había preparado el instrumental quirúrgico para amputárselo, y me decía a mí mismo: “¿Qué hago? ¿Amputándole el brazo la volveré aún más pobre!...”. Entonces, también con miras a ganar un poco de tiempo para decidir mejor cómo proceder, le dije: “Mañana vienes para que te haga la operación de amputarte el brazo. Así esta tarde esterilizo los instrumentos”. En Tambobamba, en efecto, no teníamos corriente eléctrica durante el día, sino solo en las tardes, momento en que yo prendía el motor para esterilizar los instrumentos quirúrgicos del dispensario. Me permití decirle a Teodosia, despidiéndome de ella hasta el día siguiente: “¿Por qué no le pides a la Virgen María que te haga el milagro?”.

Y ella me preguntó: “¿Qué debo hacer?”. Le di un poco de agua santa de Lourdes, diciéndole: “Tómala, y durante la noche pídele a la Virgen María que te haga este milagro”. A la mañana siguiente, la estuve esperando, decidido a amputarle el brazo. Le había dicho que viniera temprano al dispensario, para ser una de las primeras en ser atendida. Pero eran las diez y aún no se la veía llegar. De pronto, escuché una algarabía creciente en las afueras del dispensario. Era Teodosia, que, inconteniblemente feliz, enseñaba su brazo a los demás enfermos que la rodeaban y les decía: “¡Miren mi brazo! Hasta ayer lo han visto cómo se caía a pedazos y apestaba: ¡miren ahora cómo está sano!”. Y sobre sus hombros cargaba un corderito como regalo.

d) ¡SE ESTÁ BURLANDO DE MÍ!

Otro gran milagro: Basilio, nueve años, sufría de hidrocele. Esta infección se había extendido a todo su cuerpo, de forma que parecía una gran pelota inflada. En cualquier parte de su piel donde se apoyara un dedo, éste se hundía. Le suministré cierto tipo de medicinas, pero inútilmente: el muchacho no se curaba, sino que, por el contrario, empeoraba cada vez más.

Hasta que, cierto día, ensillé un caballo con la intención de cargar sobre él a Basilio y enviarlo a Cuzco, acompañado de unos guías que le procuré, pues había que sortear la Cordillera muy despacio, cabalgando al menos durante cinco días. Pero, cuando acostamos a Basilio lo mejor que pudimos sobre el caballo, le oí quejarse del dolor con intensidad que me dije a mí mismo: “¡No, no resistirá! ¡Llegará muerto!”. Entonces lo hice bajar del caballo, y le dije a su madre, entregándole al mismo tiempo un poco de agua bendita: “Pídele este milagro a la Virgen Santísima. ¡Ninguna medicina puede curarlo!”.

Al día siguiente, por la mañana temprano, me estaba aseando en el patio de la casa (pues en Tambobamba, al comienzo de la fundación del dispensario, no teníamos servicios higiénicos ni nada parecido) cuando llegó la mamá de Basilio. Ella, que los demás días me pedía enseguida alguna medicina, aquella mañana me sorprendió diciéndome: “Basilio tiene hambre. Tienes que darme algo de comida”. Yo me molesté, pensando: “¿Cómo? ¡Se está burlando de mí!”. Pero ella insistía en pedirme alimentos. Entonces, acompañado de Nemesio, un joven indio que me ayudaba haciendo también de intérprete, fui a la cabaña de Basilio. Apoyé mis manos sobre su cuerpo, lo toqué incrédulo también en las zonas más delicadas, y encontré que todo había vuelto a la normalidad. Pero no podía creer lo que estaba viendo. Entonces lo hice llevar fuera de la cabaña, para examinarlo mejor: ¡era de veras normal! Aun así, no resignándome a aceptar aquel resultado, dije: “¡Llémosle al dispensario!”. Pero esta vez no fue necesario cargarlo sobre un caballo, porque ya caminaba solo. En el dispensario de Tambobamba volví a examinarlo con mayor rigor, después de que se quitara toda la ropa, y tuve que admitir que Basilio se había curado¹⁰⁰.

e) LOS PRESOS

Fui un día a visitar a los presos (terroristas) de la cárcel del Cuzco. Comenzaron a reírse, mofándose de mí. No me desanimé. Pedí al Director que les diera al menos media hora de aire y sol al día.

No era fácil penetrar en el corazón de aquellos jóvenes. En un determinado momento les pregunté: “¿Por qué no tratan de hacer algo, por ejemplo, algún trabajo, en lugar de estar todo el día sin hacer nada?”. Me contestaron: “No tenemos herramientas para trabajar. Si las tuviéramos, trabajaríamos con mucho gusto!”.

Pedí al Director que dejara salir al patio a todos aquellos — jóvenes presos. Eran de “Sendero Luminoso” y del “Movimiento Revolucionario Túpac Amaru” (MRTA). Poco a poco logramos transformar aquel patio en un taller, con máquinas para fabricar zapatos, máquinas de coser, máquinas para tejer chompas, máquinas para trabajos de carpintería, y también instrumentos para trabajos en cerámica. Todos aprendieron un oficio.

¡Qué bonito era ahora cuando íbamos a visitarlos! Nos decían que ganaban más en la cárcel que estando afuera. Eran jóvenes estudiantes, universitarios, maestros, arquitectos, abogados, etc. Algunos de ellos, al salir de

¹⁰⁰ Ib. pp. 72-75.

la cárcel, viajaron al exterior, para ejercer allí el oficio aprendido. Muchos aprendieron el arte de tallar la madera, y se revelaron unos auténticos profesionales en aquel tipo de artesanía.

Cada vez que los veía me causaban una gran alegría, porque un preso, cuando trabaja, mejora su vida. El de ellos es un poco como el trabajo del monje cartujo o el del trapense. Ciertamente le ayuda no sólo a pasar el tiempo sin aburrirse y sin caer víctima de la ociosidad, madre de todos los vicios, sino también a formar su personalidad, a templar su espíritu en el esfuerzo constante por realizar algo constructivo, a purificarse interiormente y, además, a ganarse algo de dinero, preparándose para el momento de volver a la vida normal en la sociedad civil.

Por el contrario, cuando el preso se queda ocioso todo el tiempo, sus problemas se agravan, y él, en lugar de mejorar, empeora. Jamás olvidaré las lágrimas de uno de estos presos que, encerrado en su celda, me decía: “¡Esto hubiese querido hacer: lo que ustedes están haciendo por nosotros y por los pobres! Pero, lamentablemente, demasiado tarde les he conocido”. También muchos otros presos decían: “Ahora que les hemos conocido, les apreciamos más”.

Cuando salían de la cárcel, venían a agradecernos el haberlos ayudado como a hermanos, porque no nos limitábamos a procurarles un trabajo con la posibilidad de aprender y ejercer un oficio, sino que nos preocupábamos también de que se acercaran al Evangelio, de que se encontraran con Cristo.

De esta manera, cada semana, si yo no podía, otro sacerdote de nuestro Movimiento iba a visitarlos, para hacerles rezar y para celebrar la santa misa en el patio de la cárcel. Muchos también se confesaron. Cada vez que los visitábamos, se rezaba el rosario: ellos mismos habían conseguido que se colocara en su pabellón una especie de glorieta con la estatua de la Virgen de Fátima.

Pero no todos se acercaban a nosotros y tampoco participaban: hubo un período —lo recuerdo muy bien— en el que muchos jóvenes abogados se quedaban aislados y no participaban de la oración común. Hasta que un día procuré que escucharan un casete de la Virgen de Fátima, traído precisamente desde su Santuario en Portugal: no hablaba tan sólo de las apariciones, sino también del marxismo y del comunismo. Apenas escucharon ese discurso, se acercaron y se unieron a los demás en el rezo del rosario. Me sorprendió y alegró muchísimo el efecto que tuvo aquella casete, porque mi temor inicial había sido que su reacción fuese completamente contraria. En los momentos

difíciles, el confiar en la protección de la Virgen María nos permite penetrar en el corazón de los demás.

f) AMENAZA DE ATENTADOS

Un día, cerca de las doce del mediodía, se presentó de repente en nuestra casa el arzobispo del Cuzco, Mons. Alcides Mendoza Castro, quien me dijo: “¡Padre Giovanni, es mejor que dejes el Perú! Los terroristas quieren matarte. Quieren dinamitar vuestras casas con “coches bomba”. Lo sé de buena fuente; por lo tanto, sería bueno que por algún tiempo estuvieras fuera de Perú”.

Me causó gran tristeza pensar que tendría que dejar Perú, abandonar a los niños de nuestras casas por las amenazas de graves atentados. Pero después me dije a mí mismo: “¿Será realmente cierto todo esto?”.

¡Era cierto! En la tarde de aquel mismo día, el General del Ejército acantonado en el Cuzco me leyó una carta condenatoria que la policía había encontrado en posesión de los terroristas. Decía: “Debemos aniquilar al Padre Giovanni Salerno”. Me señalaban con nombre y apellido, y añadían que pondrían coches bomba en nuestras Casas San Tarsicio y Santa Teresa de Jesús. Aquella misma tarde, el General del Ejército ordenó que Guardias de la Policía de Seguridad del Estado custodiaran nuestras casas día y noche.

Pero los subversivos se habían infiltrado también en la policía, motivo por el cual yo temía más a quienes debían protegerme, estando muy cerca de nosotros, que a los propios subversivos que estaban afuera y que amenazaban atacarnos. Cada vez que salía a algún lugar, la Policía me seguía y quería saber adónde iba. ¡Tenía la sensación de haber sido hecho prisionero, y no de estar siendo protegido! Por ejemplo, cuando debía viajar al exterior del país, despachaba mis maletas unos días antes, de manera que el día de mi partida podía salir de la casa sin avisar a nadie, como si tuviera que dar un paseo por la ciudad, y me presentaba en el aeropuerto. Teniendo a la policía en casa, cambiaba a menudo de cuarto de dormir y también de local para pasar la noche. Este régimen de vida duró tres años. De todos modos, de éstos y de los demás años del auge del terrorismo, me queda también un buen recuerdo: el de haber ayudado a los presos a rehabilitarse.

g) EL SAGRADO CORAZÓN DE UN TERRORISTA

Un día, visitando las cárceles del Cuzco, tuve una gratísima sorpresa: los presos me mostraron, en el Pabellón N.º 2, una pintura que representaba al Sagrado Corazón, realizada por un preso que, según me dijeron, había sido condenado a veintisiete años de reclusión. Para él no había ninguna esperanza de salir libre antes de cumplir con esa pena. Alguien le habló de las promesas del Sagrado Corazón de Jesús, y él pintó en la pared de la cárcel la imagen del Sagrado Corazón, que se conserva hasta hoy. Aún no había terminado los últimos toques de la imagen, cuando de repente, sin que él esperara esto ni siquiera en sueños, le llegó la excarcelación ¹⁰¹.

Veamos algunas de las obras sociales realizados en Cuzco (Perú) por el padre Giovanni:

- **Centro Educativo Benéfico “Santa María Goretti”:** Acoge a niñas, que reciben gratuitamente la instrucción escolar inicial y la correspondiente educación y formación integral; y además, todos los útiles escolares, una buena alimentación y una indispensable asistencia sanitaria. Para todo esto, no contando con un número suficiente de misioneros, debemos contratar a nueve maestros católicos, además del Director.
- **Obra “San Tarsicio”:** Tiene a su cuidado niños entre 6 y 18 años, algunos con problemas de desnutrición incluso de primero o segundo grado, asegurándoles una alimentación equilibrada. Es algo conmovedor ver a estos niños mientras consumen sus alimentos, para luego correr a jugar y después a estudiar, mientras los más grandecitos participan también en la adoración eucarística diaria, antes y después de las clases de aprendizaje de algún oficio. Para sanear las condiciones antihigiénicas e inhabitables de la casa actual y ampliar la ayuda a los chicos, se prevé la construcción de una “Ciudad de los Muchachos”, con Capilla, Colegio, Granja-Escuela, Talleres, Canchas de juego, etc., fuera de Cuzco.
- **Dispensario “El Buen Samaritano”:** A su puerta llaman quienes no reciben asistencia sanitaria en ningún otro lugar. Acoge cada día a unas setenta personas, generalmente niños con problemas de desnutrición, enfermedades infecciosas y contagiosas como la tuberculosis y la hepatitis, sin hablar de las enfermedades más comunes. Además, provee medicinas a aquellos enfermos que en algún hospital de la ciudad se encuentran abandonados a sí mismos, no teniendo el dinero suficiente para comprar los medicamentos que el médico les receta.

¹⁰¹ Ib. pp. 96-100.

- **Obra “Santa María”:** Acoge, gracias a la entrega de nuestros matrimonios misioneros, a niñas y muchachas entre los 8 y los 12 años de edad, expuestas a todos los peligros de la calle. Con gran alegría, vemos ahora a algunas jóvenes madres, formadas en la Obra Santa María, educar a sus propios hijitos de manera diferente de las demás, con valores de fraternidad, solidaridad y caridad hacia el prójimo.
- **Centro Educativo Benéfico “Francisco y Jacinta Marto”:** Acoge gratuitamente a niños que, por el hecho de ser huérfanos o simplemente por carecer de los recursos económicos necesarios o por ser considerados «no suficientemente preparados», no son aceptados en otros centros educativos.
- **Hogar-Nido “Santa Teresa de Jesús”:** Es una de las primeras obras del Movimiento, bajo la responsabilidad de nuestras Hermanas misioneras Siervas de los Pobres del Tercer Mundo. Acoge a niños huérfanos, abandonados y enfermos, especialmente a aquellos que tienen lesiones cerebrales con parálisis u otras severas minusvalías. El 19 de marzo de 2003, el nuevo Hogar-Nido fue inaugurado. Así las hermanas y los niños disponen de ambientes amplios, cómodos y luminosos.

h) MÁS ALLÁ DE LAS FRONTERAS INICIALES

Hasta hace unos pocos años, nuestro trabajo se limitaba a un pequeño orfanato y a un comedor para los niños de la calle de Cuzco, donde un grupo de voluntarios del Movimiento servían el desayuno y el almuerzo a unos treinta niños. Hoy estamos trabajando no sólo en el Perú, sino también en otros países como México, Colombia, Argentina, Chile, Estados Unidos, España, Italia, Hungría, Bélgica, Suiza, Francia y Alemania, esforzándonos en vivir y difundir nuestro carisma de “contemplativos en la acción”. El trabajo de nuestro Movimiento, en efecto, no tendrá valor sino en la medida en que hunde sus raíces en un permanente diálogo con el Señor, capaz de generar, en aquel que acepta nuestro proyecto de vida, un compromiso total de servicio a los pobres.

En España, en 1990, se abrió nuestro Seminario de Ajofrín (Toledo), donde varios seminaristas se están preparando para ser un día sacerdotes misioneros Siervos de los Pobres del Tercer Mundo.

En Hungría, nuestro Movimiento existe desde hace siete años, gracias al permiso de Su Eminencia el Cardenal Lászlo Paskai, y el 10 de enero de 1999, con la bendición de Su Excelencia Mons. Lászlo Biró, hemos abierto un Centro

nuestro, a cargo de jóvenes húngaros, destinado a ayudar a los niños pobres del barrio de Budapest, donde ha surgido.

*El Movimiento agrupa sacerdotes, seminaristas, laicas y laicos consagrados, como también una rama contemplativa, todo ello con el fin de ayudar a los más pobres*¹⁰².

CONCLUSIÓN

Después de haber leído atentamente este libro, podemos comprender mejor la importancia de servir, amar y ayudar a los más pobres y necesitados del mundo. Dios no deja sin recompensa a quienes entregan su vida al servicio de los demás. Y un día, cuando se encuentren definitivamente con Dios en el momento de la muerte, podrán sentirse orgullosos de las obras realizadas, porque su vida no fue estéril ni vacía. Y Dios les hizo sentirse felices ya en esta vida y, por supuesto, para siempre por toda la eternidad en el cielo.

Ellos han entregado su vida por Cristo y por los demás. Y pudieron sentirse felices al constatar la verdad de las palabras de Cristo: *Lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis*. Han trabajado por los demás y a la vez han servido a Jesucristo en los pobres. Dios se sentirá orgulloso de estos sus hijos y les dirá: *Venid, benditos de mi Padre, a gozar del reino eterno que les tengo preparado desde la creación del mundo* (Mt 25, 34).

Que su ejemplo los estimule en el camino del bien y del servicio a los más pobres, no solo con las oraciones y sacrificios como hacen las religiosas de clausura sino también con acciones sociales para hacerles sentir que Dios no los ha abandonado y les manifiesta su amor a través de ellos.

Recordemos una anécdota de la vida de la Madre Teresa de Calcuta. Un día vio a una niña de unos siete años que tenía frío, tenía hambre y vestía con ropas rotas y sucias, y le pidió limosna. Ella le dio lo que pudo y por la noche en su oración le dijo a Dios: *¿Por qué no haces algo para solucionar estos problemas de tanta gente que muere de hambre, de frío y de abandono por parte de los demás?* Y Jesús le contestó: *Te he hecho a ti*.

¹⁰² Ib. pp. 271-273.

